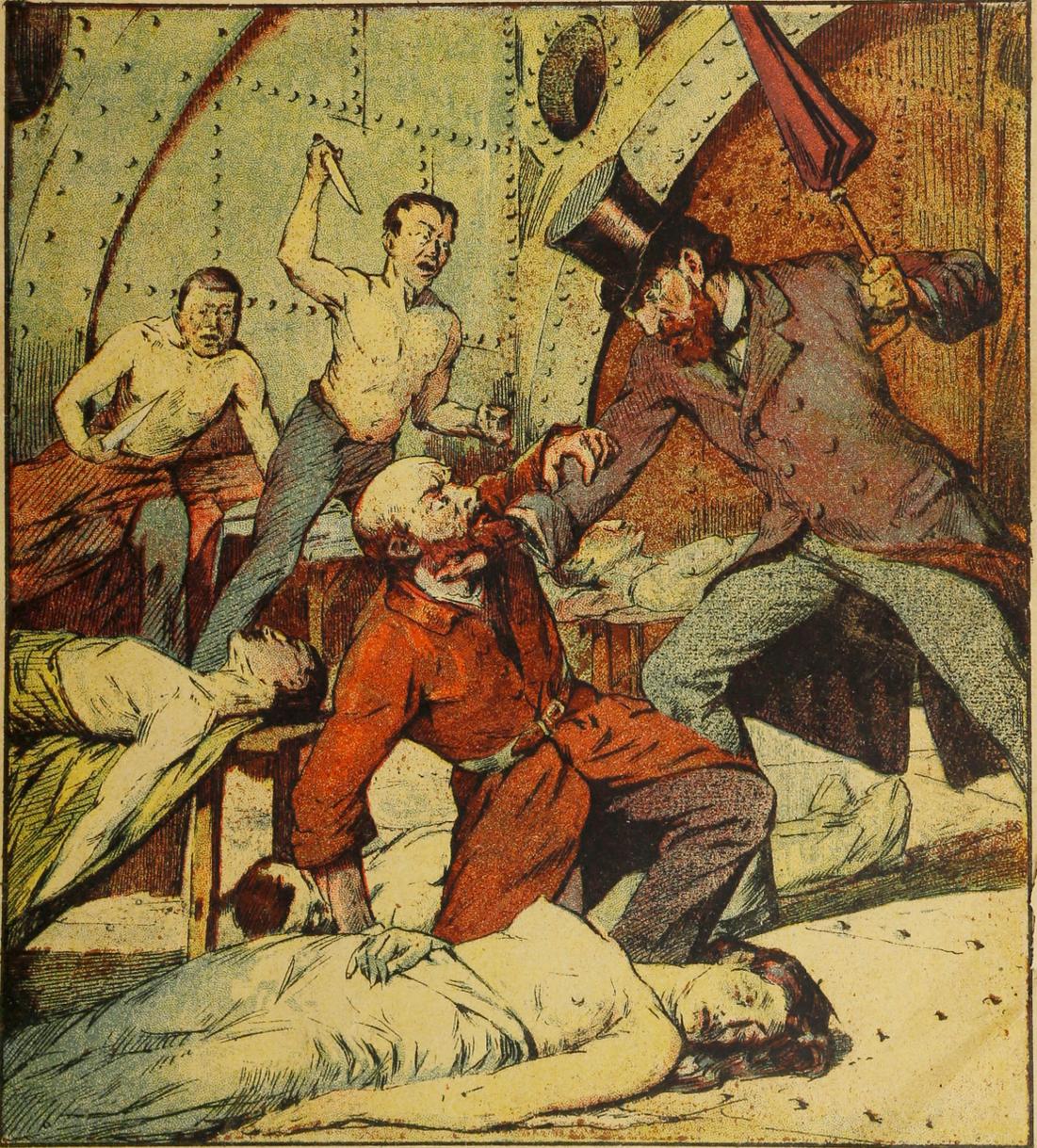


RECUERDOS DE: SHERLOCK HOLMES:
EL VENDEDOR DE
CADAVERES

✿ ✿ ✿
POR A. CONAN DOYLE



—Dame tus manos para que te las ate— dijo el doctor—. Óyeme, bandido, mercader de cadáveres...
¡Yo soy Sherlock Holmes!

LA NOVELA ILUSTRADA

UNA NOVELA COMPLETA

EL VENDEDOR DE CADAVERES

Obras publicadas por "La Novela Ilustrada,,

Director literario: Vicente Blasco Ibáñez.

- 1.º Renata Mauperin, por J. y E. Goncourt, y ¡Centinela, alerta!, por Matilde Serao. (Tercera edición.)
- 2.º Los mil y un fantasmas, por Alejandro Dumas.
- 3.º El hijo de la parroquia, por Carlos Dickens.
- 4.º Carmen, por Próspero Merimée y Corazón de torero, por Teófilo Gautier.
- 5.º Hércules el Atrevido, por Alejandro Dumas.
- 6.º El Doctor Rameau, por Jorge Onhet.
- 7.º Humo, por Iván Turguenef.
- 8.º El pescador de Islandia, por Pierre Loti.
- 9.º Raffles el elegante, por E. W. Hornung.
10. La Savelli, por Gilberto Agustín Thierry.
11. Sable en mano, por Arturo Conan-Doyle.
12. Al galope, por Arturo Conan-Doyle.
13. Amor de española, por J. Barbey d'Aurevilly.
14. La bandera verde, por Arturo Conan-Doyle.
15. Fuerte como la muerte, por Guy de Maupassant.
16. La dama vestida de blanco, por Wilkie Collins.
17. Crimen y castigo, por F. Dostoiewsky.
18. Miss Mefistófeles, por Fergus Hume.
19. El sombrero del cura Cirilo, por Emilio de Marchi.
20. Tiempos difíciles, por Carlos Dickens.
21. La tragedia del Korosko, por A. Conan-Doyle.
22. Las aguas de monte Oriol, por Guy de Maupassant.
23. El hombre del antifaz negro, por E. W. Hornung.
24. Venganza corsa, por Próspero Merimée.
25. Padre y Fiscal, por Francisco Coppée.
26. El ilustre Cantasirena, por Gerolamo Rovetta.
27. El ladrón nocturno, por E. W. Hornung.
28. El ídolo de los ojos verdes, por Percy James Brebner.
29. El millón de la heredera, por Arturo Conan-doyle.
30. Los buscadores de oro, por Enrique Conscience.
31. La bohemia, por Enrique Murger.
32. El vendedor de cadáveres, por Arturo Conan-Doyle.

LA NOVELA ILUSTRADA

RECUERDOS DE SHERLOCK HOLMES

El Vendedor de Cadáveres.

El asesinato de Lady Malcolm.

La Hija del Usurero.

POR

Arturo CONAN-DOYLE



LA NOVELA ILUSTRADA

Director literario: Vicente Blasco Ibáñez.

Oficinas: Mesonero Romanos, 42.

M A D R I D



— Recuerdos de Sherlock Holmes.

EL VENDEDOR DE CADAVERES

I

EL MAESTRO Y EL DISCÍPULO

El famoso «detective» Sherlock Holmes estaba una noche en su despacho sentado frente á un joven que le contemplaba con silenciosa admiración.

Este joven era Harry Taxon, su ayudante, su discípulo, su más ferviente admirador; el único hombre que conocía una parte de sus secretos y podía apreciar de cerca sus grandes prodigios de adivinación.

Sherlock Holmes veía ahora muy de tarde en tarde al doctor Watsson, su compañero de otros tiempos, que le había seguido en las más peligrosas y enrevesadas aventuras de su vida.

Desde que el doctor Watsson se había casado, estableciéndose como médico, las exigencias de una clientela cada vez más grande habían separado al famoso «detective» y al acompañante y cronista de sus proezas. Se veían con poca frecuencia; mas no por esto se había enfriado el afecto que ligaba á los dos hombres.

Sherlock Holmes, por su parte, también había cambiado su modo de vida.

Continuaba, como en otros tiempos, siendo el primero de los «detectives»; los periódicos de toda Europa y América publicaban su retrato, dando cuenta de los maravillosos descubrimientos que había realizado en uno y otro continente, sacando á luz confusos misterios; tenía más dinero; pero estos éxitos, su creciente fortuna y las valiosas relaciones sociales, le habían obligado á cambiar de domicilio, estableciéndose en una casa mayor, sin ostentación alguna, pero sin descuidar los refinamientos del «confort» y todos los detalles necesarios para facilitar el ejercicio de su profesión.

Su despacho era un verdadero archivo. En grandes estantes de rica madera alineábanse centenares de gruesos legajos encerrados en cartones verdes ó rojos con letras y rótulos que completaban la clasificación. Eran el archivo secreto del gran «detective», enumerando sus hazañas, sus audacias y peligros; los «Recuerdos de Sherlock Holmes», como él mismo los titulaba con sonrisa melancólica y maliciosa al mismo tiempo.

Cerca del despacho, un vasto salón era á modo de un Museo Negro, conteniendo en grandes vitrinas trajes, armas, herra-

mientas, papeles, todo cuanto de interesante había recogido el ilustre policía en sus batallas contra el crimen.

Otra habitación cercana era el «vestuario», conteniendo clasificados metódicamente, centenares de disfraces completos, desde la peluca hasta los zapatos. Todas las clases sociales, profesiones y aun vicios que dividen á la humanidad, estaban representadas en este mundo de disfraces, que significaban una fortuna en dinero y un tesoro inagotable de ingenio.

Todo estaba pronto y completo al alcance de la mano de Sherlock Holmes. Le bastaba á éste encerrarse por dos ó tres minutos en su vestuario para salir completamente desfigurado, con una habilidad y una prontitud superiores á las de Frégoli y los más famosos transformistas.

Al trasladarse á su nueva casa el grande hombre, no había cambiado su género de vida ni aumentado su servidumbre.

La vieja ama de llaves, mistres Bonnet, seguía á su servicio y quedaba sola en la casa cuando se ausentaba el amo. Holmes no necesitaba de más servidumbre.

Sin embargo, en los días de descanso, cuando no había un asunto palpitante que absorbiese su atención, el famoso «detective» acababa por aburrirse.

Le faltaba la compañía del buen doctor Watsson, á la cual se había acostumbrado después de tantos años de vida común.

Algunas noches iba á casa del doctor, sintiéndose agradablemente acariciado por el ambiente dulce de un hogar feliz. La señora de Watsson le recibía amablemente, el marido hablaba con alegría de las cosas del pasado, pero de pronto Sherlock, en su malhumor de solterón, pensaba que tal vez estaba estorbando con su presencia las intimidades de esta pareja feliz, é inventaba un pretexto para volverse inmediatamente á casa.

En su despacho pasaba las horas solo, mirando el fuego de la chimenea, y absorbiendo el humo de una pipa corta que constituía su mayor voluptuosidad.

Otras veces apelaba á la música como suprema distracción. Había abandonado el violín desde que los periódicos de ambos

mundos, al relatar su biografía, hablaron de su rara habilidad como músico. El ansia de librar su vida de toda averiguación, el deseo de despistar á los que pretendían conocer sus gustos y aficiones, le habían hecho cambiar de instrumento.

Ahora amaba el violoncello, pero nadie podía saberlo, pues ni aun la misma mistres Bonnet lograba escucharle. Siempre que sacaba el instrumento del lugar en que le tenía oculto, cerraba las puertas, corría las cortinas acolchadas que le aislaban del resto de la casa, para que ningún ruido le distrajesen de sus horas de meditación, y en esta soledad absoluta pasaba el tiempo dándose conciertos á sí mismo.

La aparición de un admirador que se convirtió en discípulo y ayudante fervoroso vino á cambiar su vida, dándole un auditorio á quien poder dirigirse en las horas en que el trabajo mental le obligaba á hablar.

Un día se le presentó un joven como de diez y ocho años.

Era Harry Taxon.

El relato de las hazañas de Sherlock Holmes, leídas en libros y periódicos, había excitado el entusiasmo del joven, y, á impulsos de su natural aventurero, corrió en busca del grande hombre.

No tenía padres, estaba solo en el mundo; había seguido varias profesiones, pero su vocación era de «detective», y tanto insistió y tan tenazmente siguió los pasos de Holmes, dándole muestras de adhesión y fidelidad en momentos de peligro, que el maestro acabó por admitirlo en su compañía.

Era un muchacho rubio é imberbe, de cara agradable y ojos inteligentes.

No tenía aún, como Sherlock Holmes, esa expresión de cara atormentada que proviene de la tensión continua del espíritu absorbido en la resolución de los arduos problemas de la criminalidad.

Tenía la frente ancha y descubierta. Los rubios cabellos, echados atrás, estaban separados por una raya en el lado izquierdo. Los ojos, móviles é investigadores, estaban siempre prontos á comprender. Su cuerpo, ágil y fuerte á pesar de su delgadez, era rápido para ejecutar, con una fe ciega, las órdenes del maestro.

Harry Taxon había nacido para ser el «segundo de confianza», el fiel colaborador del gran «detective».

Su anhelo era adivinar el menor deseo del maestro, no apartarse en nada de sus instrucciones, aunque pareciesen contradicciones é incoherentes.

Había realizado ya grandes cosas por propia cuenta, y sin embargo no intentaba examinar las disposiciones del maestro. Nunca se le ocurría tirar por sí mismo de las mallas de una de aquellas tramas complicadas urdidas por Sherlock Holmes. Cuando hablaba con éste, sólo osaba con gran prudencia y tímida modestia aventurar algunos de los detalles que le había podido sugerir su observación particular en el curso de un asunto de sensación.

Todas estas cualidades le habían hecho ganar con gran rapidez la estima y la amistad de Sherlock Holmes, á pesar de que éste, por ser severo para sí mismo, concedía difícilmente su confianza á los otros.

El maestro amaba á su discípulo como á un hijo. Tratándolo como á tal, con gran confianza, no le escaseaba los elogios ó las censuras, según la ocasión. La cualidad que reconocía en él y que había influido decisivamente para admitirlo á su lado, era su docilidad pasiva, y al mismo tiempo inteligente, que mostraba al ejecutar cuantos encargos le confiaba.

Además, uníase á esto cierto orgullo de creador viendo cómo conseguía desarrollar en su discípulo un instinto, un olfato policiaco que harían de él un famoso «detective», digno en el porvenir de reemplazar al maestro, y tal vez de igualarle.

Sherlock Holmes no tenía para él ningún secreto.

Desde que el maestro daba sus primeros pasos en un asunto que había de ser célebre, se complacía en atraer á su discípulo como si lo cogiese de una mano, guiándolo al través del laberinto de sus sabias deducciones y de las tortuosidades de su prodigiosa adivinación.

Muchas veces se aplaudía á sí mismo al ver la facilidad con que Harry Taxon se apropiaba poco á poco su método, basado en el profundo conocimiento de las pasiones humanas.

A las facultades intelectuales del discípulo se unían las cualidades físicas que son indispensables para la ruda y peligrosa tarea de perseguir al crimen.

Harry Taxon, á pesar de ser de una talla poco elevada, que le daba la ventaja de no llamar la atención, era fuerte. A su agilidad nerviosa iba unido un gran vigor muscular. La práctica razonada y metódica de los «sports» había dado á su cuerpo una dureza capaz de soportar las mayores fatigas.

Contando con un discípulo como éste, Sherlock Holmes podía ausentarse de su casa con toda confianza, seguro de que su colaborador sabría acudir hábilmente á las exigencias del momento.

Harry Taxon era su «Otro yo» que se colocaba como de centinela en el lugar que él acababa de abandonar para avisarle al menor incidente. Era como un desdoble de su propia personalidad.

El maestro y el discípulo, nacidos para estimarse y comprenderse, realizaban juntos grandes cosas.

Una noche, como ya hemos dicho, estaban ambos conversando lentamente de sucesos pasados en el despacho de Sherlock Holmes.

Este, sumiéndose en sus recuerdos, relataba peligrosas aventuras en que había intervenido muchos años antes, cuando Harry Taxon era todavía un niño.

De pronto Sherlock Holmes retiró la corta pipa de junto á su boca y avanzó la cabeza con los ojos entornados como para oír mejor.

—Una visita que nos llega, Harry—dijo con tranquila seguridad—. Además, estoy seguro de que es una dama elegante que viene con gran prisa á buscarme á esta hora avanzada.

—En efecto: han llamado en la puerta de la calle—dijo el discípulo—. ¿Pero cómo sabe usted que es una dama elegante? Usted, maestro, está sentado en su sillón y no puede ver quién sube la escalera detrás de mistres Bonnet.

—¿Que por qué creo que es una dama?—contestó el «detective»—. Lo he adivinado en el modo de sonar la campanilla de la puerta. Sólo una dama en plena nervio-

sidad puede tirar del cordón de esa manera. Mi oído percibe perfectamente en este momento el paso ligero de una mujer que se acerca... Oigo el «fru fru» de sus bajos de seda... Hasta percibo al través de la puerta un olor de perfume, desagradable para mí. Ya ves, hijo mío, que no es difícil adivinar esto. Vas á convencerme de si me equivoco... Los pasos se aproximan... Ya está aquí.

II

EL ASESINATO DEL BANQUERO STRADELLA

Se abrió la puerta sin que nadie hubiese tocado antes en ella pidiendo permiso para entrar.

Una mujer alta, esbelta, de una belleza llamativa, entró en el gabinete de trabajo de Sherlock Holmes, pieza que, bañada por la dulce claridad de una lámpara, ofrecía un carácter de tranquila intimidad.

La recién llegada era una rubia hermosísima.

Llevaba un largo manto de rica seda forrado de pieles que le llegaba hasta cerca de los pies. Estaba en traje de baile, según se veía al través de la capa entreabierta sobre el pecho. Su vestido de seda color rosa, guarnecido de blondas de Bruselas, era tan escotado, que permitía entrever las redondeces graciosas y opulentas de su pecho.

Los guantes blancos se remontaban á lo largo de los espléndidos brazos desnudos de la joven. En una mano tenía un rico abanico, y en torno de su cuello yacía caída la blonda con que se había cubierto la cabeza para salir á la calle.

Sherlock Holmes al verla se levantó de su sillón, inclinándose ligeramente.

—Señora—dijo—, son las once menos cuarto de la noche, hora poco á propósito para visitas. Los ojos de usted reflejan el espanto... Todo esto me hace creer que viene usted á comunicarme algún crimen espantoso.

—¡Mi marido... señor Sherlock Holmes!—gritó la hermosa dama rubia con voz

temblona—. ¡Asesinado!... ¡Muerto!... ¡Ay, no puedo más!

Y se dejó caer en un sillón mientras un torrente de lágrimas saltaba de sus ojos, dejando caer su cabeza entre las manos crispadas.

—Harry, un vaso de agua para la señora—ordenó Sherlock Holmes.

Pero ella lo rehusó con un ademán enérgico de su mano.

—No: no se moleste usted—dijo—. Nada necesito... Lo único que deseo, señor Sherlock Holmes, es que venga usted conmigo cuanto antes. Mi primer pensamiento, al ver el cadáver de mi infeliz marido, ha sido que el crimen debe ser castigado, y como no hay en el mundo un hombre que pueda compararse á usted, por esto he corrido inmediatamente á la calle, he tomado un coche... y aquí estoy.

—¿Pero no ha dado cuenta usted á la policía de lo ocurrido?—preguntó Sherlock Holmes.

—Sí: he hablado á la policía—respondió la hermosa señora contrayendo desdenosamente los labios—; pero yo pregunto á usted, señor Sherlock Holmes: ¿la policía de Londres ha podido explicar, especialmente en los últimos tiempos, uno solo de los crímenes que se han llevado á cabo en circunstancias un poco misteriosas? ¿No ha sido usted siempre quien ha adivinado los más complicados enigmas que excitan de cuando en cuando la curiosidad pública?...

—Hablemos del marido de usted—dijo el «detective» como si quisiera huir de estos elogios—. ¿Lo han asesinado, según usted dice?

—¡Le han dado una puñalada!—gritó la joven, y volvió á llorar y gemir con desesperación.

—Cálmese usted, señora, y sobre todo, tenga serenidad para contarme todos los detalles referentes al crimen... Pero antes dígame quién es usted y quién era su marido.

—Mi marido se llamaba Pablo Stradella, y era italiano de nacimiento. Hace diez años vino á Londres y fundó una de las primeras casas de banca.

—Yo conozco esa casa—dijo Sherlock



Vi entrar dos hombres que sostenían un cuerpo inerte, envuelto en mantas.
(Cap. II.)

Holmes—. ¿No está en Ludgate Hill, frente á la catedral de San Pablo?

—Perfectamente—contestó la dama—. Y ya que conoce usted el nombre de mi marido, sabrá usted igualmente que era muy rico.

—Al menos le tenían generalmente por tal—contestó el «detective» volviendo á ocupar su sillón.

—¿Desde cuándo eran ustedes casados?—volvió á preguntar Holmes tras breve pausa.

—Desde hace dos años—contestó la señora Stradella—. Hemos sido el matrimonio más feliz del mundo, y nuestra suerte era digna de envidia. Nos amábamos, y al mismo tiempo éramos estimados por todas nuestras relaciones y bien vistos en todas partes. La mejor sociedad de Londres se daba cita en nuestra casa de Somerset-Street, y puedo afirmar que nuestras fiestas y recepciones gozaban de cierta reputación... ¡Ay, todo esto ha acabado de pronto, ha sido destruído para siempre por la puñalada de un miserable!

—¿Qué edad tenía el marido de usted?—interrumpió Sherlock Holmes con un poco de impaciencia.

—Pablo tenía treinta y tres años, y yo tengo veintidós... ¡Ay! ¡yo le consideraba como un dios y...!

—Cuénteme usted lo ocurrido esta noche—dijo Sherlock interrumpiéndola en su lamentación.

—Debíamos ir esta noche al baile organizado por la Sociedad de Negociantes de Londres—dijo la dama—. Mi marido me había prometido estar de vuelta en casa á las ocho é ir conmigo al baile á las nueve.

Pero al anoecer recibí una carta de él, enviada desde su despacho en la casa de banca, diciéndome que un asunto urgente é importantísimo le retendría en la oficina hasta las nueve. Me aconsejaba que le esperase vestida, á punto para salir. El vendría á buscarme todo lo más tarde á las nueve y media.

Yo estaba pronta á esta hora. Nuestro coche esperaba á la puerta, pero mi marido no llegaba.

Un poco antes de las diez oí un violento

campanillazo en la puerta de entrada. El portero se me presentó muy pálido y me dijo:

—Señora, prepárese á una impresión terrible. Acaban de traer al señor.

—¿Traer? ¡Qué quiere decir eso!—grité yo—. ¿Está acaso enfermo?

—Está muerto—me dijo.

Antes de que pudiera reponerme de esta impresión se abrió la puerta y vi entrar á dos hombres que sostenían un cuerpo inerte envuelto en mantas.

—¿Quiénes eran esos hombres?—interrumpió Sherlock Holmes.

—Eran un marinero y un cochero. Me contaron que habían encontrado el cadáver de mi esposo tendido junto á un árbol, en una pradera de Hyde Park, enfrente de Andley Street... Lancé un grito de espanto y descubrí el cadáver.

Esperaba aún que aquellos hombres habrían sido víctimas de un error y que no era aquel cadáver el de mi marido. Pero ¡ay! era él. Era mi Pablo el que yacía ante mí, el rostro amarillo como la cera, los ojos apagados y con una herida sangrienta en el lugar del corazón.

Caí al suelo perdiendo el conocimiento.

Mientras tanto el portero había ido en busca de la policía. El capitán del distrito había llegado con varios agentes. Me hizo un sinnúmero de preguntas cuando recobré mis sentidos y luego se fué.

Entonces reuní todas mis fuerzas para venir en busca de usted, señor Sherlock Holmes, pues yo, vuelvo á repetirlo—la voz de la hermosa señora Stradella tomó al llegar aquí un tono solemne—, yo no aceptaré el menor reposo ni podré vivir tranquila mientras el maldito asesino de mi esposo no haya sido encontrado, sufriendo el castigo que merece.

Si usted lo encuentra, señor Sherlock Holmes, yo le prometo...

—Todo eso es de escasa importancia—interrumpió el «detective»—. No hablemos de recompensas por ahora. Tengo todavía varias preguntas que hacer antes de seguir á usted... Ante todo, ¿cómo los dos hombres que han llevado á la casa el cadáver del señor Stradella han podido saber quién era y dónde vivía?

—Muy fácil—dijo la joven señora—. Mi marido llevaba sobre él ciertos papeles que revelaban su nombre y su domicilio.

—¿Qué papeles eran esos?

—Si no me engaño, el principal era su cartera de notas. Pablo era muy ordenado. La primera hoja tenía su nombre, su domicilio, su profesión, su edad y... ¡cosa asombrosa! esta recomendación: «En caso de accidente ó de desgracia, ruego que avisen al señor Sherlock Holmes.»

—¡Ah! ¡Es muy interesante!—dijo el «detective» rascándose la barbilla con los dedos de la mano izquierda, gesto que le era familiar—. El marido de usted ha sido muy amable durante su vida al pensar en mí. Era, pues, un deber para usted, señora, el venir á buscarme.

—Ciertamente. Y el encontrar esa nota en su «carnet» no hizo más que afirmarme en mi idea de venir á consultar á usted inmediatamente.

—¿Su marido tenía enemigos?

—Ya lo creo, todo el mundo los tiene—respondió la señora Stradella—. Pero no me imagino que ninguno de ellos quisiera atentar contra su vida. ¡Era él tan bueno, tan benéfico, tan escrupuloso en sus negocios!...

—¿En estos últimos tiempos sus negocios marchaban bien?

—Adivino por qué pregunta usted eso, señor Sherlock Holmes. Sospecha usted que no se trata de un asesinato, sino más bien de un suicidio, y en este último caso que mi marido se ha matado por la mala marcha de sus negocios. ¡Dios mío! ¡Qué error!...

—Usted parece segura de que su marido no se ha suicidado—interrumpió el «detective»—. Entonces se trata de un crimen cometido contra su persona... y aquí me corresponde entrar á mí. Partamos cuando usted quiera. ¿El carruaje de usted está á la puerta?... Vamos primeramente á la casa de usted lo antes posible.

—Mi coche nos espera. ¡Ay, señor Sherlock Holmes! ¡Cómo le agradezco haber aceptado tan pronto el venir conmigo!...

—No es más que mi deber, señora... Harry, mi sombrero, mi gabán... Mete en

él lo de costumbre. Señora, cuando usted quiera. Salgamos.

Al llegar á la puerta del despacho, Sherlock Holmes se volvió para decir á Harry:

—Me esperarás aquí y velarás aunque yo no vuelva en toda la noche.

El joven se inclinó en señal de asentimiento.

Sherlock Holmes abrió la puerta y se



Sherlock Holmes se separó, para dejar pasar á la señora...

separó para dejar pasar á la señora Stradella.

Después la siguió y pocos instantes después los dos iban dentro de una elegante berlina, que rodaba rápidamente hacia el domicilio del banquero Stradella.

III

LOS PUNTOS QUE CALZABA EL CADÁVER

La casa de Pablo Stradella, en la que penetró el «detective», al lado de la joven y hermosa viuda, daba una impresión de lujo costoso y sólido.

El difunto debía ser un gran aficionado á la buena pintura, pues en el vestíbulo se fijó Sherlock Holmes en algunos cuadros originales de gran valor.

Elena Stradella le condujo al primer piso

por una escalera muy iluminada y cubierta de sedoso tapiz.

Después abrió una puerta y mostrando un diván, gritó entre sollozos:

—¡Ahí!... ¡está ahí!... ¡Ay, no podré sobrevivirle! ¡Con él pierdo todo lo que me unía á la existencia!

Sherlock Holmes entró en la habitación donde estaba el cadáver, débilmente alumbrado por una lámpara que pendía del techo.

El cadáver estaba cubierto con una colcha de seda, que Holmes levantó con precaución.

Pablo Stradella debía de haber sido en vida lo que llaman las mujeres un buen mozo.

Era de estatura alta, y su cara, á la sazón amarilla como la cera, presentaba facciones finas y regulares; sombreaba su labio un bigotito retorcido; caíale sobre la frente pálida el cabello obscuro y rizado. Piadosa mano había cerrado los ojos del desventurado, cuyo rostro expresaba la calma y el reposo.

—¿Estaba su marido en traje de sociedad?— preguntó Sherlock Holmes señalando el frac que llevaba el muerto—. ¿No me había usted dicho que venía directamente del escritorio á aquí?

—En casos análogos, tenía Pablo la costumbre de vestirse en el mismo escritorio para no perder tiempo, y eso es lo que hizo hoy—respondió Elena—. ¿Cómo habrá ido á Hyde Park? No me lo explico.

Sherlock Holmes se inclinó hacia el cadáver y examinó la herida.

—¿Me hace usted el favor de una vela, señora? ¡Ah! En la chimenea veo una; ya la tengo. Gracias.

Volvió el «detective» rápidamente al diván, sacó una lupa y sometió la herida á un atento examen.

— Su marido de usted —dijo—ha sido muerto con un estilete italiano, arma sumamente delgada que le han clavado en el pecho. Ha muerto en el acto, porque indudablemente, como demostrará la autopsia, el corazón está atravesado de parte á parte. En mi vida he visto una puñalada dada con tanta seguridad.

La hoja no se ha desviado á la derecha

ni á la izquierda; ha herido perpendicularmente, de arriba abajo.

—No entiendo nada de eso—replicó Elena con voz llorosa—, no sé sino que me han arrebatado lo que más quería.

—¿Está el cadáver tal como lo han traído?—preguntó Sherlock Holmes.

—Exactamente en tal estado. Al salir he cerrado la puerta con llave, y estoy segura de que nadie ha entrado aquí.

—Su marido de usted era masón.

—¿Cómo lo sabe usted?

—No es difícil adivinarlo. La cadena de su reloj lleva las insignias masónicas. ¿Era masón activo? Quiero decir, si frecuentaba asiduamente las logias.

—Sí; no faltaba á una sesión, y si no me engaño, tenía una categoría elevada en la masonería.

—¿Sería Venerable?

—Puede que sí. Pero mi marido nunca me ha hecho confidencias sobre ello, aunque le he pedido mil veces que me revelara los secretos de la masonería. Inmediatamente se ponía muy serio y hasta se enfadaba si yo insistía demasiado.

—La cadena y el reloj están aquí—dijo el «detective» prosiguiendo sus investigaciones—. Aquí hay una cartera que contiene sesenta y siete libras esterlinas. De modo que no le han asesinado para robarle. Otra pregunta, señora. ¿Cuál era el primer empleado de la casa?

—Carlos Benson, hombre de unos sesenta años; era el brazo derecho de mi marido desde que se fundó la casa.

—¿Podría usted mandar llamar al señor Benson?

—Ni siquiera sé dónde vive.

—¿No podría usted averiguarlo? Tengo mucho interés en hablar con él en seguida. Puede que el portero lo sepa, pues alguna vez habrá ido á llamarle de parte de su marido de usted.

—Voy á preguntárselo—dijo la viuda saliendo de la habitación.

—Bueno; esto es lo que yo quería—murmuró Sherlock Holmes enterándose con rápida ojeada de que Elena había cerrado la puerta.

Luego volvió junto al cadáver, al cual sometió á un nuevo y minucioso examen.

Empezó por levantar las manos y mirarlas detenidamente.

Aquellas manos aristocráticas y bien cuidadas, demostraban en seguida que nunca habían hecho trabajos groseros.

—Uñas cortas y limadas—murmuró Sherlock Holmes entre dientes.

Luego sacó un metro y tomó varias medidas al cadáver.

—Garganta, 41. Veamos el calzado: 45.



El cadáver estaba cubierto con una colcha de seda que Holmes levantó.

¡Enorme! Lo demás ya lo veré cuando asista á la autopsia.

Sherlock Holmes metió rápidamente las manos en los bolsillos del difunto.

Sacó un pañuelo con las iniciales P. S., que exhalaba el mismo perfume de que se servía Elena. Luego encontró dos llaves, una lima para uñas y un cortapuros en uno de los bolsillos del pantalón. El otro estaba completamente vacío.

De pronto se acordó de que no había registrado el chaleco.

En el bolsillo de la derecha no había nada; en el de la izquierda encontraron sus dedos un papelito doblado.

—¡Una esqueja!—exclamó—, algo escrito con lápiz... Puede que tenga importancia... ¡Ah! ¡una pista!

Sherlock Holmes aproximó el papel á la bujía y leyó:

«Desaparezca usted de Londres durante cierto tiempo. Está usted condenado á muerte. Ya sabe que todo traidor á nuestro secreto es sentenciado y no se libra

de la mano vengadora. Como me ha hecho usted mucho bien, no quiero que muera.—Un amigo agradecido.»

Bajando la cabeza, leía Sherlock Holmes mientras aguzaba el oído para enterarse de si volvía Elena.

—Muy bien—dijo en voz baja mientras se dibujaba en sus labios una sonrisa—. Verdaderamente está clara la cosa. Condenado á muerte por los masones, cuyos secretos habrá revelado. Lástima que este billete no sea más que una añagaza destinada á hacernos seguir una pista falsa con revelaciones necias, pues de otro modo, no lo habría yo encontrado en el bolsillo del chaleco. El asesino, si tuvo tiempo, pudo enterarse de que la víctima llevaba encima algún papel que indicara la obra de los masones, y como yo, debió encontrar esta esqueja. De todos modos, lo guardaremos, pues podrá servirme para otra cosa.

En aquel momento se abrió la puerta dando paso á Elena, que dijo:

—El señor Benson vive en City Road, 333. ¿Hay que mandarle recado?

—Es inútil—respondió Sherlock Holmes.—He pensado que puede aplazarse su interrogatorio hasta mañana. Ahora tengo que marcharme, porque he de hacer investigaciones sobre otro asunto.

—¿Y tendré que quedarme sola con el cadáver?—gritó Elena—. ¡Dios mío, qué noche tan espantosa! Pero no me separaré de mi querido esposo hasta que venga usted á arrancarme de su lado.

—Tranquílcese usted. Recuerde que hemos de vengar á su marido, ya que no podemos evitar tan gran desdicha. Adiós.

Sherlock Holmes estrechó compasivamente la mano de Elena, se inclinó y salió.

Fué á pie hasta la abadía de Westminster siguiendo la orilla del Támesis.

Junto al agua se elevaba la casa de un barquero que vivía de alquilar botes en verano.

—¡Abre, Juanito, abre!—gritó Sherlock Holmes llamando á una ventanita de la casa—. Soy yo, un amigo.

A los pocos minutos se abrió la ventana, y un hombre vestido sólo con un pantalón y una camisa, rechoncho y de brazos y cuello muy musculosos, miró á fuera.

—¡Ah, señor Sherlock Holmes, entre usted!

—¿Está ahí David?—preguntó Sherlock Holmes entrando en una habitación miserable—. Ya le veo, comiéndose la cena con gran apetito. ¿Has vuelto tarde, David?

Un muchacho de unos doce años se levantó á escape, se acercó á Sherlock Holmes y le tendió la mano.

—He estado limpiando botas delante del teatro de Drury Lane y ha caído bastante que hacer.

—Mejor para tí—contestó riéndose el «detective»—. Tu hijo es listo, Juanito; ya trae su dinero á casa, y podría ganarse ahora cinco chelines si no estuviera muy cansado, yendo á la mía.

—Nunca estoy cansado—dijo el limpia-botas.

—Bueno, pues llévale esos renglones á Harry—respondió Sherlock Holmes sacando un librito del bolsillo, arrancando una hoja y escribiendo con lápiz lo siguiente:

«Ven inmediatamente á casa de Juanito. Trae ganzúas, ropa de vagabundo y una linterna sorda. Vamos á entrar, con fractura, en una casa de banca. Te aguardo.—S. H.»

Dió al papel cinco dobleces, y lo cerró con una oblea que sacó de una cajita y que sujetaba con mayor solidez que cualquier sello.

—Como pierdas la carta, te ahorco—dijo Sherlock Holmes al muchacho.

—¿Es muy importante?—preguntó Juanito.

Como el «detective» le hizo una seña afirmativa, el barquero dijo á su hijo:

—Ponte el papel entre el labio superior y los dientes y así no lo perderás.

—¡Ah! ¿Tiene una especie de bolso en la boca, como los monos?—dijo Sherlock Holmes riéndose—. Mejor, chiquillo, así podrás llevar con seguridad mi encargo á su destino. ¡Corre, corre!

Y David, para no perder tiempo saliendo por la puerta, saltó por la ventana con una destreza que hacía creer que pertenecía en efecto á la familia de los cuadrumanos.

IV.

ALLANAMIENTO DE MORADA

—Juanito—dijo Sherlock Holmes cuando se quedó solo con el barquero—, me acompañarás esta noche.

—A donde usted quiera.

—Necesitaré tus robustos brazos, pero tendrás que echar abajo una puerta que no es tuya ni mía.

—No importa, señor Sherlock Holmes. Si desea usted ver esa puerta abierta, no ha de ser con ningún fin punible.

—David puede venir también con nosotros y estar en acecho para que no nos sorprendan.

—¿A qué hora saldremos?

Sherlock Holmes miró el reloj y dijo:

—Ahora son las doce; nos iremos á la una, pues los dos muchachos ya habrán vuelto.

En seguida sacó su pipa, la cargó y empezó á fumar. Rodeado de una humareda densa, siguió sentado sin hablar, delante de Juanito, que no se atrevía á distraerle.

Disfrutando las dulzuras de la pipa estaba todavía, cuando se oyeron pasos á la una y Sherlock Holmes se levantó diciendo:

—Ahí están Harry y David; abre la puerta.

Los dos jóvenes llegaban sin aliento. Habían venido corriendo. Harry llevaba en la mano un paquete que colocó en la mesa, delante de Sherlock Holmes.

—Vamos andando—dijo éste—; Juanito y David no necesitan disfrazarse. Nosotros, Harry, vamos á convertirnos en gente maleante.

A los pocos minutos, el «detective» y su ayudante aparecían vestidos con harapos.

Sherlock Holmes se puso una peluca roja en la cabeza (lo cual le transformaba por completo), y además una barba postiza y se dió cuatro vueltas al cuello con un tapabocas.

—¿Tienes el saco de palanquetas y ganzúas?—le preguntó á Harry.

—Todo está ahí, maestro.

—Vamos andando, pues. Nos harás atravesar el Támesis, Juan; llegaremos deprisa á Ludgate Hill y podremos atracar cerca de la calle; en el agua no nos verá nadie.

—Comprendido—dijo el barquero—. Salgan ustedes. Me voy á buscar el mejor bote. A la claridad de un farol que había encendido, examinaba Juan los botes que estaban al pie de la casucha, pero al parecer, no encontraba el que quería.

—¡Por vida de...!—exclamó al cabo de algunos minutos de buscar—; me lo han robado. ¡Ah, tunantes! Mientras estaba en casa, alguien lo ha desamarrado. Vaya, pues, tomaremos «La Golondrina», que también sirve para el caso.

Botó al agua una embarcación. Sherlock Holmes y Harry se sentaron en el barco, mientras David empuñaba los remos y Juan el timón. «La Golondrina» se deslizaba silenciosa por el río tranquilo. Los sombríos reflejos de los faroles en el agua le bastaban al barquero para orientarse; había apagado su linterna.

—Ya hemos llegado—dijo Juanito después de una hora y media de navegación, llevando la barca á una escalera de piedra que penetraba en el río—. Dentro de diez minutos estaremos en Ludgate Hill. Amarra sólidamente el barco; David. No comprendo cómo me han robado el bote mejor. ¡Como los coja!... Tres días hace que lo habían repintado. ¡Lástima de «Arco Iris», ya no lo volveré á ver!

—Consuélate, hombre—le dijo Sherlock Holmes—, buena recompensa te valdrá esta expedición. Ya estamos delante de Ludgate Hill. Quedad aquí. Me voy á recorrer un poco los contornos; cuando me oigáis silbar, venid.

Juan, Harry Taxon y David se sentaron á la sombra de una pared mientras Sherlock Holmes andaba lentamente hacia Ludgate Hill. Pasó al lado de un polizonte que le miró con recelo. Pero él, con las manos en los bolsillos del pantalón, empezó á silbar una canción popular como si nada le importaran los polizontes.

Así llegó hasta junto á Ludgate Hill. Desde allí examinó una casa de dos pisos adosada por un lado á otro edificio, y cuya fachada daba á un jardín.

Poco á poco se habían ido alejando las nubes, y la luna resplandecía en el cielo.

Sherlock Holmes atravesó la calle, esperó que ésta quedara desierta, y luego trepó hábilmente por una verja de hierro que cerraba el jardín y llegó junto á la casa. Vió en el piso bajo una ventana pequeña, lo que le hizo mover la cabeza con expresión de contento. Luego lanzó estridente silbido.

A los pocos minutos Juan y los dos jóvenes estaban junto á él.

Ya había tenido tiempo de ejecutar un trabajo preparatorio. Con un diamante había cortado un cristal de la ventana, que pudo abrir fácilmente pasando el brazo por un agujero. En seguida entró en la casa y mandó á Juan y á Harry que le siguieran, y á David que se quedara fuera vigilando para dar la señal en caso de alarma.

Hallábanse entonces en un pasillo de la casa, que conducía al patio. Sherlock Holmes le enseñó una ventana enrejada, á través de la cual se veía una habitación llena de casilleros y libros de comercio. Supuso que aquella habitación formaba parte del local de la casa de banca de Pablo Stradella, situada en el edificio.

—Juan—murmuró al oído del barquero—, ahora vas á demostrar tus fuerzas. Tienes que arrancar algunos de esos barrotes, porque quiero entrar en la habitación por esa ventana.

El hércules asió con ambas manos un



• El hércules tiró de la reja...

barrote, tiró de él hasta que la mampostería cedió por arriba; y llevó á cabo la hazaña casi imposible de arrancarlo.

—Muy bien—dijo Sherlock Holmes—;

otro más, y la abertura será bastante ancha para que pasemos.

Las manos de Juan sangraban; se las limpió en el pantalón y reanudó su trabajo.

El segundo barrote cedió también.

—Juan, quédate aquí vigilando; esta abertura es muy chica: menos mal que no tengo todavía mucho vientre.

Y hablando así Sherlock Holmes se introdujo en la habitación, y ayudó á Harry á hacer lo mismo.

Encendió entonces una linterna sorda y se dirigió á una puerta que hacía comunicar aquella habitación con otra contigua.

La puerta estaba cerrada con llave, pero Sherlock Holmes la abrió en poco tiempo con una de las ganzúas que llevaba.

El «detective» y Harry se encontraban en un despacho amplio, silencioso, con seis mesas para los empleados y otra delante de una caja de caudales. Sherlock Holmes dedujo que la última era la del Carlos Benson, el encargado de la casa.

Pero el «detective» creía no haber llegado aún á donde quería.

—Entremos ahí—le dijo á su compañero enseñándole una puerta cubierta por una cortina verde—. Esta es la oficina particular de Stradella, como lo demuestra esta cortina, que nos impediría oír hablar en la inmediata habitación. Los jefes de las casas siempre mandan acolchar las puertas ó ponerlas una cortina recia para conferenciar tranquilamente con sus corresponsales.

Un minuto después vió Sherlock Holmes que no se había engañado.

La habitación en la cual había entrado con Harry debía ser el despacho particular de Pablo Stradella. Estaba amueblada con muy buen gusto. La mesa de despacho, de palo de rosa, parecía más propia de una señora que de un hombre de negocios. Encima de la mesa colgaba un gran retrato de Elena en traje de baile, que representaba á la hermosa rubia como la había visto Sherlock Holmes.

—Harry—dijo el «detective» colocando la linterna en la mesa—, sitúate en el umbral de la puerta, detrás de la cortina, y si por casualidad nos sorprendieran, avísame con sigilo para que podamos escondernos.

—No creo que sea posible una sorpresa

—respondió Harry—, pues Juan está delante de la ventana por donde hemos entrado y nos haría señas en caso de peligro.

—Hay que ser más observador—respondió Sherlock Holmes—. ¿No has visto que en el despacho grande que acabamos de atravesar hay una puerta por la cual se puede entrar fácilmente? Debe de dar al vestíbulo, al cual se llega por la entrada principal. De todos modos, no creo que nos vengán á molestar; así es que voy á poner manos á la obra.

Sherlock Holmes se sentó á la mesa de trabajo, cuyos cajones fué abriendo con llaves falsas.

Muchos papeles, libros, cartas, cuentas y formularios cayeron en sus manos.

Sherlock Holmes empezó á examinar y estudiar los papeles con extraordinario esmero. Muchas veces movió la cabeza sonriendo. Luego registró otra vez la mesa, y descubrió un cajón secreto del cual sacó un librito y una cartera.

En ésta había muchas cuentas corrientes y en cada hoja llevaba la nota «Balances».

Sherlock Holmes comprobó que ambos balances alcanzaban hasta el año de la fundación y que el último era de hacía cuatro semanas.

A Carlos Benson, encargado de la casa, correspondía formular estos balances para enterar á su jefe de la fortuna y desarrollo de la casa. Cada hoja llevaba su firma.

Pero el libro, que fué lo último que vió Sherlock Holmes, llevaba el siguiente título: «Libro secreto de la casa Pablo Stradella, Londres.»

El «detective» empezó por examinar los balances y luego hojeó el libro con mucho interés.

Si Harry Taxon hubiera tenido la menor predisposición á la impaciencia, grande la habría sentido, pues Sherlock Holmes estuvo más de una hora en la mesa de Pablo Stradella, absorto en el examen de los papeles.

—Lo cierto es—murmuró Sherlock Holmes—que Stradella ha engañado voluntariamente á su mujer acerca de la situación de su fortuna, ó la linda rubia no me ha dicho la verdad, porque la quiebra de la casa era inminente. No sólo no tenía Stra-

della dinero alguno, sino que debía muchísimo. La gente cándida deduciría que se ha suicidado... pero únicamente la gente cándida... Pero, ¿qué pasa?

—Alguien viene: la puerta del despacho se abre con sigilo; tenemos que...

No dijo más Harry, pues Sherlock Holmes se le había acercado, le cogió y echó hacia atrás.

—¡Debajo del sofá, en seguida!—le dijo, orden que ejecutó Harry con suma agilidad.

Sherlock Holmes se escondió detrás de la cortina, y después de sacar con rápido movimiento el revólver y apagar la linterna, aguardó.

V

LA POLICÍA AVISADA POR UN LADRÓN

Sherlock Holmes se encontraba en situación apurada. Si lo descubrían y prendían como ladrón, no tendría que temer consecuencias desfavorables, pero sí discusiones molestas con la policía. Su manera de proceder para conseguir ciertas pruebas era indudablemente ilegal.

Si á pesar de esto no intentó escaparse cuando el individuo entraba misteriosamente en las oficinas de Stradella, y se contentaba con resguardarse detrás de la cortina verde en vez de buscar mejor escondrijo, era porque á todo trance quería saber cuál era el hombre que tenía quehaceres en el escritorio á hora tan intempestiva.

¿Era el gerente Benson que venía por la noche con cualquier motivo, ó era un verdadero ladrón?

Como Sherlock Holmes, cuando Harry le dió la señal de alarma, había apagado la linterna sorda y se la había metido en el bolsillo, reinaba la obscuridad en el gabinete y en el despacho grande, aunque atenuada por débiles reflejos de la luna.

Sherlock Holmes vió abrirse sigilosamente la puerta grande que daba al vestíbulo. La sombra de una silueta sombría se perfiló en el dintel, entró una persona y cerró la puerta. Permaneció medio minuto inmóvil, como si estuviera observando.

Sherlock Holmes tuvo que apretar con fuerza los labios para no soltar un grito de asombro. Vió delante de él á un marinero de edad y barba canosa; á juzgar por su traje y su exterior, era un hombre que había vagado años enteros por todos los mares posibles.

Era de alta estatura, y quizá habría tenido aspecto elegante con otro traje más decente.

Pero su blusa azul, llena de alquitrán y manchas de grasa; su ancho pantalón y grandes botas, su amplio sombrero de marino, su cuello de dudosa blancura, bajo el cual se veía una corbata descuidadamente atada, no contribuían á darle buen aspecto.

Apenas se podía distinguir su cara; el ala del sombrero ancho le tapaba la frente y la mitad superior de la cara. La otra mitad tenía por marco una barba cana y corta, al estilo marinero.

El individuo entró lentamente en la habitación. Sus miradas escrutadoras la recorrían toda.

Se paró y escuchó atentamente; pero como no oía nada, siguió andando.

Entonces tendió las manos.

Sherlock Holmes tembló, porque adivinaba que el marinero quería entrar en el gabinete, y por lo tanto, apartar la cortina verde.

Si tiraba de la parte bajo la cual se escondía el «detective», no le quedaba á éste otro recurso que acabar de jugar al escondite y presentarse.

Afortunadamente el marinero separó la otra parte de la cortina; pasó junto á Sherlock Holmes, que estaba pegado al quicio de la puerta, y luego sin vacilar ni dudar fué rápidamente hacia la mesa de despacho.

Sherlock Holmes habría podido agarrarle con facilidad cuando pasaba por delante de él, pero el «detective» tenía el mayor empeño en saber lo que quería aquel mozo á hora tan avanzada.

Seguió observándole y le vió pasar ambas manos á tientas por la mesa, como buscando algo.

Ardió una cerilla que se apagó á los pocos segundos. El marinero había encontrado lo que buscaba. Sherlock Holmes ha-

bía visto que lo que había cogido era el libro secreto.

—Ese no es un marinero—pensó el «detective»—, pues nada le importaría el libro secreto de la casa Stradella. Quizá lo haya mandado otro para robar el libro. Por supuesto, que pronto lo veremos. El ladrón no saldrá de este cuarto.

Holmes levantó un poco el revólver con la mano derecha, dispuesta para disparar. Elevó la mano izquierda para que pudiera caer rápidamente sobre el marinero cuando atravesara la puerta.

Este se dirigió lentamente hacia Sherlock Holmes. No estaba más que á tres pasos de él. El «detective» se agachó como un tigre. Sus miradas no se apartaban del marinero de la barba canosa.

Este se detuvo de pronto.

Sacudió los dedos, como si se hubiera olvidado algo. Volvió sobre sus pasos y se dirigió hacia la mesa.

Sherlock Holmes se echó hacia atrás y comprendió que todavía tenía que esperar. Era evidente que el falso marinero tenía que buscar otra cosa en la mesa ó en los cajones, y para el «detective» todo desaparecía ante la necesidad de saber el objeto perseguido por el extraño visitante en el despacho particular de Stradella.

Entonces Sherlock Holmes vió al hombre inclinarse sobre la mesa, tentarla con las manos, y sentarse luego tranquilamente.

¿Qué estaría haciendo? Sherlock Holmes no podía darse cuenta de ello: en aquella habitación mal alumbrada por la luna, le era imposible comprobar rigurosamente todos los movimientos. Indudablemente el desconocido no hacía nada. Estaba sentado como el que aguarda.

Pasaron cinco minutos. Sherlock Holmes luchaba consigo mismo.

¿Debería salir, arrojarse sobre aquel bribón, amenazarle con el revólver y gritar: «¡No se menee usted!»

De pronto crujió la puerta del despacho grande, entró en la habitación un rayo de luz, sonaron pasos, y un momento después dos brazos vigorosos sujetaban á Sherlock Holmes, mientras una voz gritaba:

—¡Ni un movimiento ó le meto una bala en la cabeza! Dese usted preso. Soy el capi-

tán Merris, del puesto de Ludgate. Venid, ya tenemos á uno.

—¿Está usted loco, capitán?—rugió Sherlock Holmes. ¿No conoce usted á su mejor amigo? Suélteme usted—le dijo.

—¿Qué voz es ésta?—exclamó el capitán Morris, pero sin soltar á su prisionero—. Me parece que la conozco.

Oyó entonces Sherlock Holmes ruido detrás de él. Volvió la cabeza y vió lanzarse afuera al marinero por la ventana del despacho particular.

En aquel momento, todo se lo explicó. Por primera vez en su vida, se había dejado engañar groseramente.

El tuno del marinero había notado que le espiaba alguien, oculto detrás de la cortina verde. Lo notó en el mismo momento de ir á salir, con el libro en el bolsillo. Entonces volvió tranquilamente á la mesa, é hizo funcionar el aparato de aviso que enlazaba el despacho de Stradella con la oficina de policía.

Había contado con que la intervención súbita de la policía ocasionaría algunos momentos de confusión que, por cortos que fueran, le permitirían escaparse por la ventana, y así había ocurrido puntualmente.

En efecto; cuando Sherlock Holmes consiguió librarse del apretón del capitán y darse á conocer, después de quitarse la peluca roja, ya era demasiado tarde para alcanzar al fugitivo.

Este había tomado gran delantera, y se había perdido en el dédalo de callejas y callejuelas de la City.

—¿Es posible que sea usted Sherlock Holmes?—exclamó el capitán Morris, alumbrando la cara del «detective».

—En carne y hueso—respondió airadísimo Sherlock Holmes—. Mejor habría usted hecho en quedarse en su casa, que en perturbarme un asunto tan importante.

—¿De modo que se ha metido usted aquí como los ladrones?

—Sí, señor; porque me dedico á un trabajo muy importante. Diga usted á sus hombres que suelten á ese joven que han sacado de debajo del sofá: es mi discípulo Harry Taxon.

—A otro hemos cogido, pero no le solta-

remos tan fácilmente; casi le ha saltado un ojo á uno de los guardias, de un puñetazo. Realmente, se ha defendido como un león, y ha habido que apretarle la garganta para que no chillara.

—Es Juan el barquero— dijo riéndose Sherlock Holmes—. Suerte han tenido ustedes con que no haya roto el cráneo á uno. Han debido de arrastrarse como los indios, porque si él ó David les hubieran visto, habría corrido la sangre.

—¿Y ese que se ha escapado por la ventana?

—Ese es el verdadero ladrón, que se ha buscado la salida de ese modo. Pero ya no podemos evitarlo, capitán, y tenemos que conformarnos: usted, capitán, con su triunfo de esta noche, deteniendo á tres inocentes, y yo con comprobar que un hombre misterioso tenía interés en apoderarse del libro secreto de la casa Stradella. El hombre vestido de marinero que ha entrado aquí me parece que no ha navegado más que por el Támesis.

—¿Tan difícil sería identificar á ese marinero?—preguntó el capitán Morris—. El caso sería averiguar quién podría tener interés en coger el libro secreto de Stradella. Quizá este mismo no sea ajeno al crimen.

—La misma idea tengo, capitán Morris—contestó riéndose Sherlock Holmes—; pero ya lo veremos. Buenas noches, capitán, me vuelvo á casa. Vámonos, Harry, que aquí nada tenemos que hacer ya.

—¡Valiente gazzápiro es el tal capitán de policía!—murmuró Sherlock Holmes cuando se encontró en la calle con Harry y Juan, pues había logrado, gracias á su influencia, sacar de las garras de la policía al barquero—. Si este Morris no hubiera venido á estorbarnos, estaría en mi poder el marinero, y habríamos llegado á la meta. En fin, mañana volveremos á empezar.

VI

LA CONFESIÓN DE LA DONCELLA

Mientras se desayunaba á la mañana siguiente, Sherlock Holmes deleitábase le-

yendo los periódicos que dedicaban columnas enteras al asesinato inexplicable del banquero Stradella.

—Estos buenos «reporters»—decía riéndose—, se obstinan otra vez en adivinar enigmas. El «Daily Mail» dice que indudablemente el crimen es consecuencia de una venganza; en cambio el «Times» afirma que por conducto fidedigno ha averiguado que se trata de un suicidio. «Pall Mall Gazette» llega más lejos, y da á entender que el banquero estaba metido en unos amoríos que le han costado la vida.

«Pero todos están acordes en que á la policía le será difícil descubrir al asesino, y que éste es un asunto embrolladísimo. Difícil y embrollado sí que lo es, y más



El *Times* afirma que se trata de un suicidio.

difícil todavía de lo que parece. Aquí veo una biografía completa de Stradella. De dependiente sin un cuarto, ha llegado á ser el propietario de una gran casa de banca. Llegó á Londres sin zapatos, y ahora tenía una clientela brillante, estando á punto de ser una de las potencias de la Bolsa. Lo menos deja una fortuna de 300.000 libras esterlinas.

—Bueno, bueno, muy dudoso me parece esto último—siguió monologuando Sherlock Holmes mientras cargaba y encendía la pipa—; los balances que vi anoche indicaban todo lo contrario. Stradella estaba arruinado. Ya hace tres años que era insolvente, y Dios sabe con qué maniobras habrá podido sostenerse á flote,

Aquí hay una nota muy interesante para la viudita.

Y Sherlock Holmes leyó á media voz una noticia que «Daily Mail» añadía á su relato:

«Sabemos que Pablo Stradella tenía asegurada la vida en la Sociedad Gresham por la importante cantidad de 100.000 libras esterlinas. Como el seguro es de más de tres años, aunque la Gresham supiera que Stradella se ha suicidado, no tendría más remedio que pagar todo el seguro á la viuda del difunto.»

Sherlock Holmes sacó del cajón unas tijeras, recortó el suelto, lo dobló y se lo metió en la cartera.

—Hay novedades, señor Sherlock Holmes—exclamó una voz detrás de él.

Al volverse, vió á Harry Taxon, de pie, con un paquete de periódicos debajo del brazo, vestido como los vendedores que pululan á millares por las calles de Londres.

—¿Qué novedades hay?—preguntó Sherlock Holmes—. He leído las últimas noticias de la mañana.

—Sabemos más—respondió Harry—. Acabo de llegar del «Times». He podido colarme en la redacción. Acababan de recibir de la policía la noticia de haber sido detenido Carlos Benson, gerente de la casa Stradella.

—¿Y quién lo ha hecho? ¿y por qué razón le han preso?—preguntó Sherlock Holmes visiblemente molesto. ¿Le creen el asesino de Stradella?

—De los informes que he leído en las pruebas que el chico de la imprenta llevaba á la redacción á corregir, resulta que la policía le cree el asesino.

—¡Qué imbéciles!—murmuró Sherlock Holmes.

—La policía ha demostrado que Carlos Benson, á pesar de sus sesenta años, llevaba una vida muy desarreglada. Tenía algunos líos con mujeres, cuyos gastos excederían seguramente á sus rentas. Además, jugaba á la Bolsa, y según informes del capitán Morris, del puesto de Ludgate, se supone en la Comisaría general que el marinero que hemos encontrado anoche en el despacho particular de Stradella, era precisamente Benson.

—¡Ah! ¿Creen eso?

—Debería de tener interés en llevarse el libro secreto de su jefe. Con ese libro secreto se podría demostrar que Benson ha cometido malversaciones de importancia en perjuicio de la casa, y que no llevaba la caja como es debido.

—¡Llor á las malversaciones de Benson!—exclamó riéndose Sherlock Holmes; —pero yo te digo, Harry, que más fácil es que tú seas el asesino de Stradella, que Carlos Benson. Por lo demás, nada se perderá con que le tengan encerrado algún tiempo, y yo no quiero apresurarme á aguar la fiesta á la policía. De cuando en cuando hay que dejarla un bocado. Ahora, muchacho, te voy á dar un encargo. Tienes que buscar al cochero que llevo el cadáver de Stradella desde Hyde Park hasta la casa de Somerset Street. Necesito hablar hoy mismo con ese hombre.

—¿Sabe usted el número del coche, señor Sherlock Holmes?—preguntó Harry.

—¡Hombre, Harry!—dijo Sherlock Holmes dando un golpecito amistoso en la cara á su favorito—. Si supiera el número, no te encargaría de buscar al cochero. En media hora estaría el asunto arreglado. No: tienes que averiguar quién fué el cochero que anoche entre nueve y diez transportó un cadáver desde Hyde Park á Somerset Street, auxiliado por un marinero que, según supongo, le entregaría el cadáver.

—Perdone usted—dijo Harry rascándose la cabeza—. Ya veo que le he dirigido una pregunta absurda. Pero antes de la noche daré con el cochero. Voy á poner en movimiento á todos mis auxiliares, limpiabotas y vendedores de periódicos, á todos los vagabundos de las calles de Londres, y esos lo descubrirán.

—Cuando hayas encontrado al cochero, traémelo, y dile que le daré una propina espléndida. Esta noche no salgo.

En cuanto se fué Harry, Sherlock Holmes empezó á pasearse por el cuarto fumando su pipa. De cuando en cuando se frotaba las manos como un indio que quiere encender lumbre con dos pedazos de madera, y se reía silenciosamente, sin quitarse la pipa de la boca.

— No hay duda — murmuraba — ; existe una ciencia matemática criminal, y cuando en nuestros cálculos aparece el mismo número dos veces en la misma columna, significa que estamos próximos á la solución. Ahora se ha presentado dos veces el mismo número delante de mí, y ese número corresponde al marinero. Un marinero trae con el cochero el cadáver de Stradella á las diez de la noche. A las dos de la mañana surge misteriosamente un marinero en las oficinas de la casa de Stradella, se apodera del libro secreto y huye cuando ve que se le observa, después de haber utilizado el timbre telegráfico de alarma que une las oficinas de la casa con la de policía. En esta ecuación, cuyos términos son los dos marineros, los matemáticos criminalistas deducimos lo siguiente:

1.º ¿Cuál es el marinero misterioso? El de las dos de la mañana, ¿es el mismo que entró en escena á las diez de la noche?

2.º ¿Qué interés tendría el marinero por el libro secreto de la casa? De él resulta positivamente que la banca Stradella era insolvente, y estaba próxima á una quiebra inminente.

3.º ¿Cómo tenía el marinero la llave de la puerta del despacho grande y conocía el aparato de aviso á la policía, y sabía dónde y cómo había de funcionar?

—Ya tengo contestación á todas las preguntas—dijo Sherlock Holmes prosiguiendo su monólogo—, y creo que la operación saldrá exacta cuando en lugar de las dos incógnitas pongamos el nombre correspondiente.

—¿Qué quiere usted, señora Bonnet?

Esta pregunta se dirigía á una mujer de cierta edad, de pelo canoso, que acababa de presentarse á la puerta. Era el ama de llaves de Sherlock Holmes, encargada de dirigir la casa donde vivía con Harry Taxon.

—Dispense usted, señor Sherlock Holmes, pero abajo hay una joven que quiere hablar con usted. Dice que es la doncella de la señora de Stradella.

—Ya sé á qué viene—dijo Sherlock Holmes—. Que suba en seguida.

Poco después llamaron á la puerta,

y Sherlock Holmes dijo con amabilidad:

—¡Adelante!

Una joven muy linda, de unos veinte años, se presentó, y Sherlock Holmes fué á su encuentro.

—¿Es usted la doncella de la señora Stradella?

—Sí, señor—respondió la visitante.

—Me traerá usted algún recado de su señora—prosiguió el «detective» viendo que la doncella parecía algo cohibida y no se decidía á explicar el verdadero motivo de su visita—. La escucho á usted. ¿Ha ocurrido algo nuevo durante mi ausencia que pueda aclarar ese crimen que todavía no se explica?

—Sí, sí—respondió la joven perdiendo el color—, pero es que yo también tenía algo que decirle á usted.

—Entonces, tenga la bondad de cerrar la puerta, y dígame su nombre, en primer lugar.

—Me llamo Betty Blom, y llevo tres meses sirviendo á la señora de Stradella, que siempre ha sido muy buena para mí y me ha hecho muchos regalos. Mucho he llorado la noche pasada, cuando ocurrió la desgracia. El señor ha sido siempre tan bueno... Y sin embargo, estoy escandalizada é indignada.

La joven se echó á llorar. Sherlock Holmes le puso la mano en el hombro y le dijo:

—No llore usted, hija mía, y dígame lo que la indigna. Desahóguese usted, sin ocultarme nada.

—¡Ay, señor Sherlock Holmes! ¿No me he de indignar, cuando una mujer que ha sido tratada como una diosa por su marido, que prevenía sus menores deseos, cuando muere ese hombre en circunstancias espantosas...? ¿No se ha de indignar una cuando esa mujer, la misma noche que la llevan el cadáver de su marido...?

Las lágrimas no dejaban hablar á la joven, y tuvo que limpiárselas con el pañuelo.

Los ojos del «detective» estaban desmesuradamente abiertos y reflejaban la tensión nerviosa particular de toda persona que se prepara á dar un gran golpe. Encogía el cuerpo como para dar el salto.

del tigre, según solía decir Sherlock Holmes de sí mismo.

—Prosiga usted—le dijo á Betsy dominándose—; esté usted segura de que nada diré. No quiero que sus confidencias la dejen sin colocación.

—Ya estoy sin ella: la señora me ha dicho que de ninguna manera quería seguir en Londres. Después del entierro de su marido, que se verificará pasado mañana, quiere marcharse inmediatamente de Londres, hacia el Sur. Dice que se volvería loca en esta ciudad, donde le han matado lo que más quería.

—¡Ah! ¿Quiere emprender un viaje?—preguntó Sherlock Holmes indiferente en apariencia—. Nadie podrá censurarla. Espantosos recuerdos tendrá Londres para ella, y pensará repñerse de sus emociones residiendo algún tiempo en el Mediodía. Pero como no puede pasar sin criados, me asombra que no la lleve á usted.

—También á mí me ha chocado, pero la señorita me ha dicho que no la acompañará ninguno de sus criados actuales. Que lo siente y me pagará el salario de seis meses, pero que se ve obligada á despedirme, lo mismo que ha dicho al cochero, al ayuda de cámara, á la segunda doncella, al portero y á la cocinera.

—¿De modo que para la señora Stradella es cosa muy importante marcharse de Londres?—dijo Sherlock Holmes con tono de vez triunfante.

—Sí, importantísimo—replicó Betsy. Y de pronto dejó de llorar; sus ojos lanzaron miradas llenas de odio—. Parece que le interesa mucho; pero ya sé yo por qué.

—¿Quiere usted decírmelo?

—Sí; porque quiero que sepa usted que mi ama representa una comedia cuando llora cerca de su marido. Nunca ha querido al señor Stradella. Lo ha estado encañando.

—¡Ah! ¿Un drama adulterino?

—¿Qué diría usted, señor Sherlock Holmes—prosiguió la doncella con la mayor rapidez—, si le jurara que la noche pasada, mucho después de marcharse usted (miré la hora y eran las cuatro menos cuarto), ha entrado un hombre en la alcoba

de la señorita, que la ha cogido en brazos, la ha besado, y han estado cuchicheando juntos varios minutos?

Sherlock Holmes fingía la mayor indignación, para sacarle más pormenores á la doncella.

—¡En mi vida he oído cosa igual! Nunca habría creído capaz de ello á esa señora. ¡La misma noche que le llevan á su marido asesinado, en la casa donde está el cadáver, se echa en brazos de un amante! Ya existirían estas relaciones desde hace tiempo, sin que lo supiera el pobre señor Stradella.

—Eso es lo que me ha indignado—repuso Betsy—. Le juro á usted que nada he notado mientras vivió el señor. Y sin embargo, á las criadas se nos escapan pocas cosas.

—Mencs que á los «detectives»—contestó riéndose Sherlock Holmes.

—Yo nunca he visto que la señorita tuviera familiaridades con ningún hombre. Nunca le he sorprendido ninguna cita, ni la he llevado una carta que pudiera dar lugar á sospechas, y precisamente esta noche, después de la muerte de su marido... ¡ese es asqueroso! Podía haber escogido otra ocasión para entrar en relaciones con un hombre.

—Tiene usted razón, pero puede que el amante de la señora Stradella no haya llegado á Londres hasta la noche última. Pero dígame usted con más pormenores lo que ha visto. ¿Cómo estaba usted despierta entre tres y cuatro? ¿Por qué no estaba durmiendo?

—Cualquiera duerme habiendo un cadáver en la casa, aunque me acosté obedeciendo las órdenes apremiantes de la señora Stradella. No quiso que dejase de acostarme, aunque lo sollicité. Quería estar sola, junto al cadáver, para llorar y rezar, según me dijo. Entonces me retiré á mi cuarto.

—¿Dónde está el cuarto de usted en aquella casa?

—Las doncellas suelen dormir cerca de la habitación de la señora. Entre la alcoba suya y la mía no hay más que el cuarto de baño y el tocador. Mi alcoba tiene una ventana. Todas esas habitaciones dan al jar-

dín, y eso tiene usted que saberlo para entender lo que voy á referirle.

—Vamos á ver si es así—dijo Sherlock Holmes haciendo en un papel un croquis con lápiz—: alcoba, cuarto de baño, tocador y el cuarto de usted, aquí el jardín.

—Precisamente, pero tiene usted que indicar la terraza.

—¿Qué terraza?

—La que está debajo de la alcoba de la señorita. De esa terraza baja al jardín una escalera bastante ancha y otra escalera de caracol guía á la alcoba de mi ama; de modo que ésta, en las noches de luna, podía ir directamente desde su alcoba á la terraza, cuando en verano tenía ganas de ello. Allí tomaban muchas veces el desayuno los señores.

—Comprendo muy bien la situación. Prosigame usted. ¿Qué ha pasado esta noche?

—Ya le he dicho á usted que no podía pegar los ojos, me levanté y me fuí á medio vestir á la ventana. Miraba los árboles del jardín, que desprovistos de follaje tenían contornos fantásticos. De pronto oí pasos que se aproximaban á la escalera de la terraza. Me sobresalté mucho, y me separé de la ventana. Empezó por subir una visión insensata, pero que se explica muy fácilmente, porque yo soy muy supersticiosa. Me pareció ver al difunto paseándose por el jardín.

—¿Al señor Stradella?—dijo riéndose Sherlock Holmes—. ¡Pobre hombre, que estaba tendido en el diván con una puñalada en el corazón!

Pero al decir esto el «detective» se frotaba las secas manos, haciendo dar chasquidos á las coyunturas, lo cual denotaba en él gran satisfacción.

—Inmediatamente volví en mí—prosiguió Betsy—, y dije que el muerto no podía resucitar y que aquel hombre con capa larga y gorra de viaje en la cabeza, tenía que ser otro. Un ladrón, ó tal vez el asesino del señor Stradella, que querría matarnos á todos.

Quise gritar, pero el miedo me paralizó la lengua. No sé cómo pude llegar á asomarme á la ventana y convencerme de que aquel hombre existía realmente y no sólo en mi imaginación. Figúrese usted,

señor Sherlock Holmes, que le vi en la terraza, y vi también que por la otra escalera baja la señorita, tiende las manos al visitante, le estrecha contra su corazón, le besa y ambos desaparecen en la alcoba.

—¿Y cuánto tiempo permanecieron en ella?—preguntó Sherlock Holmes.

—Lo bastante para cometer un grave pecado—exclamó la joven llorando—; cinco minutos, acaso diez. Ya podrá usted comprender que en aquellos momentos horribles no estaba yo para mirar la hora. Pero como unos diez minutos después, oí el ruido de la vidriera, el hombre aquel bajó rápidamente la escalera de caracol, se detuvo un momento en el terrado, reanudó su marcha y se fué por el jardín á la calle.

—¿Le pudo usted ver la cara?

—Menos todavía al marcharse. Se había encasquetado mucho la gorra y se levantó el cuello del abrigo. Además me volvía la espalda al dejar la casa.

—Y dígame usted, ¿me puede dar una idea de la catadura de ese hombre?

—Era alto y delgado.

—¿Y no se fijó usted en que tuviera los pies muy grandes?

—Nadie hace caso de los pies de la gente en momentos tan espantosos.

—Indudablemente; ¿y cómo ha encontrado usted esta mañana á la señora Stradella?

—Sentada junto al cuerpo de su marido, cuando entré en el cuarto á las seis de la mañana. Estaba pálida como una muerta, y al parecer, cansada, agitadísima y quejándose de mucho dolor de cabeza. Me dijo que en cuanto enterraran al cadáver, tendría que marcharse, pues de seguir en la casa se volvería loca. ¿No hablará usted de lo que le he dicho, verdad?—prosiguió con lastimero tono Betsy—. He desahogado por completo mi corazón con usted, porque si no, este secreto me habría ahogado. Pero no quisiera quedar en mal lugar con la señorita, porque además de pagarme seis meses de salario, me ha ofrecido muchos vestidos usados.

—Nada perderá usted, hija mía; seré mudo como una doncella, digo, como un pez. Y ahora vuelva usted á casa de su ama.

Sherlock dió la mano á la joven, y ésta se marchó.

A los cinco minutos estaba sentado aquel en un coche de plaza.

Había mandado al cochero que le llevara á Somerset-Street y que se detuviese no frente á la puerta cochera de la casa, sino cerca del jardín.

En cuanto paró el coche, bajó Sherlock Holmes y se acercó con cautela á la verja que cercaba la finca.

Desde la calleja no se podía penetrar en él más que por una puerta, pero ésta estaba cerrada.

—También habrá estado cerrada esta noche—pensó Sherlock Holmes—, y el visitante de la señora Stradella debe de tener la llave, lo mismo que el marinero tenía la de las oficinas de Ludgate-Hill. No me costará gran trabajo abrirla.

Sherlock Holmes sacó una ganzúa y abrió.

Entró y con rápida mirada se enteró de que estaban corridas todas las cortinas de las ventanas que daban al jardín.

Nadie podía verle.

Miró entonces atentamente al suelo.

Violenta lluvia había caído el día an-



—¡45! ¡Exactamente! Esta es una verdadera prueba.

terior. El terreno estaba todavía blando y recogía la huella de sus pasos.

De pronto se paró Sherlock Holmes, se arrodilló, se inclinó y examinó la impre-

sión de una suela que se dibujaba con gran exactitud en el suelo.

En seguida sacó un metro, lo aplicó á la huella, y á los pocos segundos dijo con gran satisfacción:

—¡45! ¡Exactamente! Esta es una verdadera prueba. Estoy convencido de que esta noche ha visto á su mujer.

En seguida el genial criminalista se levantó, quitó del pantalón la tierra que lo manchaba, y ocultándose cuanto pudo, dejó el jardín para volver á su casa.

Allí se disfrazó, dió al ama de llaves y á Harry varios encargos, y luego se dedicó de nuevo al trabajo.

VII

EN LA «GUARIDA DE LOS TIGRES»

Espantoso huracán soplaba por las calles de Londres.

Procedente del mar, había disipado la niebla que durante muchas horas había envuelto la ciudad con velo impenetrable.

Pero los habitantes de la capital, después de haber maldecido la niebla que los cubría de húmedos vapores, echaban pestes contra aquel tiempo que no dejaba salir á las calles.

Realmente, casi nadie andaba por ellas, y se había interrumpido la animación grandísima que ofrecen en tiempo normal, hasta á las altas horas de la noche.

Escasos eran los transeuntes, y estos, renunciando á luchar con el viento, se dejaban llevar de él y habían cerrado los paraguas, prefiriendo aguantar la lluvia, á ver vueltos del revés aquellos artefactos.

Las pequísimas «señoras» que andaban por la calle con tan terrible huracán, se veían muy apuradas para recogerse el vestido que el viento levantaba, y se resguardaban lo mejor posible arrimándose á las casas, para que el ábrego no las atacara por dos lados.

La mayor parte de los londinenses estaban acostados, y hasta en las tabernas, generalmente muy concurridas á tal hora,

se oían las voces de muy pocos parroquianos.

Por una angosta calleja de Whitechapel, barrio de criminales y pobres, andaba un hombre de alta estatura, al cual parecía preocupar poco el huracán.

Llevaba un paraguas debajo del brazo izquierdo, y con la mano derecha agarraba y sujetaba el ala del sombrero de copa.

¿Quién sería aquel original que había salido á la calle con tan mal tiempo y con sombrero de copa?

Verdad es que éste no era ninguna alhaja; su edad oscilaba entre diez y veinte años.

Pero á pesar de eso, su propietario lo mimaba mucho y empleaba el mayor esmero en que no se le estropeará ni echara á volar, y para que no le cayera en el preciado cubrecabezas alguna de las tejas que de cuando en cuando y con estrépito se desprendían de las techumbres. La ropa del individuo estaba en armonía con el sombrero. Un abrigo pasado de moda y entallado, como se llevaban veinticinco años antes, envolvía su corpulenta persona, y cuando pasaba frente á un farol se podía observar que un cuello muy alto le ocultaba la puntiaguda barbilla. Alrededor de aquel cuello ridículo y pasado, daba vueltas una antiquísima corbata de seda.

Examinemos la cara de tan extraño paseante mientras se para junto á un farol para orientarse por medio de los nombres de las calles, y conoceremos en seguida, como buenos fisonomistas, que se trata de un sabio.

Pero era para asombrar á cualquiera que semejante transeunte anduviera por Whitechapel, barrio de asesinos, donde un paseante aislado arriesga á cada paso su vida, y que no abandonara un momento su grave dignidad cuando una mozucla le tocaba con el codo ó le miraba descaradamente, ni cuando la siniestra figura de un malhechor pasaba junto á él.

Tranquila y derechamente, nuestro hombre siguió andando, entró en Bow Road y se paró delante de una casa alumbrada por un farol rojo.

La linterna tenía un rótulo que en le-

tras transparentes decía: «La Guarida de los Tigres».

Ni siquiera este letrado poco tranquilizador, que harta significación tenía en Whitechapel, consiguió hacer desistir al sabio de entrar en aquel local de malísima fama.

Abrió tranquilamente la puerta, y entró.

Era un mísero agujero que realmente podía tomarse por una madriguera, con pocos bancos y mesas de madera, mostrador sucio y parroquianos andrajosos. No era una guarida de tigres, sino de malhechores.

No faltan en Whitechapel tabernas donde la hez de la sociedad humana se reúne para entregarse á orgías nocturnas, pero la «Guarida de los Tigres» era el punto

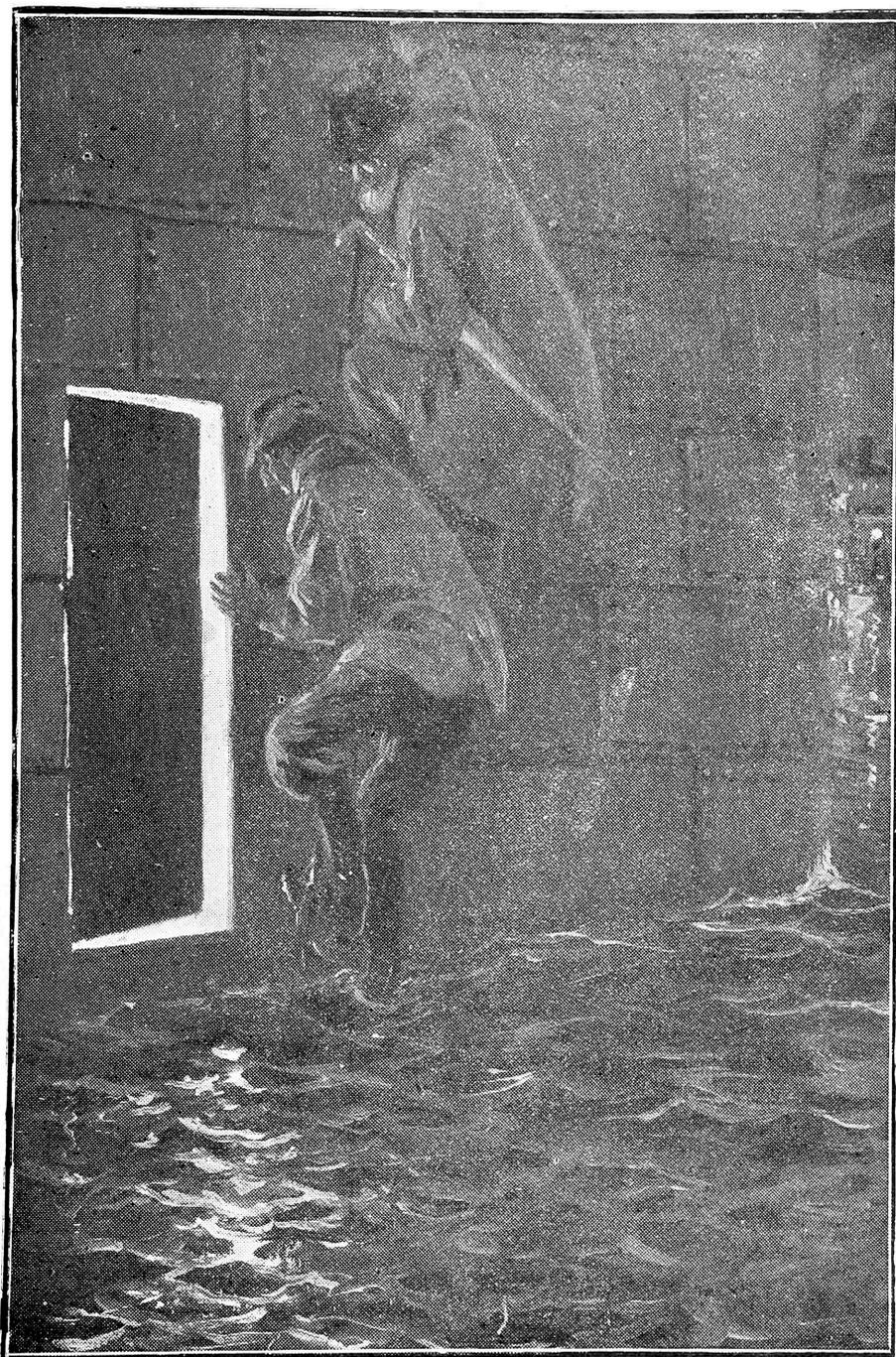


Era una guarida de malhechores.

de cita de lo más abyecto de aquella hez.

Hay una clase de criminales de quienes huyen hasta sus antiguos compañeros: la de los licenciados de presidio, que forman grupo aparte porque los crímenes cometidos por ellos son tan espantosos ó contra naturaleza, que á todo el mundo estremecen.

Los miserables estaban reunidos alrededor de las mesas de madera, tenían en general aspecto de gente arruinada y extenuada, y llevaban harapos llenos de lodo. Con aquellas caras, señaladas unas por la viruela, marcadas otras por la embriaguez, desfiugradas las demás por enfermedades vergonzosas, más parecían fantasmas nocturnos que seres humanos.



Inmediatamente se abrió una puerta en el estribo del puente.—(Cap. VIII.)

El pasado de todos ellos debía de ser sombrío. Detrás del mostrador estaba el amo de la «Guarida de los Tigres». Quizás á él le debiera el nombre, pues aquel hombre alte, seco, nervioso, de pelo rubio, tirando á rojo, de cara pálida y llena de pecas, de barbilla abultada, recordaba en realidad al tigre.

Todas las miradas se fijaron en el parroquiano que entraba, y los clientes se agitaron y se miraron recelosamente.

Pero el hombre del paraguas y el sombrero de copa adelantó hacia el amo, sa-



El hombre del paraguas y el sombrero de copa entró en la taberna.

ludando cortésmente, y cuchicheó con él algunos minutos. Este abrió una puerta para que el visitante entrara en un cuartucho mal alumbrado.

—Aguarde usted aquí—le dijo ásperamente—. ¿Hay que servirle á usted algo?

Sin soltar un momento el paraguas, el individuo sacó un bolsillo y le alargó una moneda de oro.

—Tráigame una botella de vino y mándeme usted á ese individuo.

—Aquí estará dentro de medio minuto—respondió el amo, que había entrado en el cuarto con el recién llegado; y luego, bajando la voz, añadió:—Tenga usted cuidado, porque el mozo tiene malas pulgas. Bastantes disgustos llevo con la policía y

no quisiera que hubiese una muerte en casa.

—Le ruego á usted que no tenga el menor cuidado—contestó el sabio con voz muy tranquila—; ningún motivo hay para que ese hombre me tenga mala voluntad.

—Es un loco—murmuró el amo volviendo á la sala de la taberna.

En aquel momento, casi todos los parroquianos saltaron de los asientos, se precipitaron al mostrador y empezaron á hacer ruidosas preguntas.

—¿Quién es? ¿Un polizante? ¿Será un espía? No entregarás á ninguno de nosotros, ¿verdad?

—¡Todo eso son tonterías!—contestó con viveza el amo—; sentáos tranquilamente. Es uno que tiene que hacer un trato con uno de vosotros. Barney Cram, á ti te busca.

—¿A mí?

El que había dicho aquello con tono inquieto y alegre á la vez, era de una estatura gigantesca. Debía de haber tenido una fuerza hercúlea, porque debajo de su chaqueta verde, remendada y sucia, se dibujaban todavía músculos respetables.

Pero la cara, adornada con barba canosa, tenía esa palidez enfermiza que sólo el aire viciado de una cárcel celular puede dar al rostro humano.

La mirada temerosa, aunque viva, que surgía bajo las estrechas cejas oscuras, era la de un preso que siempre tiene que desconfiar de toda persona á quien encuentra.

—Ven acá—dijo á Cram el amo de la taberna—, creo que ahí ganarás dinero; pero guárdate muy bien de hacer una fechoría con ese hombre. Si acaso, que sea fuera de aquí.

Entre tanto el amo había sacado de una alacena una botella cubierta de telarañas, alcanzó dos vasos y entró con Cram en el cuartucho.

Colocó botella y vasos en la mesa, delante del extraño parroquiano, y luego dijo señalando á Cram:

—Este es el hombre.

—Muchas gracias—contestó el sabio colocándose bien los anteojos—. Tenga usted la bondad de dejarme solo con el señor.

Siéntese usted frente á mí—añadió dirigiéndose al siniestro parroquiano de la «Guardia de los Tigres»—. Es usted Barneby Cram, ¿verdad?

—¿Cómo sabe usted mi nombre?—preguntó con voz sorda el criminal.

—Me lo han dicho en la cárcel. ¿No ha salido usted de Newgate hace un mes? Allí ha pasado usted seis años. ¿No es así?

—¡Los demonios me lleven si no te clavo los dientes en la garganta, como me recuerdes tal cosa!

Y tendió las manos, semejantes á garras, como si hubiera querido cogerle y apretarle el cuello.

Pero el hombre del sombrero de copa (que no se lo había quitado), siguió tranquilamente sentado y se limitó á coger con las dos manos el paraguas que había dejado en las rodillas, y dijo con toda tranquilidad:

—Ninguna necesidad tiene usted, Barneby, de sofocarse por eso, cuando vengo á proponerle un negocio que tiene cierta conexión con su estancia en Newgate. Siéntese frente á mí y permítame ofrecerle un vaso de vino. Supongo que el amo nos lo habrá dado bueno.

Todo esto lo dijo en tono tan calmoso, que Barneby fué perdiendo su furor y desconfianza. Se dejó caer en una silla frente al otro, y tragó ávidamente el primer vaso que se le sirvió.

El sabio prosiguió diciendo:

—Lo primero es manifestar á usted que me llamo el doctor Guliver Perkins, soy médico y tengo verdadera pasión por los estudios de mi carrera. Mi especialidad es la cirugía, y particularmente el estudio del corazón. Quizá sepa usted, aunque no esté muy versado en la materia, que, hablando con propiedad, todavía no se han hecho verdaderas operaciones sobre el corazón. Se evita acercarse demasiado con el escalpelo á ese órgano vital de nuestro cuerpo, que es muy musculoso, pero he descubierto el medio de practicar la operación.

El sabio hablaba con la mayor calma, mientras Barneby Cram le miraba estupefacto, como si le hablaran en chino.

—¿Y á mí qué me importa todo eso?—dijo con impaciencia.

—En seguida lo va usted á comprender, buen amigo. Comprenderá usted que para mis estudios necesito cuerpos humanos... El caso es que me proporcione usted un cadáver.

Barneby se levantó sobresaltado, tendió la mano para negarse, y gritó con ronca voz:

—¿Cree usted que tengo ganas de volver á presidio? Si hubiera seguido seis meses en Newgate, me hubiera muerto. No, señor, aunque me diera usted cien libras, no aceptaría el trato.

—Ya lo esperaba yo—dijo tranquilamente el doctor Perkins—. ¿No quiere usted volverse á sentar? Tome usted otro vasito. Mejor podría ser el vino, ¿verdad? Ahora, entérese usted de lo que yo quiero. He oído hablar en Londres de un hombre que comercia con cadáveres. ¿No se sienta usted? Estará mejor... Puede usted ganarse diez libras sin comprometerse lo más mínimo, si me da usted las noticias que me hacen falta. ¿No hay un hombre que vende cadáveres?

—Diez libras—dijo Barneby anhelante—sin tener que abrir una tumba... Sí; ese hombre existe.

—¿Qué clase de cadáveres tiene?

—De todas clases; pero no todos proceden de sepulturas. Estos son la minoría.

—¡Mejor! No me gusta tratar con gentes que temen á la claridad. Bastante conozco á esos desenterradores de difuntos que se asocian secretamente con los sepultureros en noches de luna y violan el silencio solemne de los cementerios para especulaciones irrespetuosas y lucrativas... Nada de eso, buen amigo. ¿Y no ha estado usted en relaciones con el individuo de quien hablamos? No hay por qué negarlo. ¿Tengo facha de polizonte? No soy más que un sabio pacífico, muy satisfecho si alcanzo mi objeto de tener un cadáver para mis investigaciones científicas.

—Sí; he tenido trato con él—gruñó el criminal—; pero el hombre compra con preferencia los cadáveres que se sacan del Támesis.

—¿Y los arrojan al río con ese objeto? Es decir, que los vivos...

—También hay quien, armado con un saco

de arena, da un golpe con él en el cráneo de algún transeunte aislado, le meten en el agua luego hasta que se ahogue, y venden el cadáver después de haberle limpiado los bolsillos. Yo le juro á usted que nunca he hecho semejante oficio.

—Ya lo sé. Usted á abierto tumbas y ha fracturado ataúdes, lo cual no es tan grave.

—¿Verdad que no? Haga el favor usted de otro vasito.

—Con mucho gusto—contestó el sabio, que á penas había probado el vino—. ¡A la salud de usted!

—Igualmente. Me parece usted un caballero muy amable.

—Muchas gracias. Pero volvamos al asunto. ¿De modo que el comerciante compra preferentemente los ahogados?

—No tiene empeño en que sean ahogados, sino en que el cadáver esté todavía fresco. Lo mismo puede ser el de una persona muerta de frío... que por otra causa cualquiera. Hay muchos pobres que le llevan á sus parientes muertos.

—Eso no lo sabía yo. ¿Cree usted que hay familias pobres que venden sus muertos en vez de enterrarlos?

—Es lo mejor que pueden hacer. Un entierro es demasiado caro, y cuando se inhuma al muerto nadie gana nada, mientras el comprador da cinco libras por cada cadáver de adulto. Los niños están más baratos, y así la familia puede comer y beber á gusto una semana. Todo ello está muy calculado.

El doctor Perkins no dió su opinión sobre el caso; se calló un momento y luego prosiguió:

—Bueno. ¿Me quiere usted llevar esta noche á ver al comerciante? Le daré diez libras si me lleva.

Trabóse rudo combate en el alma de Barneby, pero las diez libras eran muy tentadoras. Tanto más, cuanto que el doctor puso un billete de dos libras en la mesa, y dijo enseñándolo:

—Esto á cuenta; por supuesto, si acepta usted.

—No por eso me llevarán á presidio—murmuró Barneby con los labios trémulos, mientras con mirada ardiente devoraba el billete—. Esto no es un crimen.

—Seguramente que no; conquese no hay que vacilar, porque si usted no lo hace, otro lo hará.

—Vamos andando—aulló Barneby echándose como una fiera encima del billete—. Acepto y vamos en seguida.

—Estamos conformes—dijo el doctor Perkins levantándose—. Y dígame usted, ¿cómo se llama el vendedor de cadáveres?

Barneby echó una mirada á la puerta para asegurarse de que estaba cerrada y luego dijo al oído del doctor:

—Se llama... Simón Rudge.

—¿En qué calle vive?

—En ninguna calle.

—No puede ser; en alguna parte vivirá.

—Ya verá usted. Venga conmigo porque esta es la mejor ocasión para cogerle. Pero le advierto que no se deje engañar. Siempre tiene mercancía fresca en el almacén, lo mejor que hay en este artículo, y no es usted el único médico que se entiende con él. Simón Rudge favorece á muchos en Londres, y á otras personas también... Pero ciertos cadáveres no le interesarán á usted, ¿verdad?

—¿De qué cadáveres habla usted?—preguntó Perkins en voz baja.

—De cadáveres de... vírgenes—murmuró Barneby al oído del doctor.

—Vamos, vamos, no perdamos tiempo, lléveme usted á casa de Rudge.

—Vaya usted delante por la calle, que los demás no necesitan saber si vamos juntos; no le haré á usted aguardar mucho; en seguida soy con usted.

—¿Vendrá usted sin falta?

—Sin falta.

El sabio se abrochó el abrigo, se caló el sombrero y se puso cuidadosamente el paraguas debajo del brazo.

Luego atravesó lentamente la taberna sin hacer caso de las miradas que le echaban los malhechores, que se acercaban unos á otros y cuchicheaban hablando de él.

VIII

EN CASA DEL VENDEDOR DE CADÁVERES

Barneby cumplió su palabra.

Apenas había empezado á pasear la calle el sabio, cuando aquél le alcanzó.

Se había encasquetado la gorra destrozada, tapando la enmarañada pelambreira, y se había arrollado al cuello una bufanda vieja.

—¿Por dónde vamos?—preguntó el doctor.

—No me pregunte nada, y sígame. Verá usted un barrio al cual seguramente no ha ido nunca, pero no tema, que nada ha de pasarle.

—Así lo creo; por otra parte, no tengo miedo á nada.

Luchando con el huracán, que soplaba entonces con mayor violencia por las calles, siguieron la Bow Road, luego torcieron hacia el barrio de Bromley, cruzaron la vía del «London Tilbury Railway» y siguieron el canal de Limehouse.

—¿Dónde estamos ahora?—preguntó el sabio á los tres cuartos de hora de andar entre tinieblas—. Me parece que oigo ruido de agua, y supongo que no estamos lejos del Támesis.

—Así es, efectivamente; ¿ve usted allí abajo el contorno de un puente?

—Perfectamente. ¿Vamos á atravesar el Támesis?

—No.

—Entonces vive Simón á este lado del río.

—No.

—Enigmático está usted, buen hombre. ¿No es á este lado del Támesis ni al otro? ¿Dónde vive el vendedor de cadáveres?

—En seguida lo verá usted. Ahora estamos en la isla de los Perros. Así se llama esta parte de Londres, rodeada por el Támesis en forma de lira. Ese es el puente ancho de Greenwich que atraviesa el río y... ya hemos llegado.

Cuando Barneby pronunció tales palabras, se encontraban en mitad del puente. Debajo de ellos sonaba el Támesis, cuyas ondas sombrías llegaban hasta los estribos del puente, á los cuales daban la vuelta cuando no se estrellaban contra ellas, deshaciéndose en espuma.

Barneby se acercó al pretil, y metiéndose dos dedos en la boca lanzó un silbido estridente.

Asombrado quedó el doctor Perkins cuando vió salir lentamente del vacío una es-

calera de mano que, después de apoyarse en el pretil, permaneció inmóvil.

—Le advierto á usted que no hay que tener miedo—dijo Barneby á su sabio compañero—: hay que bajar por la escalera.

—¿A dónde?

—A la habitación de Simón Rudge, el mercader de cadáveres.

—Pero no es posible que un hombre viva en el Támesis, como no sea un habitante del mar, provisto de una cola de pez.

—¿Ve usted precisamente debajo de nosotros un estribo de hierro del puente, ancho y enorme? Está hueco y dentro se ha hecho su habitación Simón Rudge. Y ahí despacha sus difuntos de ambos sexos.

—Ahora lo comprendo. Esto es interesantísimo y le doy á usted las gracias por haberme dado á conocer esa extraña morada. Bajemos, pues. Vaya usted delante y yo le seguiré.

Barneby, sin contestar, saltó por encima del pretil, tocó con los pies los peldaños de la escalera y empezó á bajar despacio.

El sabio también subió, franqueando con presteza el pretil. Se había agarrado á la escalera y bajó apretando con fuerza el paraguas debajo del brazo izquierdo.

—Ese demonio de paraguas estorbará á usted—exclamó Barneby—, ¿por qué no lo ha dejado usted arriba?

—Mucho lo siento—respondió Perkins—, pero no suelto nunca el paraguas. No vaya á empezar á llover.

Barneby estaba ya al pie de la escalera, á tres pulgadas de la superficie del agua. Agarrándose con la mano izquierda á un peldaño, dió tres puñetazos con la derecha en el estribo de hierro.

—Abre, Simón Rudge—exclamó—, soy Barneby Cram.

—¿Solo?—preguntó desde dentro una voz gangosa.

—No. Traigo una visita, un parroquiano, al cual garantizo, Simón Rudge.

—Entren entonces—contestó la voz gangosa.

Inmediatamente se abrió una puerta en el estribo, y penetró Barneby dentro de la más extraña habitación del mundo.

El doctor Perkins no se hizo rogar; desapareció también por la extraña abertura,

y detrás de él rechinó la llave en la cerradura.

Al principio nada le dejó ver la penumbra densa que reinaba en el local.

Sólo distinguía el contorno de un hombre bajito, encorvado, contrahecho y envuelto en una blusa grande, semejante á la que usan los médicos para las disecciones.

—Alumbra, Simón—dijo Barneby—, que quiero presentarte á mi amigo. Necesita mercancía fresca, y pagará bien.

A los pocos momentos el hombre de la blusa dió vuelta á un grifo y ardió un mechero de gas, con gran asombro de Guliver.

—Maravillosa organización desde el punto de vista práctico—dijo el doctor con el tono grotescamente admirador de un sabio—. Esta morada subterránea tiene hasta gas.

—Lo saca de la tubería que va por debajo del puente y alimenta el alumbrado—dijo Barneby riéndose—; mi amigo Simón es un hombre práctico.

El amigo Simón era repugnantemente feo: tenía el cráneo completamente pelado, ojos hundidos de color gris azulado, nariz saliente, en ángulo agudo con la frente, y barba roja de chivo.

—Señor doctor, tenga usted la bondad de pasar.

El doctor alargó la mano á Simón, diciendo:

—Me llamo Guliver Perkins y he oído hablar mucho de usted. Querría comprar un cadáver para estudios científicos.

—¿Y quién me asegura que no me hará usted traición?

—Tanto interés tengo como usted en guardar el secreto, porque tampoco quiero que se sepa de dónde saco los cadáveres, pues me perjudicaría lo mismo que á usted.

La respuesta pareció satisfactoria á Simón Rudge, que en seguida entró en materia, diciendo:

—¿Necesita usted hombre ó mujer? ¿De qué edad? ¿De qué estatura? ¿Tiene que haber muerto de alguna enfermedad particular, ó...?

—Necesito un hombre por ahora; luego hablaremos de las mujeres. Ahora lo que más me convendría es un hombre entre 25

y 35 años y que no haya muerto de enfermedad, si es posible.

—¿Necesitaba usted un abogado? ¡Qué lástima!

Cuando Simón Rudge dijo: ¡Qué lástima!, brilló un relámpago por debajo de las gafas del sabio, que dijo:

—¿De modo que no puede usted darme ahora lo que necesito? ¿Habrá usted tenido alguno en el almacén hace poco?

—Ya lo creo—respondió Simón descontento—. Tenía uno de 30 años, alto, esbelto y que no había muerto de enfermedad. Se había arrojado al Támesis.

—¡Pobrecillo!—dijo Perkins con acento de profunda compasión—. ¿Qué motivos le impulsarían á resolución tan extrema? Seguramente sería de clase inferior, algún obrero que no podría vivir.

—No sé cuál sería su profesión—contestó Rudge—, pero seguramente era de posición elevada.

—¿Lo conoció usted en el traje?

—No; el hombre, para no conservar su identidad, se había desnudado por completo antes de suicidarse. Pero lo conocí en sus manos blancas, que á la primera ojeada denotaban no haber servido nunca para trabajos toscos. En fin, vamos á ver lo que puedo ofrecerle. Puede que encuentre usted algo que le sirva entre lo que tengo almacenado ahora.

Con movimiento rápido descorrió Simón una cortina. Se necesitaba indudablemente toda la sangre fría del doctor Perkins para no retroceder de espanto ó lanzar un grito de terror al ver el cuadro que entonces se le presentó.

IX

EL PARAGUAS DEL DOCTOR GULIVER

En un local de tamaño doble del que había visto, yacían, alumbrados por la llama macilenta de un mechero de gas, catorce cadáveres de hombres y mujeres completamente desnudos, pero cubiertos con arpilleras.

Aquellos rostros de facciones descompues-

tas, cuyos apagados ojos miraban con fi-jeza, tenían horrible aspecto bajo la tré-mula claridad. Para tolerar este espectácu-lo se necesitaban nervios muy sólidos.

Pero al doctor Perkins parecía no hacerle efecto aquello. Con aspecto de agradable sorpresa se acercó á los cadáveres y los examinó.

—Cada uno de estos difuntos, si pudieran hablar contaría una novela interesante—dijo dirigiéndose á Simón Rudge.

—Poco me importan las novelas de mis muertos; no deseo sino que se encuentren en buen estado al llegar á mis manos. ¡Cuán-to daño me han hecho los malditos peces del Támesis!

—¿Los peces?

—Ya lo creo, como que se comen muy á gusto los cadáveres de los ahogados. Mire usted esta mujer del pelo negro—y el mercader de cadáveres levantaba la arpillera que cubría el cuerpo inerte—. ¿No es una mujer de primera? Ni un defecto, ni el menor defecto. Me la han traído esta ma-ñana.

—Si usted me lo permite, quisiera exami-nar desde más cerca estos difuntos—dijo el doctor al mercader—. Esto exigirá algún tiempo, y como no nos podemos dedicar á ello á palo seco, el amigo Barneby irá á buscar dos botellitas de vino para refrescar.

—No quiero desairarle á usted—dijo Bar-neby—, voy á escape allá arriba á la ta-berna de Jimmy si me da usted para pa-gar, doctor.

—Tome usted, buen amigo—dijo Perkins sacando del bolsillo media guinea que dió á Barneby—; tome y vuelva pronto.

Simón abrió la puerta de hierro y Bar-neby Cram se alejó con cara satisfecha. Hacía tiempo que no pasaba una noche como aquella, en que todo se lo pagaban.

Simón dejó la puerta abierta hasta que se enteró bien de que Barneby había ido al puente por la escalera, y luego la vol-vió á cerrar.

—Vamos á ver, amigo—exclamó el doc-tor, que había estado examinando los ca-dáveres—. ¿Cuánto pide usted por esta mu-jer, la del pelo negro?

—Esta—replicó el mercader aproximán-

dose al cuerpo designado—, vale cuarenta libras esterlinas.

—¡Ah! ¡Si no tuviera defectos! Yo le pagaría las cuarenta libras, pero vea usted que tiene un cáncer en el pecho, se le ve muy bien, mírelo usted mismo.

—No es verdad—gritó Rudge inclinán-do se hacia el cadáver—, la he examinado bien cuando me la han traído esta mañana y...

—¡No te muevas, bribón, ó te meto una bala en la cabeza!—rugió una voz á su oído.

Y con movimiento rápido, Guliver echó mano á la garganta al vendedor de cadáve-res y se la apretó con tal fuerza, que Rud-ge no podía dar un grito ni enderezarse, aunque lo procuraba con todas sus fuerzas.

—Trae las manos que te las ato—gritó el doctor—, bandido, mercader de cadáve-res. Yo soy Sherlock Holmes.

—¡Sherlock Holmes!—logró gritar sor-da-damente Simón—. ¡Socorro! ¡Bob! ¡Jim!

En aquel momento, dos hombres que es-taban ocultos entre los cadáveres y ha-bían conservado inmovilidad completa, sol-taron las arpilleras y se levantaron. Eran dos hombres hercúleos.

—Nos has creído tontos—rugió el ven-dedor de cadáveres, al cual había soltado Sherlock Holmes en el primer momento de estupor—. Siempre somos prudentes cuando recibimos visitas. A él, muchachos: si no ganamos nada con su muerte, venderemos siquiera su cadáver.

Aullando de furor se precipitaron los hom-bres sobre Sherlock Holmes. Este había saltado rápidamente hacia atrás y apoyaba la espalda en la pared de hierro.

Relucían delante de él tres cuchillos, ca-ras hoscas y contraídas se acercaban á la suya, pero en aquel momento levantó el paraguas. Sonó una detonación y uno de sus agresores cayó muerto de un tiro en la cabeza.

Sherlock Holmes se precipitó hacia la puerta para cortar la salida á los misera-bles. Disparó de nuevo el paraguas, que era en realidad una excelente carabina, y Bob cayó también con otra bala en el cuerpo.

—¡Ríndete, ladrón de cadáveres!—gritó Sherlock Holmes levantando la mano—, ó te mato de otro tiro.

Simón Rudge dejó caer el cuchillo y alzó las manos en el aire, viéndose en poder del terrible «detective».

Inmediatamente se echó Sherlock Holmes sobre él y le sujetó las manos con unas esposas de acero.

—Ahora—exclamó Sherlock Holmes—vamos á hablar con formalidad. ¿A quién has vendido el cadáver que recordabas hace



El doctor levantó el paraguas y sonó una detonación.

poco? ¿El cadáver del hombre que llegó sin ropa y tenía las manos tan blancas?

—¿He de declararlo?—preguntó Rudge con voz ronca y huraña.

—No estás obligado á ello, pero lo harás cuando te diga que precisamente te ha hecho traición el hombre á quien has vendido el cadáver.

—¡Me ha hecho traición!—aulló Simón Rudge—, pues me las pagará. Sé su nombre porque lo mandé seguir cuando por orden suya llevamos el muerto á Hyde-Park. Es Pablo Stradella, el banquero de Ludgate Hill.

—¡Muy bien!—exclamó Sherlock Holmes. Por primera vez en tu vida has dicho la verdad. Con eso te ahorrarás un año de presidio, por haber declarado la verdad. Ahora te quedas ahí entre tus mercancías. Te ataré los pies, porque tengo que hacerlos fuera.

Y como Simón Rudge no obedecía in-

mediatamente, Sherlock Holmes le tiró al suelo de un puñetazo.

A los pocos momentos, el vendedor de cadáveres no podía mover los pies.

—Ahora que no necesito nada de éste—dijo Sherlock Holmes soltando las gafas, la peluca y la barba postiza y metiéndolo todo en los bolsillos del abrigo—, vamos á ver á los de arriba si han trabajado tan bien como yo.

Abrió la puerta, subió la escalera de mano hasta la mitad, y lanzó tres silbidos estridentes con su pito de plata.

Aquella señal fué repetida en seguida y Harry Taxon se inclinó por encima del pretil.

—Vamos á ver—preguntó el «detective». —¿Habéis cogido á Barneby?

—Está en poder de la policía. Fué á parar á manos del capitán Morris y de sus hombres.

—Bueno—respondió Sherlock Holmes—. No pasará de un susto. Le soltaremos si en el interrogatorio de esta noche confiesa cuanto sabe de la venta del cadáver. Ahora, Harry, haz el favor de llamar al capitán Morris con alguno de sus hombres. Abajo hay un individuo al cual hay que sacar de aquí.

A los pocos minutos el capitán Morris entraba con diez agentes en la morada misteriosa del vendedor de cadáveres, debajo del puente de Greenwich. Se asombraba de que allí pudiera vivir gente y de que hubiera en tal local comercio tan próspero.

— Sólo por este descubrimiento, señor Sherlock Holmes—exclamó—, merecía usted el título de rey de los «detectives».

—¡Quiá, hombre!—dijo Sherlock Holmes encogiéndose de hombros—. Poca cosa es este descubrimiento. Créame usted, capitán Morris: hay en Londres tantos crímenes y miserias, que se encuentran misterios por todas partes. Mande usted á la cárcel á ese hombre. Me ha dado datos muy importantes y podremos sacarle más. ¿Se convence usted de que Carlos Benson no es el asesino de Stradella?

—Mañana se le pondrá en libertad—respondió el capitán Morris—. Ha sido un error.

—Muy disculpable — replicó Sherlock

Holmes—, pero no le aconsejo á usted que lo suelten. Hay que poner en claro muchas cosas. Hemos dado con la pista, pero todavía no hemos cogido la caza. Andando. Harry, que aún hemos de trabajar esta noche.

En seguida Sherlock Holmes dió la mano al capitán, le encargó otra vez que vigilara al preso y subió con Harry á uno de los coches que había cerca del puente de Greenwich, y que los llevó á su casa.

X

LOS ASIENTOS MÁGICOS

El director de la Sociedad de seguros sobre la vida «Gresham» estaba en su despacho abriendo el correo de la mañana, que acababa de llegar. Tenía delante montones de cartas, pues la Compañía sostiene relaciones con todos los países en los cuales tiene sucursales, y suelen venir en el correo de la mañana las proposiciones para seguros nuevos hechos por los agentes.

—Dispéñeme usted, señor director, si le molesto—dijo un tenedor de libros que entró con la pluma detrás de la oreja—. Afuera hay un caballero que tiene empeño en hablar con usted de un asunto muy importante.

El director sacó el reloj, lo miró y contestó:

—Ya sabe usted, Stephenson, que recibo de doce á una.

—Ya se lo he dicho á ese caballero, pero dice que viene á evitarle á la Compañía una gran pérdida de dinero.

—¡Ah! Entonces dígame que entre.

Poco después, un caballero elegante, de cara maliciosa é inteligente, entró en el despacho.

El director se levantó y dijo con la atención particular de los empleados:

—¿Qué se le ofrece á usted? ¿En qué puedo favorecerle?

—Lo contrario sería más exacto—contestó el visitante—. Creo que puedo favorecer á la Compañía. De diez á doce tienen ustedes que pagar un seguro de 100.000 li-

bras esterlinas. Si paga usted esa cantidad, resultará víctima de un robo.

El director vaciló un momento, y luego dijo:

—¿Puede usted probar lo que afirma? En tal caso, recibirá usted una recompensa de un 10 por 100 de esa cantidad.

—No he venido con tal objeto. Además, siempre demuestro lo que afirmo. Soy Sherlock Holmes.

—Usted dispense—contestó el director—; no sabía que tenía el honor de hablar con el célebre «detective». Siéntese si gusta.

—Gracias—contestó Sherlock Holmes con sequedad—. Dentro de media hora serán las diez, y habrá que obrar de prisa y con decisión. Observe usted que el asunto ofrece peligros, y que para mí es más interesante que salvar las 100.000 libras coger á dos bribones redomados. Le han avisado á usted oportunamente que el banquero Pablo Stradella había sido asesinado hace cuatro noches junto á Hyde Park.

—Sí que me avisaron el asesinato, pero ya lo sabía yo por los periódicos.

—Stradella se había asegurado por libras 100.000, pagaderas á la viuda en caso de defunción.

—Eso es—dijo el director, acariciándose la barba—. Primero creímos que se trataba de un suicidio. Pero hasta en tal caso tendríamos obligación de pagar, según he visto en la póliza. Por consiguiente, señor Sherlock Holmes, tenemos que pagar mientras no demuestre usted que hay fraude. Pero no puedo creer que sea así. Ya nos han entregado el acta de defunción con un atestado de la policía. Han reconocido el cuerpo varias personas, se han llenado todas las formalidades, y tenemos que pagar.

—Señor director—dijo Sherlock Holmes—¿quiere usted tener la bondad de salir media hora del despacho? En cambio, le aseguro á usted que no tendrá que pagar las 100.000 libras. Me sentaré en esta mesa; usted delante de ese pupitre, para representar el papel pasivo de tenedor de libros; y mi empleado se pondrá delante de la máquina de escribir.

—Si otro me hiciera esa proposición, la rechazaría inmediatamente; pero sé que us-

ted es un hombre cuyas predicciones se realizan siempre. No vacilo en acceder á su petición. Disponga usted de mi despacho como le parezca.

Sherlock Holmes se acercó á la puerta y dijo:

—Harry Taxon, entra.

En seguida entró Taxon, también muy elegante, sosteniendo el asa de cobre de una caja grande de madera.

—Señor director—dijo Sherlock Holmes, —tenga usted la bondad de dejarme solo con mi ayudante. Un cuarto de hora. Durante ese tiempo, dé usted orden de que si se presentan dos personas para el asunto Stradella, las hagan entrar aquí.

—Con mucho gusto—dijo el director saliendo.

—Observe usted absoluto silencio con su personal—exclamó Sherlock Holmes.

—Eso se cae de su peso.

—Y que nadie sepa quién soy ni á qué he venido.

—Nadie lo sabrá.

El director se marchó, y oyó á Sherlock Holmes cerrar la puerta.

Durante un cuarto de hora reinó actividad febril en el despacho. A través de la puerta cerrada adivinaba el director al «detective» y su ayudante ir y venir, mover los muebles y dar algunos martillazos.

— ¡Demonio!—pensó el director de la «Gresham»—; si me hubiese engañado un ladrón! ¡Si no fuera Sherlock Holmes quien me hablaba hace un momento, sino un caballero de industria que me hubiera echado del despacho para descerrajar los cajones! Pero no puede ser, porque sabría que en mi despacho no hay ningún tesoro, y que la caja principal se encuentra en otro piso. Además, me parece haber conocido á Sherlock Holmes, pues he visto su retrato en varios periódicos ilustrados.

—Tenga usted la bondad de entrar, señor director—dijo una voz.

Al mismo tiempo daba vuelta una llave en la cerradura, y se abría la puerta.

Cuando el director de la «Gresham» entró en su despacho, retrocedió asombrado.

Veía á dos personas desconocidas: un caballero con levita negra, abrochada has-

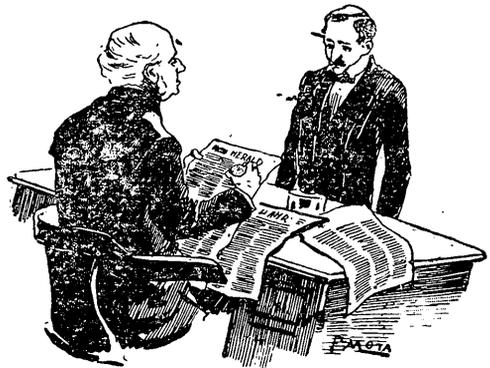
ta arriba, con barba y melena blanca y gafas de oro.

Delante de la máquina de escribir había un joven rubio tirando á rojo, con bigotito fino de puntas retorcidas.

—¿Pero qué es esto?—balbuceó el director.

—Silencio, soy Sherlock Holmes. Nos hemos desfigurado un poco mi ayudante y yo, cosa necesaria, porque nos conoce la mujer del estafador. Ya nos hemos visto.

—¡Asombroso! ¡De primer orden!—ex-



—¿Pero qué es esto?—balbuceó el director.

clamó el director, que no se cansaba de admirar el maravilloso disfraz—. Es usted superior á nuestro célebre actor Irving.

—Irving es el primer cómico de Londres, pero yo me creo el primer «detective» del mundo; de manera que he de saber disfrazarme mejor que él. ¿No han llegado esos tunos?

—Todavía no. Pero ¿por qué habla usted de dos personas que tratan de sacarnos las 100.000 libras? La viuda vendrá sola probablemente.

—No; la acompañará un capitán cuñado suyo, recién llegado de Italia. Ha sabido la pérdida que ha experimentado Elena, y ha venido de Florencia en seguida para asistir á su hermana en días tan tristes. Yo he averiguado todo esto por medio de la doncella de la casa.

—Bueno; todavía tenemos tiempo—dijo el director, yendo á sentarse en uno de los dos asientos colocados junto á la máquina de escribir.

Pero en seguida le agarró del brazo Sherlock Holmes y le detuvo.

—Hágame el favor de no sentarse ahí.

—¿Por qué? ¿Es el sitio de usted? Tomaré el otro.

—Tampoco ese. No toque usted las sillas, que tienen que estar exactamente á diez pasos de la máquina de escribir. Harry, escribe á máquina; señor director, siéntese junto al pupitre y examine un libro cualquiera.

En aquel momento, el tenedor de libros Stephenson entró y dijo:

—Acaba de llegar la señora viuda de Stradella, acompañada de un caballero. Vienen á cobrar el seguro del difunto señor Stradella.

—Que entre—dijo el director.

Sherlock se sentó delante de la mesa y se dedicó á leer una carta que tenía delante. Se oyó el roce de una falda de seda, y luego una mujer alta y lindísima, con elegante traje de luto, entró en el despacho. Detrás penetró un hombre alto y ancho de hombros.

Sherlock Holmes fué lentamente á su encuentro, mientras Harry se levantaba apresuradamente para cerrar la puerta.

—¿Es usted la señora viuda de Stradella?—dijo Sherlock Holmes con voz completamente cambiada—. Permítame que le dé el más sentido pésame. Es una desgracia perder un marido en circunstancias tan tristes.

—Le doy á usted mil gracias por su interés—dijo Elena con voz ahogada por las lágrimas, echándose hacia atrás el velo de viuda—. ¡Soy muy desgraciada!

—Se comprende. ¡Cuando se pierde el ser más querido! ¿Y este caballero?

—Es el capitán Rogelio Passi, casado con una hermana que tengo en Florencia.

—Capitán del regimiento número 7—dijo el militar, bigotudo y con una perilla negra, que casaba muy bien con su tez aceitunada y ojos relucientes—. Me he creído en el deber de ayudar á mi hermana. He tomado el expreso de Roma á París, y he atravesado el estrecho. «¡Corpo de Dio!»; malo es el país donde matan á la gente en plena capital. En Italia no ocurriría eso.

—Creo que en cualquier gran capital pueden cometerse crímenes abominables que

indignan á la gente honrada—dijo tranquilamente Sherlock Holmes—. Tengan ustedes la bondad de sentarse en estos sillones.

La viuda y su cuñado tomaron efectivamente asiento en unos sillones con almohadones bordados inmediatos al lugar que ocupaba Taxon.

—Bueno. Las formalidades serán breves—prosiguió Sherlock Holmes—. Usted no se ocupe de esto y siga escribiendo en su máquina.

Harry empezó en seguida á trabajar con actividad.

Se oyó un ligero ruido que no duró más que medio minuto; después cesó el rumor.

—Aquí tengo una copia del acta—añadió Sherlock Holmes—; permítame que lea los puntos más importantes. Stradella ha sido encontrado asesinado hace cuatro noches en Hyde Park. Un marinero descubrió el cadáver. Llamó á un cochero, y como había encontrado en el cadáver papeles con el nombre de Stradella y sus señas, vió de quién se trataba. Llevó al difunto al domicilio del banquero, con ayuda del cochero. Grande fué el dolor de la viuda. Para que el crimen no quedara impune, se dirigió inmediatamente al célebre policía Sherlock Holmes. Además la obligaba á ello una nota encontrada en la cartera del difunto, que encargaba que, en caso de ser víctima de un crimen, se acudiera en el acto á Sherlock Holmes.

—¿Está todo eso en el acta?—preguntó impaciente el capitán.

—Hay más cosas todavía—añadió el señor de barba blanca—. Hay que Sherlock Holmes empezó por comprobar que los zapatos del cadáver tenían 45 puntos. Cosa muy importante, porque el «detective» vió poco después en el jardín de la casa la huella del pie de un hombre que visitó á la viuda la misma noche del crimen, y fué tiernamente acogido por ella. Aquella huella era de la misma medida del 45. Los zapatos eran, pues, de la misma persona. Además, Sherlock Holmes asistió á la autopsia del cadáver encontrado, viendo que éste tenía el pie pequeño; de lo cual dedujo que las botas que llevaba no eran suyas...

—¡Canalla, te has burlado de nosotros!— gritó el capitán, no con acento italiano, sino en excelente inglés—. ¡Vas á morir!

Y quiso levantarse precipitadamente, lo mismo que Elena. Pero ambos parecían clavados en los asientos.

— Escribe á máquina, Harry —le dijo Sherlock Holmes á Taxon.

De nuevo empezó á funcionar la máquina de escribir, y la viuda exclamó con voz doliente:

—No puedo levantar los brazos. ¡Dios mío, me he quedado paralítica!

—Lo mismo digo—exclamó el capitán penosamente—. ¡Esto es una violencia!

—No es más que un poco de electricidad—dijo Sherlock Holmes quitándose con toda calma la peluca. Sabía yo que me las tenía que haber con gente capaz de todo, y que en caso necesario tiraría de revólver. Para evitar que corra la sangre inútilmente, he empleado este medio. Sigán oyendo tranquilamente. Era evidente para Sherlock Holmes que el cadáver que le habían enseñado no era el de Stradella, porque la herida estaba hecha con gran torpeza, y además las botas no correspondían á los pies. El cuerpo del difunto, entregado el mismo día por Simón Rudge, el vendedor de cadáveres, era el de un desdichado que se había tirado al río. No tenía ninguna herida. Se le dió una puñalada, pero no se comprendió que el golpe debió asestarse al biés, de arriba abajo, y se cometió la falta de darle perpendicularmente al cuerpo, colocado en sentido horizontal. Resultó una herida en el corazón en forma de canal, lo cual no puede ocurrir con una agresión súbita, porque nadie puede poner el puñal así, como yo tengo ahora las tijeras.

En vano el supuesto italiano quiso sustraerse al efecto de la electricidad; ya no podía hacer un movimiento. Sus ojos demostraban rabia impotente, y en sus labios se veía espuma.

—Al echar mano al vendedor de cadá-

veres tuve la prueba definitiva. El acta dice además que Sherlock Holmes averiguó de buena tinta que había llegado de Italia un cuñado de la hermosa señora de Stradella, y que habían de presentarse ambos en la «Gresham» de diez á doce, para cobrar el seguro de cien mil libras. El cheque está preparado, pero en forma de auto de prisión. Señor director, haga el favor de mandar subir al capitán Morris, que aguarda en la calle con sus agentes. Harry, entretanto, sigue trabajando con la máquina de escribir. Ustedes quisieron asegurar más su impunidad engañando á Sherlock Holmes para que interviniera en el asunto y se perdiera en pistas falsas en busca del asesino, pero él siguió el verdadero camino. Jugar con Sherlock Holmes es muy peligroso.

Cuando llegó el capitán con sus agentes, se le arrancó al supuesto italiano la careta, el bigote postizo y la peluca, y se confirmó la captura de Pablo Stradella, que fué encarcelado, con su linda esposa. La justicia los mandó por diez años á Newgate, la famosa prisión de Londres.

El gerente de la casa de banca, que vestido de marinero había intervenido en la estafa y se había aprovechado del libro secreto y los balances, compartió la suerte del matrimonio, y pudo meditar algunos años sobre sus faltas, hilando lana en la cárcel.

Se liquidó judicialmente la casa de banca, pero la administración logró que los clientes cobraran casi todo su dinero.

Sherlock Holmes obtuvo un triunfo sin precedentes por haber desenlazado en poco tiempo uno de los enigmas criminales más complicados de los últimos años.

La «Gresham» le mandó un cheque de 10.000 libras y, como en casos análogos, Sherlock Holmes dió la cuarta parte á los pobres de Londres.

En toda Inglaterra resonó de nuevo el nombre de Sherlock Holmes, al cual saludó entusiasmada, como al primer «detective» del orbe.

EL ASESINATO DE LADY MALCOLM

I

¡SOCORRO, SHERLOCK HOLMES!

—Querido Harry—dijo Sherlock Holmes á su ayudante y amigo Taxon—, vamos á fumarnos otra pipa junto á la chimenea, sentados cómodamente. Luego nos iremos á acostar. Se ha trabajado mucho últimamente, y una buena noche nos aprovechará á los dos.

Harry había traído las pipas y las había colocado al alcance de Holmes, cuando éste le hizo seña de que escuchara, y exclamó:

—¡Lléveme el diablo! Me parece que llaman al teléfono.

—¡Pero si ha descolgado usted los receptores!

—Verdad es que tomé esa precaución contra indiscretos y curiosos, pero en caso urgente, la telefonista sabe que ha de acudir á otro aparato que he mandado colocar. No hay duda. Eso es.

Sherlock Holmes se levantó precipitadamente y se dirigió á la habitación contigua, en la cual una campanilla envuelta en algodones sonaba sordamente.

Cogió el receptor y dijo:

—¿Quién llama? Aquí está Sherlock Holmes.

—Por amor de Dios, venga usted inmediatamente—dijo una voz de mujer, trémula de espanto—. Soy Mary Malcolm.

—Voy en seguida, lady Mary. ¿Qué ocurre?

—No puedo decirlo por el aparato. Venga lo antes que pueda. Estoy en peligro de muerte. Cada segundo que pasa...

La voz calló bruscamente. Sherlock Hol-

mes oyó el ruido de una caída, una respiración jadeante y sofocada, y volvió corriendo á la otra habitación.

—¡Harry! ¡El gabán!—exclamó—. Mis dos revólveres. ¿Están cargados? Abre la puerta y alúmbrame por la escalera.

Dió aquellas órdenes con voz imperativa. Nunca le había visto Taxon en tal estado. Mientras le acompañaba con una lámpara en la mano, le preguntó:

—¿Qué ocurre? ¿A dónde va usted?

—A casa de Lady Malcolm—contestó Sherlock Holmes bajando á escape la escalera—. Ya sabes, en Bussel Road. No sé lo que pasa. Sígueme inmediatamente. Llévate lo necesario, y aguarda junto á la ventana á que yo silbe.

Estas últimas palabras se perdieron en lontananza; Sherlock iba á escape para alcanzar la primera esquina, donde pensaba encontrar un coche.

Harry Taxon, mientras preparaba todo lo necesario, pensaba:

—Me parece recordar que mi jefe tiene gran afecto á lady Malcolm desde la época en que ésta no era más que una cantante. Verdad es que tenía reputación excelente. Hermosa es como un ángel. ¡Con tal que no le haya pasado nada!

Entretanto, Sherlock Holmes había andado buscando un coche sin encontrarlo. Desde por la tarde cubría á Londres niebla intensa.

Ningún habitante de otro país puede figurarse lo que es la tal niebla; ni los que han sido sorprendidos por la de los Alpes ó la del mar, conseguirían formarse idea concreta del muro obscuro é infranqueable, que no permite ver los dedos de la mano.

Sherlock Holmes seguía su camino sin

perder tiempo en buscar inútilmente. A la media hora llegaba á Russel Road.

La ancha encrucijada parecía dormida en el silencio de la noche.

No se oía pasar un coche, ni andar á nadie, pues no había quien se atreviera á salir de casa en noche tan sombría, cuyas tinieblas escondían peligros mortales. Sherlock Holmes no necesitó una brújula para encontrar el camino, gracias á su prodigioso instinto de orientación. Suspiró descansadamente cuando el resplandor más vivo de los faroles le hizo presumir que había llegado á su destino.

La casa de los Malcolm estaba en medio de la plaza, con un gran jardín á ambos lados. A pesar de la obscuridad se la conocía por su estilo particular, diferente del estilo inglés de las demás casas. Parecía un castillo á la francesa. Una escalinata con feones de piedra conducía al portal.

Cuando llegó jadeando Sherlock Holmes notó que la puerta no estaba cerrada del todo, y que por la abertura se filtraba un rayo de luz.

En dos brincos llegó á la escalinata y empujó la puerta.

El zaguán estaba vacío y reinaba en él profundo silencio.

Un sentimiento de angustia oprimió el corazón del «detective». Respirando con trabajo penetró en la primera habitación á que daba acceso el vestíbulo. Tampoco allí había señales de vida. Un sudor frío le corrió por todo el cuerpo. Indudablemente lady Malcolm había desaparecido. ¿Sería víctima de un crimen?

La habitación estaba brillantemente iluminada. En el gabinete vecino resplandecían las lámparas eléctricas.

Sherlock Holmes entró temblando.

—Lady Mary—dijo en voz baja—, ¿está usted ahí?

Nadie contestó. Nada se oía.

—¿Pero no habrá alguien en aquel diván?

Se acercó el «detective». Sobre los almohadones estaba extendida una ligera colcha de seda, bajo la cual se adivinaban los contornos de una forma humana.

Con el corazón palpitante, Sherlock Holmes se inclinó sobre el diván y levantó la colcha. Un gemido sordo brotó de sus la-

bios. Tenía delante el cuerpo de Mary Malcolm.

Estaba muerta, indudablemente. Había asistido él á demasiados espectáculos semejantes para poder vacilar.

Pero cuando vió que había llegado tarde para auxiliarla, y que se había cometido un crimen, se despertaron sus instintos policíacos. Recobró el ánimo y la calma.

Con la rapidez del relámpago atravesaron su cerebro mil pensamientos.

Sabía que lord Malcolm, marido de la desventurada víctima, había salido para un viaje de recreo por Francia acompañado de un antiguo compañero de colegio; Lady Mary tenía que ir con ellos y se lo había impedido una indisposición momentánea.

Además las relaciones entre ambos esposos, sin haber conservado la ternura de los primeros días, seguían siendo muy afectuosas. Lord Enrique nunca se había arrepentido de su unión con la linda cantante, aunque la hubiera contraído contra la voluntad de su familia. La muerte de su mujer le haría mucho daño. Pero era necesario avisarle inmediatamente.

Había permanecido Sherlock Holmes un momento junto al cadáver. Su mirada de águila había advertido pronto que no presentaba contusiones ni heridas, sino que la infeliz había sido estrangulada.

Volvió á tapar delicadamente el cuerpo exánime y se preparó á explorar las demás habitaciones de la casa.

La luz eléctrica estaba encendida en todas partes. Todavía estaba puesta la mesa en el comedor. De dos cubiertos sólo había servido uno, el otro estaba intacto.

—¡Cosa rara!—murmuró Sherlock Holmes, prosiguiendo febrilmente sus pesquisas—. Lady Mary aguardaba á un comensal que no ha venido. Se ha puesto á comer sola y no me ha telefonado hasta que se ha visto en peligro. ¿Dónde demonios andarán los criados?

Fué á la cocina y la encontró vacía, lo mismo que el cuarto de las criadas, donde dormían la doncella y la cocinera.

Una ojeada rápida á esta habitación le demostró que las criadas debían de haber ido á un baile ó fiesta análoga: veíanse cintas, plumas y otros adornos esparcidos.

—¡Pobre señora!—murmuró—. Era demasiado buena y hartó imprevisora. Les habrá dado permiso para salir, quedándose sola y sin defensa. ¿Y el tuno de Pedro? Ya sé que el lord le dejaba aquí cuando se iba de viaje. Su ausencia es inexplicable.

Sin perder un minuto volvió al comedor, donde estaba el teléfono.

Llamó por el aparato á la comisaría de policía más próxima. Cuando estuvo en comunicación, dijo:

—Soy Sherlock Holmes. 13-15. Envíen inmediatamente agentes y un médico á casa de lord Malcolm, en Russel Road.

—¿Qué ha ocurrido?

—Un crimen. No pierdan un momento. Pero el agente era cauto.

—Ya van muchas veces—contestó—, que nos llaman en nombre de Sherlock Holmes. A veces se trata de cosas sin importancia, otras veces de bromas pesadas. Deme usted la prueba de que el caso es urgente, ó no envíe á nadie.

La respuesta fué tan categórica, que el empleado, asustado, se apresuró á dar órdenes.

—¿Quién es el bestia que está en el aparato? ¿No ha oído usted 13-15? ¿No sabe usted que es mi número de hoy?

—Perdone usted, señor Sherlock Holmes. En seguida van los hombres. ¿Y un médico también?

—Sí, hombre, sí, un médico, y á escape. Lady Malcolm ha sido asesinada.

Demasiado cierto era. Sherlock Holmes se acercó á la muerta, le quitó parte de la ropa y trató de percibir los latidos del corazón; trabajo inútil. La vida había abandonado aquel cuerpo joven y encantador.

En el cuello, blanco como la nieve, no había huellas de violencia. Únicamente en la laringe vió dos equimosis azules y hondas.

Se detuvo un momento y murmuró:

—Ese bárbaro de asesino ha realizado su crimen con las manos. Pero no en este diván. Lady Mary está echada en postura demasiado natural y graciosa. Veamos dónde se ha dado el golpe.

Se fué á la ventana, la abrió, lanzó un silbido hondo y prolongado, y á los pocos segundos oyó otra señal igual.

Harry Taxon estaba en la puerta.

—Sube, Harry—le dijo Sherlock Holmes con voz ronca.

Al subir, comprendió el joven que había ocurrido algo grave.

Echó á correr y llegó al vestíbulo al mismo tiempo que su jefe.

—Ha muerto—dijo éste.

—¡Dios me valga! ¿Asesinada?

—Asesinada, estrangulada. Está echada ahí al lado. La habitación está completamente en orden. El asesinato no se ha cometido ahí. Ven conmigo á ver si en la casa encontramos huellas de lucha y de violencia.

Harry siguió á Sherlock Holmes por todas partes, procurando imitar la calma y serenidad de su jefe.

—Me ha telefoneado antes de su muerte—dijo éste—; pero la han interrumpido á mitad de la comunicación. El que la ha asesinado estaba indudablemente en la casa cuando ella ha ido al teléfono para llamarme en su auxilio.

De nuevo se fué al aparato. Nada descubrió en él. Ni la alfombra que cubría el suelo, ni las sillas tenían huellas de lucha.

—Debe haber más aparatos—pensó en alta voz el «detective»—. Búscalos, Harry, y examina á ver si encuentras algo.

Cuando salió, cogió Sherlock Holmes con honda emoción el vaso medio lleno de vino que quedaba en la mesa.

—Aquí ha puesto sus labios no hace una hora. Con este vino me beberé el resto de sus pensamientos.

Se llevó el vaso á los labios, pero lo apartó en seguida, con movimiento de repulsión.

Olía mucho á tabaco; sólo un fumador empedernido podía haber bebido en él.

—¡Pero si no es lady Mary, sino un hombre quien ha bebido en este vaso! Su comensal es el que se ha sentado, pues, y ella no ha probado bocado. Pero se ha sentado enfrente de él, por la posición de la silla. También ha desmigajado algo de pan.

Sherlock Holmes se arrodilló y se arrastró alrededor de la mesa. No descubrió más que una cosa insignificante, en la alfombra

bra, junto al lugar donde el convidado había puesto los pies: una pajita.

La cogió con cuidado y la examinó á la luz.

—Es paja de avena—susurró—. Paja de avena. No todos los cocheros la usan, pero



—Aquí ha puesto sus labios no hace una hora.

algunos sí. Además, el hombre puede haber pisado esta paja en la calle, aunque es más natural suponer que ha venido en coche. Ya lo veremos.

—¿Quiere usted venir, si le parece?—dijo Harry desde el zaguán.

—¿Has encontrado algo?

—No sé si tendrá importancia; pero hay un papelito entre el teléfono y la pared.

Sherlock Holmes cogió el papel, que no decía más que estas palabras: «Hotel del Globo».

—¡Bueno va!—dijo con alegría—. Tal vez sea ésta la clave del enigma.

Harry no contestó. Estaba tan acostumbrado á verle sacar de cualquier cosilla consecuencias extraordinarias, que se había impuesto la ley de no tratar de comprender nada.

Por la calle se oía el paso de una patrulla que se acercaba.

—Ahí está la policía—dijo Sherlock Holmes—. Naturalmente, no nos servirá para

nada. Tengo que quedarme aquí para darles informes. Vete tú al «Hotel del Globo» y dile al portero que te dé una lista de los viajeros que hay ahora y de los que hayan llegado. ¿Llevas mi tarjeta de identidad?

—Creo que bastará con la mía—dijo Harry algo picado.

—Bueno, pues nada. Vuelve aquí, donde te espero hasta mañana por la mañana.

Sonó el timbre eléctrico de la puerta y Sherlock Holmes abrió á la policía.

II

HUELLAS CONFUSAS

El médico que venía con la patrulla vió en seguida que todo socorro era inútil. De todos modos, mandó llevar á Lady Mary á su alcoba y procedió á hacer tentativas de devolverla la vida.

Las manchas azules del cuello eran profundas pero poco largas.

—Las huellas del pulgar—dijo Sherlock Holmes, que acompañaba al doctor, con aspecto sombrío é impenetrable, pronto á secundar sus esfuerzos—. El asesino no es un cualquiera, tiene dedos largos y puntiagudos.

—Pero una mujer—respondió el médico—no tendría fuerza para matar así á otra.

—No digo que sea una mujer—dijo Sherlock Holmes con sequedad.

Tres hombres quedaron de guardia en el palacio. El «detective» se fué al sotabanco de Pedro, el criado desaparecido. Era una habitación limpia y arreglada, en la cual nada le pudo explicar la desaparición de aquel servidor, al cual había confiado Lord Malcolm la guarda de su mujer y de su casa.

La noche llegaba á su término. Las criadas no volvían de la diversión á la cual habían ido la víspera.

—¡Si yo supiera dónde está el lord!—decía el «detective» al oficial de policía que reconocía la casa, pálido y sin decir palabra—. Si recibiera un telegrama inmediatamente llegaría hoy mismo. Sé que está

en París. Tengo que preguntar á las criadas, que sabrán la dirección de su amo. Por lo pronto tenemos que esperar.

Hablando así se acercó á la ventana y miró afuera. Aguardaba ansiosamente á su discípulo. Los primeros rayos del sol parecían vencer la espesa niebla.

Dos siluetas femeniles envueltas en abrigos se acercaban.

Eran la doncella Betsy y la cocinera Polly. Se pararon sobrecogidas ante las ventanas, alumbradas todavía.

—¿Qué es eso?—se decían sin saber que Sherlock Holmes las espiaba—. ¿Por qué hay luz todavía?

—Puede que la pobre señora no haya podido quedarse dormida—dijo Betsy.

Abrieron la verja que cubría la entrada lateral de la casa. Apenas habían entrado en su cuarto, un doble grito de espanto brotó de sus labios. Un polizonte se les presentó preguntándoles:

—¿De dónde vienen ustedes? ¿Por qué han abandonado la casa toda la noche?

Se apoderó de ellas el terror á la policía.

—Teníamos permiso. Nada malo hemos hecho.

La puerta se abrió de nuevo y entró Sherlock Holmes, que dijo al polizonte indicándole que saliera:

—Déjeme usted hablar con estas muchachas.

Luego se volvió hacia ellas y dijo:

—Ha ocurrido una gran desgracia. La señora está... herida.

Lanzaron un nuevo grito. Sherlock Holmes comprendió que no eran cómplices del crimen.

—Me vais á contar muy exactamente lo que pasó aquí ayer, quién aguardaba á la señora, quién la visitó antes de vuestra marcha. En fin, todo lo que sepáis.

—Nada sé—contestó la cocinera, que se había dejado caer en una silla.

—¿Y usted, Betsy, sabe algo? Dígame lo primero las señas de Lord Malcolm para que pueda telegrafiarle.

—París, Elysée-Palace-Hotel—respondió casi automáticamente—. Pero, por amor de Dios, ¿quién ha herido á nuestra querida señora?

—Ha sido asesinada—respondió el «detective» lentamente y recalcando las sílabas.

Ambas mujeres lanzaron un grito penetrante y se refugiaron en un rincón del



—¿Y usted, Betsy, sabe algo...?

cuarto, como si les amenazase un peligro. Sherlock Holmes frunció el entrecejo.

—No sean ustedes niñas. Si no quieren tener disgustos contesten con claridad y con verdad.

Al mismo tiempo sacó de la cartera un impreso para telegramas, en el cual escribió:

«Lord Malcolm. París, Elysée-Palace-Hotel. Venga inmediatamente. Esposa herida. Sherlock Holmes.»

—Lleve eso en seguida al telégrafo—dijo al polizonte que aguardaba detrás de la puerta.

Luego se volvió á Betsy.

—Vaya, cuénteme usted—dijo con voz breve—. ¿Qué pasó ayer en esta casa?

—La señora nos dió permiso para pasar la noche en el baile de las Coronas. Me había mandado poner dos cubiertos, porque esperaba á una amiga.

—¿Qué amiga?

—No lo dijo. Puede que fuera una señora que venía siempre cuando el señor estaba fuera.

—¿Es que tu señora le ocultaba algo á su marido?

—Verá usted. Lord Malcolm no hacía caso alguno de la familia y de los amigos antiguos de la señora. Esta los admitía en ausencia de él, pero sin ocultárselo, pues nada le callaba.

—¿Usted qué sabe, Betsy? La señora que-



Tenía delante el cuerpo de Mary Malcolm (Cap. I.)

ría ocultar esta visita, cuando mandó á á la calle á ustedes dos.

—¡Pero si Pedro estaba aquí!

—Pedro no estaba aquí cuando ha ocurrido la cosa. Al llegar yo aquí á media noche, la señora ya estaba muerta, la puerta sin cerrar y de Pedro nada se sabe.

Betsy palideció más.

—¡Dios mío!—dijo—. ¿Habrá acontecido otra desgracia?

—¿Por qué? Su cuarto está en orden; se marchó sin permiso, como si no tuviera que ocurrir nada extraordinario.

—¿Cómo puede usted pensar eso de Pedro, que se habría echado al fuego por la señora?

—Dígame usted la verdad, Betsy, ¿no bebía Pedro de más, de cuando en cuando?

—No señor. Desde que le conozco no le he visto borracho.

—¿Tenía novia?

—¡Cá; si era de mucha edad!

—¿Y cómo explica usted su ausencia?

Betsy se enderezó.

—¿Le han buscado bien? ¿Han ido á la cueva?

—No; porque estaba cerrada. Podemos ir, aunque no estará.

—Vayamos de todos modos. En la cueva está el termo-sifón para el baño y el tocador, y de él estaba encargado Pedro.

Betsy fué hacia la puerta. Sherlock Holmes la cogió de una manga.

—¿No he dicho yo que la cueva está cerrada?

—Nunca lo está. ¿Quién la ha de haber cerrado?

Al pensar que allí podía haber otro cadáver, se decidió el «detective».

—Vengan las dos conmigo y me dirán si han desarreglado alguna cosa.

Todo estaba en su sitio en la cueva. Únicamente estaba cerrada la puerta que llevaba al calorífero, la cual otras veces solía hallarse abierta.

Sherlock Holmes sacó con mucha calma de su bolsillo un instrumento de acero, delicadamente trabajado, y lo introdujo en la cerradura. La puerta cedió en seguida.

La habitación estaba vacía.

Tampoco allí había huellas de lucha. La ausencia de Pedro era inexplicable y cada vez se arraigaba más en la mente de Holmes su participación en el crimen.

Las dos criadas, que lloraban á mares, pidieron permiso para ver á su ama muerta. También quisieron ir al comedor para ver si estaba revuelto.

Betsy hizo notar que el lugar que solía ocupar la señora había permanecido vacío.

—¿No ha tomado la señora más que fiambres?

—La señora ha comido á las siete, pero según su costumbre, muy poquito. Me mandó que le dejara preparado algo; por si sentía debilidad traje un pastel, un pollo fiambre y otras cosillas, y vino también. La señora solía acostarse tarde y tomaba algo cuando le parecía.

—¿Y qué hacía la señora hasta tan tarde?

—Cantaba, leía ó escribía cartas: á veces estaba triste y no hacía nada.

Sherlock Holmes afirmó con un movimiento de cabeza. Sabía que Lady Mary, á pesar de las brillantes condiciones de su existencia, solía estar melancólica. Continuó el interrogatorio:

—¿Dónde ponía la llave de su escritorio?

—La solía llevar consigo. A veces la dejaba todo el día puesta. No tenía secretos.

—Debía de tener enemigos. ¿Cuál sería si no el móvil del crimen? Llevaba encima todas sus alhajas y no las han robado.

—¿Ha parecido el dinero que fué á buscar ayer mañana al Banco?

—¿Dónde lo tenía? ¿En el bolsillo?

—No; en un cofrecillo que está en un hueco de la pared del gabinete.

Sherlock Holmes fué al gabinete con Betsy, que le enseñó el cofrecillo.

Detrás de un hermoso tapiz viejo, había un armario en la pared.

La llave estaba puesta.

—¡La llave está puesta!--exclamó Betsy—, nunca la dejaba así la señora. ¡Han robado!

El cofrecillo estaba vacío.

Sherlock Holmes se mordió los labios. El robo era el móvil del crimen, indudablemente. Había que buscar en seguida

la numeración de los papeles robados, y disponer que no se pagaran.

Todo parecía indicar que aquella era la causa del asesinato. Pero aquella voz interior que sus admiradores llamaban su instinto, no dejaba de decir á Sherlock Holmes que el verdadero motivo no era el robo. Y estaba resuelto á penetrar el misterio.

—Lo averiguaré—dijo entre dientes, y se marchó.

Harry Taxon no podía tardar en volver. Pronto vió su flaca silueta en la plaza.

—No sé si traigo algo interesante—dijo al entrar—. Aquí está la lista de los actuales huéspedes del Hotel del Globo. Entre ellos está una persona á quien llamó ayer por teléfono, Lady Malcolm.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho el portero, que fué quien recibió la comunicación. Una vez de hombre dijo que el señor Lovell fuera á ver anochecido á Lady Malcolm.

—¿Y le has dicho al portero que ésta había sido asesinada al poco tiempo?

—Me he guardado muy bien. No he hecho más que preguntar quién era el señor Lovell. Me han dicho que un señor muy elegante, que viajaba con una mujer muy guapa, de pelo negro; ambas personas parecen artistas ó algo análogo. Al parecer tienen dinero, viven muy bien y hacen todos los días mucho gasto, que pagan en el acto. Lovell salió anoche á las once.

—Bueno. Gracias á tí, algo hemos adelantado. Sabemos que á Lovell le llamó ayer un hombre, tal vez Pedro. ¿La llamada era real ó fingida? ¿Quién es Lovell? ¿Será en realidad el asesino? Lo sabremos hoy. Tú, quédate aquí. No conviene abandonar esta casa sólo á la vigilancia de la policía regular. Cuida de que nadie cambie nada en la casa. No pierdas de vista á las criadas y si averiguas algo nuevo, comunícamelo por conducto de los agentes.

—¿A dónde los mando?

—Voy ahora mismo al Hotel del Globo. Después tomaré un baño para adquirir fuerzas. Me fumaré una pipa y á las diez estaré de vuelta.

Sherlock Holmes, saludando á su discípulo, cogió el sombrero y el gabán y se fué tranquilamente.

Harry le vió salir asombrado.

¿Era un subterfugio aquella tranquilidad aparente? ¿O había invadido la fiebre profesional á aquel hombre hasta el punto de extinguir en él todo sentimiento personal y no era más que el sabueso que olfatea un rastro?

III

UN MARIDO INDIFERENTE

Un hombre de alta estatura y de aspecto elegante llegó aquella noche á Londres, procedente de Francia. Con cara pálida é impenetrable llegó al palacio Malcolm.

Era lord Enrique en persona, que había encargado en París un tren especial para poder embarcar en Douvres.

Con paso tranquilo, algo echada hacia atrás la cabeza de melena negra, entró en su casa.

¿Qué iba á saber? ¿Qué significaba el telegrama espantoso, aunque algo vago, del célebre «detective», cuya amistad con su esposa conocía?

El silencio profundo que le acogió, el olor á flores y á ramaje verde, le hicieron estremecer.

El primer hombre á quien vió en aquella casa tan transformada, fué Sherlock Holmes, que alargó la mano, diciéndole á media voz:

—Perdone usted, milord, no haberle telegrafiado más explícitamente. No quise anunciarle con demasiada brusquedad la trágica noticia.

—¿Qué trágica noticia? ¿Qué dice usted?

—¿No me comprende usted? Su esposa ha sido víctima de un crimen odioso. Ha muerto.

Malcolm se dejó caer pesadamente en una banqueta del zaguán.

—¡Muerta!—murmuró con voz apagada. —¿Dice usted que ha muerto?

Sherlock Holmes hizo una seña afirmativa.

Durante algunos segundos el lord quedó como petrificado y sin conocimiento.

Trataba de recobrar la respiración y una palidez mortal invadió sus facciones regulares.

Pero aquello duró poco.

Apretó los labios, se incorporó y dijo entre dientes:

—Cuentémelo usted, sin ocultarme nada.

El «detective» hizo su relato, y con brevedad narró las peripecias del drama, como si se tratara de un caso indiferente. El otro, con cara extrañamente tranquila, oía como si le hablaran de una desconocida.

Cuando acabó Sherlock Holmes, se pasó la mano por los ojos y preguntó con voz sorda:



—Milord, su esposa ha sido víctima de un crimen.

—¿No sabe usted más? ¿Quién es el criminal?

—Lo ignoro. De mis suposiciones, ya hablaré cuando sean certidumbres.

—Comprenda usted, señor Holmes, que quiero saber qué dirección llevan sus sospechas. ¿Cree usted en un crimen por el robo?

—¿Y usted no lo cree?

—Temo que haya otra cosa. No quiero indicarle á usted nada que le haga equivocarse, pero supongo que hay celos en el drama.

—¿Celos? ¿Cree usted que su esposa tuviera algún... admirador?

— Más de uno. No se asombre usted. Mi mujer era muy hermosa y cuantos hombres la veían se prendaban de ella. No olvide tampoco que estaba en relaciones

con ciertas personas de su antigua vida teatral, cuyos conceptos en las costumbres y el honor difieren esencialmente de los reinantes en el mundo en que yo vivo. No pensaba, pues, en sus admiradores. Hay alguien que estaba muy celoso de Lady Mary, por causa mía.

—Milord—dijo fríamente Sherlock Holmes—, nada entiendo de esos enigmas. Tenga la bondad de precisar. ¿Ha tenido usted ó tiene relaciones con alguna mujer que esté celosa de su esposa legítima?

El lord indicó que sí y añadió:

—Creo que alguna responsabilidad me toca. ¿Ha oído usted hablar de la hermosa Elena Brewer?

—¿La amazona?

—La misma. Era mi amante antes de casarme. Yo no sentía por ella más que una pasión fugaz, pero desgraciadamente me amaba profunda y violentamente. No me pudo olvidar y me buscó al año de casarme.

—¿No pudo usted, sin embargo, comparar á su mujer con esa amazona? No se acostumbra eso en la sociedad de usted, donde se tiene tan alto concepto de las costumbres y el honor.

El lord miró altanero al «detective», que sonreía amargamente. Y sin hacer caso de tal sonrisa, continuó:

—Elena Brewer es el amigo con quien he ido á París.

—¿De modo que no puede ser cómplice del crimen?

—Seguro que no. Pero tiene parientes y amigos muy adictos. Quizá hayan asesinado á mi mujer porque la gente creyera que me casaría con Elena al quedar libre.

—¿Le había usted dado esperanzas de ello?

El lord se irguió.

—¿Me creae usted instigador del crimen? Nunca prometí á Elena hacerla mi mujer. Consentí en el viaje por debilidad, por no oponerme á pasión tan imperiosa.

—Estaba miss Elena con usted cuando llegó mi telegrama?

—No. Estaba durmiendo y he salido sin despertarla. Tenía que regresar mañana á Londres.

—Bueno; tomo nota de esta declaración. ¿Puede usted indicarme las señas de los parientes de miss Elena?

—Lo siento, pero nunca he tenido trato con ellos. Mi mujer se trataba todavía con alguna gente de esa, y podía haberle dado á usted mejores informes que yo.

Sherlock Holmes escribió algunas notas en un papel y se despidió del lord,

—No quiero turbar más el... pesar de usted—dijo con ironía—. ¿Hay inconveniente en que siga yo persiguiendo al asesino?

—¡Vaya una pregunta! Si no le hubiera encontrado á usted aquí, inmediatamente le habría mandado á buscar. ¿Cree usted que esta muerte horrible no me ha conmovido?

—Perdone usted, pero ahora estoy cumpliendo una misión y me calló lo que siento.

—Yo sé que era usted un excelente amigo de Mary, por lo cual le voy á dar una noticia que ha de sorprenderle. Lea usted esto.

Lord Malcolm le alargó una carta escrita algunos días antes por Mary.

La carta decía así:

«Querido Enrique: Haz el favor de mandarme un cheque de 10,000 libras. Te advertiré, por si te parece demasiado dinero, que tengo que pagar una cuenta muy costosa de mi costurera, y además he de saldar otra de la modista. Como ahora estás en París con un amigo y tendrás que hacer bastantes gastos, no creo que puedas ver inconveniente para ello. Dentro de algunos días iré á Escocia y entonces te pediré más dinero. No estoy mal ahora. Diviértete mucho. Saluda á tu compañero de colegio, aunque no le conozco, y recibe el afectuoso recuerdo de tu

MARY.»

—Bueno—dijo Sherlock Holmes—. ¿Y qué?

—Como era natural, envié el cheque y acaba usted de decirme que Mary lo cobró. Lo raro es que el dinero no era para la costurera ni para la modista. Les telegrafíé para darle una sorpresa á Mary. Quería yo pagar las facturas, y dejarle á ella el dinero. Ambas me respondieron que Mary no tenía «desgraciadamente» cuen-

ta pendiente alguna, por haber pagado al contado.

—¿De modo que el dinero era para otra cosa?

—Eso es. Para otra cosa que me ocultaba. Nunca me había callado nada. Mentía por primera vez. Dígame usted, ¿para qué necesitaría tanto dinero?

Sherlock Holmes se quedó mirando al aire, con aspecto intranquilo. Lady Mary era pura como un ángel, lo juraría. El dinero no estaba allí y no había sido robado, sino dado probablemente al visitante que se había presentado en su casa durante la noche terrible.

El «detective» decidió proseguir sus pesquisas y despedirse del lord, pero éste le detuvo, diciéndole:

—Sherlock Holmes, le he dicho á usted que quería mucho á mi mujer. Puede usted creerlo ó dudarlo, porque parece que mis actos desmienten mis palabras, pero oiga usted lo que voy á decirle: Esa muerte ha de ser vengada, y lo será. No escatime usted el dinero. Derróchelo á manos llenas. Sean los amigos de Elena Brewer, sea esta misma quien haya cometido el asesinato, no quiero que el criminal se libre de la ley; no necesito añadir que la recompensa de usted será espléndida.

Cubrióse de rubor la cara de Sherlock Holmes.

—Dispense usted—dijo—. He tomado parte en este asunto porque Lady Mary solicitó mi auxilio; no toleraré que esta intervención, aunque resulte inútil, se me pague. Si logro poner la cosa en claro, me bastará con esa satisfacción.

Y con una ligera reverencia, salió, pero no de la casa.

—Tengo que observar á este marido extraordinario—pensó. Y se dirigió á una escalera que daba acceso á una terraza, frente á las ventanas de la habitación de Lady Mary.

Avanzó con precaución y miró hacia adentro. Lo que vió le conmovió profundamente.

Lady Mary estaba echada en su ataúd, en medio de la habitación, con las admirables manos cruzadas sobre el pecho. Reflejaba su rostro una expresión de paz y de reposo que nunca había tenido.

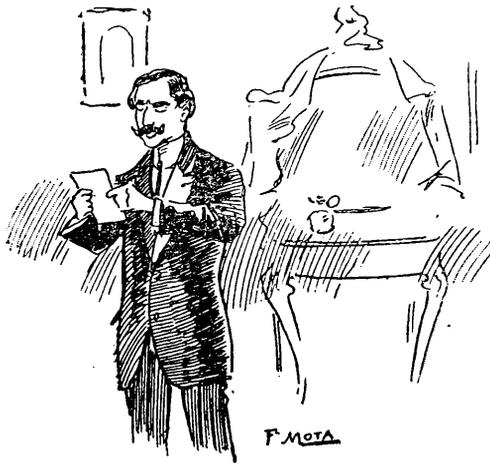
Abrióse la puerta y apareció lord Malcolm en el umbral.

Llevaba los puños cerrados, y con ellos se apretó las sienas como si temiese que estallaran.

Un espantoso dolor se dibujó en sus facciones tranquilas hasta entonces, y cayó cerca del féretro como un árbol desarraigado por el huracán. Permaneció así largo tiempo.

Sherlock Holmes vió que un inmenso suspiro henchía su pecho y que brotaban de sus ojos abundantes lágrimas, cada vez que miraba la cara de la muerta.

Levantóse por fin y fué al escondite donde Sherlock Holmes había buscado el dinero desaparecido. Las manos trémulas del lord palparon un momento la pared. Hizo



Las manos trémulas del lord palparon el papel.

un esfuerzo, parte del muro se abrió y el lord alcanzó un paquete de cartas.

Se aproximó á la lámpara y examinó las cartas una por una. Sherlock Holmes, con su mirada penetrante, pudo ver que no eran de la letra del lord, grande y recia, sino de otra fina y apretada.

Como una hoja de la ventana estaba abierta, Sherlock Holmes le oyó decir con voz dura, casi cruel:

—¡Ya las tengo! Oh, Mary, nunca sabrá nadie lo que has hecho. Prefiero pasar por un libertino, por un marido infiel. Peor sería que después de esta pérdida cruel, sufriera ya la befa de todo el mundo.

Hablando así, cerró el escondrijo, cuya existencia creía conocer él solo, sacó la llave de la cerradura y se la metió en el bolsillo.

—Nadie las irá á buscar ahí—murmuró—. Y mientras yo viva, nadie leerá esas cartas que aclararían esta muerte misteriosa.

Y el lord, acercando una silla á la cama imperial, se sentó y se abismó en la contemplación del hermoso rostro pálido que al parecer le sonreía con sonrisa de gozo, pero también de misterio.

IV

EL MAITRE DE HOTEL

En el enorme Hotel del Globo, había cambio constante de viajeros y era difícil seguir una pista.

Aquella tarde entró un nuevo criado en el hotel; era un muchacho alto y flaco que se parecía mucho á Harry Taxon.

En la gerencia del hotel se había sabido la muerte de Mary Malcolm y Sherlock Holmes había indicado al director que deseaba buscar al asesino en el hotel.

La fama del «detective» le abría todas las puertas, sobre todo en Londres, y facilitaba así su misión. Además se sabía que pocas veces se equivocaba y que casi siempre seguía una buena pista.

El señor Lovell, á quien buscaba, estaba inscrito como «sin profesión» en el libro de viajeros. Era hombre de aspecto joven y elegante, robusto y musculoso. Tenía cara de oriental, á pesar de sus ojos de color azul oscuro y mirada penetrante. Llevaba barba oscura y puntiaguda y sus manos eran finas y bien cuidadas.

Esta última particularidad llamó mucho la atención de Sherlock Holmes cuando visitó el hotel después del crimen.

Sabía que los periódicos de la mañana nada decían del asesinato.

—No quiero indicar la persona de quien sospecho—le dijo al director—. Usted y sus empleados dejarían traslucir algo y el asesino, que es muy inteligente y nada recela, no tardaría en notarlo. Lo mejor será

que me tome usted por criado. Los viajeros todos comerán á lo menos una vez al día en los comedores.

—Seguramente. Nuestra cocina es la mejor de Londres. Tiene usted plenos poderes, y para introducirse en nuestro hotel adopte el disfraz que le parezca. ¿Quiere usted el cargo de «maitre de hotel».

Una hora después, Sherlock Holmes desempeñaba sus nuevas funciones; gracias á ingeniosas arrugas trazadas alrededor de la nariz y la boca, no le habían conocido ni sus más íntimos amigos.

Hizo aceptar á su discípulo Harry como mozo de recados y le dió las instrucciones siguientes:

—Vigila bien á ese bribón llamado Lovell, si sale del hotel y toma un coche, tienes que saber á dónde va. Por las calles le seguirá uno de los nuestros. Yo me encargaré de la mujer que le acompaña.

—¿Y cómo lo hará usted para desempeñar sus funciones de maestresala?

—No seas tan curioso, Harry. He hecho algo más que desempeñar dos cargos á un tiempo.

El primer día, Lovell no salió ni bajó á comer ninguna vez. Le llevaban la comida á su cuarto. Este y el de su compañera, Elvira Brosetti, tenían los números 27 y 28. Sherlock Holmes tomó el 29, porque el 26 estaba tomado por un viajero que tenía que llegar de un momento á otro.

—¿Y cómo ha escogido ese número?—preguntó Sherlock Holmes al director.

—Pidió una habitación de primer piso con cuarto de baño. Y la única que llena esas condiciones es el 26.

—¿Conoce usted al viajero?

—Personalmente, no. Este es el telegrama que ha puesto.

Sherlock Holmes leyó el parte siguiente: «Resérveme buena habitación con cuarto de baño, en el primer piso.—BARÓN BALLIÉRES.»

—Realmente es un nombre francés—murmuró el «detective». Puede ser una casualidad y puede tratarse de un afiliado de la cuadrilla Lovell y Compañía.

Tomó posesión del cuarto número 29, pero experimentó una sorpresa desagradable al enterarse de que la comunicación

con el 28 había sido tapada con un gran armario.

Lo primero que hizo en cuanto cerró la puerta, fué abrir un agujero en el armario y en la puerta que estaba detrás, lo cual logró fácilmente, pero vió que no oía nada de lo que se hablaba en el otro cuarto.

—Necesito un llavín que abra todas las puertas—dijo Sherlock Holmes al director. —El barón no llegará hasta mañana ó pasado. Puedo pasar sin peligro una hora en su cuarto.

En cuanto tuvo el llavín entró sigilamente, gracias á la suela de orillo de su calzado, en el cuarto número 26.

Echó con cuidado el cerrojo y se acercó cautelosamente á la puerta de comunicación. Delante no había ningún armario. Miró por el ojo de la cerradura y vió una mujer hermosa, de cabello rojo oscuro, muy ocupada en colocarse una diadema de perlas en la cabeza, mirándose á un espejo puesto en la mesa.

Lovell estaba sentado en un sofá cerca de ella.

—¡Cuánto me alegro—dijo Elvira— de tener ya esta diadema! ¡Cuántas veces te la he pedido, Adalberto!

—Hasta ahora no la he podido comprar. ¿Sabes que vale una fortuna?

—Bien grande la has ganado.

—Habla más bajo, por Dios. Las paredes de las fondas oyen.

—¡Calla, miedoso! Mira qué admirable resplandor.

—No se parecen á las perlas falsas que has llevado hasta ahora. ¡Qué bien te están!

Lovell rodeó con el brazo la cintura de Elvira y la besó en el cuello.

—¿En qué joyería las has comprado?

—Hija, eso no se pregunta. Bástete saber que en casa de uno de los proveedores de la Corte y que vale 10.000 libras.

Elvira estaba más complacida todavía del precio de las perlas, que de su belleza.

—Ahora—dijo—, nos daremos la gran vida. No puedes figurarte cuánto me alegro de haber obligado á recibirme á esa tonta de Mary, á pesar de la prohibición de su esposo.

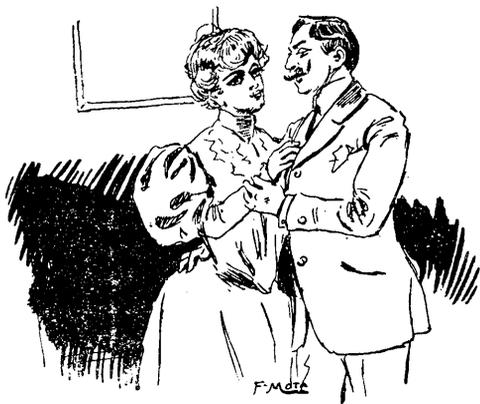
—¿Quiéres callar?—interrumpió Lovell enfurecido.

El corazón de Sherlock Holmes palpitaba con violencia. ¿De qué Mary hablarían? ¿Seguiría una pista buena?

Elvira se echó á reir y dijo:

—Cualquiera que te oyera creería que has cometido algún crimen. No has hecho más que sacarle unos cuantos miles de libras á una persona riquísima.

—Con eso bastaría—refunfuñó Lovell—



Lovell rodeó con el brazo la cintura de Elvira.

para meternos en un lío, si se averiguara.

—¿Quién ha de saberlo, Adalberto? Nadie nos ha visto á ti ni á mí, conque...

—Sin que le vean á uno le pueden pescar. Me temo que ese maldito Sherlock Holmes ande en este asunto. Era amigo de la pobre Mary...

—¡Pues no la echas poco de menos!—replicó Elvira furiosa—. ¿Estabas enamorado de su cara de luna llena, imbécil?

—No, pero su muerte era inútil. Temo que Tiny nos haya metido en un berenjenal.

La cara de Elvira tomó una expresión dura y cruel.

—Tiny es un bestia—dijo—. Que cuide de no caer en manos de la policía. Pero listo tendrá que ser el que le encuentre, ¡ja, ja!

—Además, nos marcharemos de Londres mañana ó pasado. Habría sido una tontería irnos en seguida. Pero no quiero aguardar más. Esto huele á ratonera.

—Te tomas muchos cuidados, Adalberto. Te pareces á ese cargante de lord Mal-

colm, que siempre tiene una cara de desenterrado, aunque corra á mares el champagne.

—No digas nombres—exclamó Adalberto encolerizado—. No tienes prudencia ninguna.

—¿Por qué?

—Ten en cuenta que no soy el único comprometido. Si nos cogen, no te irá bien.

—¡Bah! Contra mí no hay nada.

—¿De modo—gritó Lovell furioso—, que no te importa lo que nos pase á Tiny y á mí?

—Sí me importa, pero al fin y al cabo no soy responsable de vuestros actos.

—Sí, sí, no dice eso la ley. Inducir á otro á un crimen es á veces más grave que cometerlo.

Elvira se arreglaba con indiferencia la diadema.

—Eres insoportable. No tengo ganas de disputa. ¡Viva la alegría! ¡Viva la hermosura! Y sobre todo, ¡viva Elvira Brozetti!

Hablando así, se bebió una copa de champagne.

Llamaron á la puerta. Lovell se sobresaltó. Era el criado que traía unos billetes para la ópera de aquella noche y preguntaba si hacía falta un coche.

—¡Naturalmente!—dijo Elvira desde el sofá—. No vamos á ir á pie al teatro.

Lovell salió del cuarto un momento con el criado, y el «detective» vió á la mujer hacerle una mueca por detrás.

—¡Qué avaro!—murmuró—. Precisamente el defecto que más detesto. Le molesta que tome un coche del hotel porque son caros. Poco va á durar esto. Estoy muy harta. No me faltarán hombres, si quiero. Siempre habré ganado estas perlas.

Al cuarto de hora, Sherlock Holmes recorría las joyerías principales para averiguar dónde había comprado Lovell la diadema.

Con gran asombro suyo le dijeron que no se había vendido nada los días anteriores.

—Pues las perlas son de una gran joyería—pensó—. Para que las hayan pagado á ese precio, tiene que haber ido á una tienda de lujo.

Pero cuando las recorrió todas, obtenien-

do igual contestación, surgió en su mente un pensamiento. Elvira decía que Lovell era tacaño. ¿Si serían falsas las perlas?

Por primera vez desde la víspera, Sherlock Holmes se sonrió.

—¡Qué ladrón!—pensó—. Leí en su cara que había dado perlas falsas á su amante y se había quedado con el dinero. Ahora hay que buscar á ese Tiny del cual hablaban hace poco. Voy á la ópera con ellos y no me separo en toda la noche.

El portero había recibido órdenes para comprar dos asientos de palco para Lovell. No le fué difícil buscar otro próximo para Sherlock Holmes.

Harry Taxon recibió el encargo de vigilar á los dos personajes durante la ausencia del «detective». Este fué á su casa, donde sufrió una nueva transformación. A la media hora salió en forma de un joven elegante, rubio, con bigotito retorcido, frac y corbata blanca.

Encontró á Elvira y á su amante en el palco, muy bien vestidos. Las perlas brillaban en el escote de ella. Sherlock Holmes las miró con gran atención, y dedujo que eran perlas de las llamadas Bourguignon, hechas de cera y cola de pescado, muy bien trabajadas.

Al acabar el acto segundo, se presentó un visitante en el palco. Era un hombre delgado, de bigote rubio. Le acogieron con afecto, pero con cierta reserva, impuesta por la presencia de un extraño.

—Buenas noches, Lovell—dijo el visitante—. ¿Le gusta á usted la obra?

—Estoy aquí, conde, únicamente por mi mujer, que es muy aficionada á la música. A mí me fastidia. Descando estoy verme fuera porque me ahogo, y volverme al hotel para beber champagne «frappé».

El conde se inclinó con aspecto preocupado y dijo mirando al intruso:

—Estoy algo disgustado. ¿Han leído ustedes los extraordinarios de los periódicos que venden por la calle?

—No; ¿ocurre algo de particular? Se ha hablado de guerra.

—No es cosa tan grave. Se trata de un crimen. Se ha encontrado estrangulada á Lady Malcolm, aquella rubia tan guapa que les enseñé en Hyde Park.

—Eso es terrible—dijo Elvira—. No ha debido usted contarnos eso antes de cenar, conde. Me quitará el apetito.

—Dispense usted, señora, tiene usted razón; pero la cosa me ha emocionado. Me era muy simpática esa señora, que creo sabrá usted había sido cantante.

—Sí, sí. Se llamaba Mary Tamano—cuchicheó Lovell—. La conocí mucho en mi juventud, pero ya entonces era persona muy reservada y modosa.

Elvira le echó una mirada llena de cólera. No podía tolerar que se alabara á una mujer en su presencia, ni siquiera á la desdichada que yacía fría y pálida en su ataúd.

Cayó el telón; los tres individuos se levantaron. Sherlock Holmes se apartó cortésmente para dejarles pasar y notó que Elvira le echaba una mirada provocativa.

Al cuarto de hora era otra vez maestra-sala en los comedores del Hotel del Globo. Nada de parecido le quedaba con el joven rubio sentado poco antes en un palco de la Opera.

V

LOS CIGARROS SE PAGAN APARTE

Lovell hacía bien las cosas. Encargó una comida opípara, pidió los manjares más caros de la casa y el champagne no dejó de correr.

Sherlock Holmes servía en persona á su mesa y lo hacía muy bien, lo cual no le impedía escuchar la conversación de los tres comensales, que no desconfiaban de él.

En una mesa cercana se habló del asesinato de Lady Malcolm. El conde dijo entonces á Lovell:

—¿Ha oído usted? Ya citan el nombre del «detective» encargado de la pesquisa.

—¿Indudablemente Sherlock Holmes?—preguntó Lovell.

—Claro. Todos ven por sus ojos, y sin embargo no ha inventado la pólvora. Estoy seguro de que es exagerado cuanto dicen de su instinto extraordinario y de su inverosímil poder de deducción.

—Posible es. No me interesan esas historias de «detectives». Maestresala, hágame el favor de unos cigarros que sean buenos.

Sherlock Holmes presentó en una copa de cristal habanos escogidos.

Los hombres los tomaron. Entonces Sherlock Holmes, dijo con tono importante:

—Perdone usted, pero los cigarros se pagan aparte.

—Bueno, pues cambien ustedes este billete—. Y Lovell echó en la mesa uno que sacó de su cartera bien provista.

Sherlock Holmes lo tomó y salió á la antesala. Un trazo de pluma rayaba el billete. Los ojos del «detective» relucieron. Aquello era muy importante, pues el empleado del Banco donde Lady Mary había cobrado el cheque, le había contado que con las prisas, la pluma que sirvió para firmar el recibo se le había escurrido de las manos y había manchado los billetes.

Sherlock Holmes ocultó cuidadosamente el billete en el bolsillo del frac y cambió otro en el mostrador.

Cuando volvió, Elvira decía:

—¿Dónde estará Tiny? No estaré tranquila hasta que lo sepa.

Pero como entonces entraba el maestresala, dijo en otro tono:

—Mañana nos vamos, conde. ¿Va usted á estar mucho en Londres?

—No lo sé. Según como me vaya... Dígame usted, maestresala, ¿quién es aquel caballero afeitado que nos mira con tal insistencia?

—Es el ilustrísimo señor obispo de Birmingham, que tiene una mirada muy fija. Ya se han quejado otras personas.

Y blandiendo la servilleta, el maestresala fué al mostrador á buscar unas copas de licor. Al pasar, dijo al hombre afeitado, que era un agente de policía secreta:

—No mire usted así á la gente, imbécil, que lo notan.

Cuando volvió le preguntó Lovell:

—Dígame usted, ¿conoce por casualidad á un tal Sherlock Holmes?

—¿Sherlock Holmes?—preguntó éste con asombro—. Así se llama el muchachito encargado del ascensor.

—¡Qué estúpido!—murmuró Lovell entre

dientes, añadiendo en alta voz—: No, hombre, el famoso «detective» del cual hablan los periódicos. Creí que le conocería usted de vista.

—¡Oh!—exclamó Sherlock Holmes con admirable expresión de idiotismo estudiado para su papel—. Esa gente no viene á este hotel.

El terceto cambió una sonrisa. ¡Valiente imbécil era el maestresala! Creía que todos los huéspedes eran personajes.

Muy entrada estaba la noche cuando se separaron. Parecía que iban á darse las buenas noches, cuando Lovell dijo como impulsado por inspiración súbita:

—Voy un poco con usted, conde. El aire libre me sentará bien. Apenas he andado hoy.

Sherlock Holmes hizo una seña al criado que estaba de servicio nocturno en el patio y que desapareció por una puerta lateral. Y los dos hombres no supieron que el individuo con gorra que á paso lento seguía en la sombra la otra acera de la calle, era el mismo Harry Taxon.

Entre tanto Sherlock Holmes se tumbó en la cama del número 29, y como podía descansar algo, se entregó á un sueño reparador.

Le despertó por la mañana el ruido que hacía Lovell al regresar. Este se acostó en seguida. Seguro de que el pájaro estaba enjaulado para un rato, el «detective» pudo dedicarse con tranquilidad de espíritu á seguir las diferentes pistas que se le presentaban.

Volvió á su casa de noche y encontró á Harry Taxon que dormía con sueño de plomo.

—Pobre muchacho—dijo Sherlock Holmes inclinándose hacia él—, no puedo dejarle dormir. Pero juro que de aquí á la noche habré cogido á los asesinos. Despiértate, hijo—gritó sacudiendo al joven—, y dame noticias.

—¡Ay, señor Holmes! Desgraciadamente nada tengo que contar. Los dos individuos estuvieron largo tiempo sentados en el café de París, en Regent Street, bebiendo «wiskey» y más «wiskey». No pude acercarme, porque me habrían conocido. Al salir tomaron un coche diciendo al cochero que los

llevara al Hotel del Globo. Me pareció inútil seguirles y he empleado el tiempo en otras pesquisas. Entre los que alquilan coches de noche, he buscado á los que usan paja de avena. No hay más que uno—y citó su nombre.

—¿Y decías que nada podías contarme? Me parece que esa pajita nos va á revelar la verdad.

Sherlock Holmes salió de su casa inmediatamente y fué á casa del susodicho alquilador de coches.

—Vengo á preguntarle á usted, señor Solmston, si ha hecho usted algún viaje anteanoche.

—¡Anteanoche! ¡Ah, sí! Me acuerdo que fué el día de la maldita niebla. Precisamente salí con un alazán, por no confiar carruaje y caballos á los cocheros. Pero anduve poco, á las diez estaba de vuelta.

—Muy bien, señor Solmston. Pero de todos modos hizo usted un viaje, ¿verdad? Entérese usted bien de que se trata de un asunto muy grave. Vea usted mi tarjeta y contésteme cuanto sepa.

El buen viejo se rascó la oreja.

—¡Qué demonio!—dijo—. Con la policía siempre anda uno intranquilo. ¿Qué quiere saber?

—Si lleva usted debajo del suelo del coche un cofre lleno de paja.

—No; pero debajo del pescante hay uno con la provisión de forraje. ¿Se habrá quejado alguien? Efectivamente la otra mañana noté que había pajitas en el coche.

Brilláronle los ojos á Sherlock Holmes.

—Nadie se ha quejado. Eso no vale la pena. Pero tengo que saber quién tomó el coche, á qué hora y para dónde.

—Eso es fácil. Primero una señora que desde la estación Victoria fué al Hotel del Globo.

—¿Y cómo era esa señora?

—No puedo decirlo. Llevaba envuelta la cabeza en un velo grande. La acompañaba un caballero que fué mi segundo parroquiano. Le llevé... ¿á dónde diablos lo llevé?... Era en...

—¿Russel Road, tal vez?

—Justo, Russel Road. ¿Cómo lo ha acertado usted?

—No lo he acertado. Lo sabía ya. ¿Y qué catadura tenía ese parroquiano?

—Bajito, enfermizo. De lejos habría parecido un chico. No tenía un pelo de barba. Sus ojos eran negros como el carbón. La cara era muy pálida y los ojos le brillaban.

—Nada tiene eso de raro. Preparaba el crimen.

—¿Qué está usted diciendo?

—¿No ha leído usted en los periódicos que han asesinado á lady Malcolm? Debe usted de haber llevado al asesino. Ahora hay que saber si le conocerá usted al verle.

—Seguramente. ¿Cree usted que se olvida una cara como aquella? No puedo comprender cómo ha de ser precisamente aquél el criminal.

—Porque llevaba paja de avena pegada en las suelas, la ha dejado en la casa, y es el único que entró allí aquella noche.

—Se equivoca usted. Un criado le abrió y le acompañó.

—¿Está usted seguro?—preguntó muy interesado Sherlock Holmes.

—¿Cree usted que soy algún estúpido?—contestó el otro fuera de sí—. Ya sé lo que es tratar con la policía secreta. A pesar de la niebla densísima vi muy bien al criado. En cuanto vió mi caballo abrió la puerta, y la cerró cuidadosamente cuando entró mi parroquiano.

—No cuela esa. A la media hora la puerta estaba entreabierta.

—Verdad será, pero yo digo lo que vi; el criado, hombre de cierta edad, cerró la puerta. Oí dar vuelta á la llave en la cerradura. Creí que el jovencillo que yo había llevado era el hijo de aquella familia, y que le aguardaban.

—¿Qué hora era?

—Yo volví á casa á las once, de modo que serían las once menos cuarto cuando llegué á Russel Road.

—¿No sabe usted nada más?

—Nada más. Volví á casa en seguida por la mucha niebla.

—Y la señora que llevó usted al Hotel, ¿era alta y robusta?

—No; de estatura regular, elegante, y voz clara. La oí hablar vivamente con su acompañante.

—¿Oyó usted algunas palabras? Sería muy importante eso para mí.

—Si estuviera usted subido en un pescante, teniendo que atender á que los caballos no se rompan las piernas ó la cabeza entre tanta niebla, ¿tendría usted gana de enterarse de lo que hablan los parroquianos?

—Tiene usted razón. Probablemente no tendría ninguna. Gracias por sus indicaciones, y si echo mano al asesino, le llamaré á usted para ver si le conoce.

Sherlock Holmes fué desde allí al palacio Malcolm, y mientras aguardaba que el amo estuviera visible, habló con los criados.

Supo que ni Pedro parecía, ni el cochero había dormido en la casa, y que la señora había usado la vispera, no un coche, sino un automóvil.

Betsy fué quien le dió tales noticias. Era la única que había recobrado la calma y serenidad. Sus indicaciones interesaban mucho á Sherlock Holmes.

—Oígame usted, hija—le dijo—. ¿Era usted muy adicta á la señora?

—Todos la queríamos mucho—contestó la muchacha echando fuego por los ojos.

—¿Pedro también?

—Pedro más todavía; veo que piensa usted mal de él, pero es inocente del crimen. ¡Pondría las manos en el fuego!

—Usted querría verla vengada. Pues la prometo una buena recompensa pecuniaria si me cuenta absolutamente todo lo que haya oído sobre el pasado y la vida conyugal de Lady Malcolm. ¿Estaría el señor celoso de ella?

—Al contrario. Era más bien la señora quien estaba celosa. Ya sabe usted que él había reanudado antiguas relaciones y era público que la hermosa Elena Brewer era su amante.

—Esto era un motivo para que la señora se consolara con otro.

—Pues no lo ha hecho. Era pura como un ángel. Y eso que recibía mil cartas y declaraciones de amor, pero se reía de todas ellas.

Hubo un momento de silencio. Luego el «detective» se volvió hacia Betsy.

—Le voy á confiar á usted una cosa,

pero tiene que ayudarme. He notado ayer en el gabinete de Milady algo que puede hacerme dar con el asesino, y con una hora ó media que pasara solo en esa habitación me bastaría. ¿Está usted dispuesta á no dejar entrar allí á nadie mientras yo esté?

—Creo que sí. Únicamente si el señor quisiera entrar...

—El señor menos que nadie. Atienda usted bien, y si se levanta y quiere entrar, entreténgale como pueda hasta que yo salga. Me daré la mayor prisa posible.

—Vaya usted, pues, que yo vigilaré.

El «detective» fué á la habitación donde seguía lady Mary en el féretro, tapado ya, pero no atornillado.

Sherlock echó el cerrojo; se aproximó al escondrijo de la pared, levantó el tapiz y probó las llaves falsas en la cerradura. Frío sudor cubrió su frente cuando cedió la puerterilla y pudo meter la mano por la abertura. En seguida encontró el resorte. Giró una parte de la pared y Sherlock Holmes echó mano á un paquetito de cartas. El paquete le quemaba las manos. Le parecía que era un abuso de confianza, que la muerta iba á levantarse y reconvenirle por violar sus secretos.

Apretó los dientes y murmuró:

—¡Qué demonio! No me impulsa ningún sentimiento vil de curiosidad; espero descubrir el secreto del asesino y vengar á Mary. ¡Vamos, Sherlock Holmes, no tengas miedo y adelante!

Se dirigió apresuradamente á la ventana y abrió el paquete.

Al empezar la primera carta, conoció la escritura fina y puñtiaguda que había visto la vispera, y leyó:

«Querida mía, á quien amo perdidamente y para siempre, ¿me otorgarás por fin lo que más deseo? ¿Me permitirás vivir de nuevo aquellas horas de dicha inefable que algún día me diste? No me hagas penar más, Mary. Sé que el maldito que te tiene sujeta está de viaje y llegaré hasta ti, te lo juro por el amor que tú también me juraste entre locos besos.»

Debajo de aquellos renglones faltaba otro párrafo. Sherlock Holmes dejó caer la carta lanzando un suspiro.

Sus temores se realizaban; Mary no era la mujer pura y honrada que él creía.

La carta siguiente encerraba también vehementes protestas de cariño, y entre otras esta frase, la cual demostraba que Mary había cedido:

«¿Cómo te demostraré mi honda gratitud, Mary? Hasta mi muerte, próxima sin duda, conservaré el recuerdo de las horas inolvidables que ayer pasé contigo. Ahora te voy á dirigir un ruego, una súplica, que repetiré hasta que te dignes atenderla. Ven conmigo, sé mi mujer, sígueme lejos, muy lejos, hasta aquellos países perdidos donde ningún odio, ninguna envidia puedan atacar nuestra felicidad.»

Las otras seis ó siete cartas eran análogas á estas dos.

Una cosa bastante extraordinaria llamó la atención de Sherlock Holmes. Ninguna carta tenía fecha. Únicamente sus dobles y sus rozaduras indicaban que habían sido escritas en épocas diferentes. Una de ellas llevaba la firma de «Lionel».

Sherlock Holmes la sacó del paquete, se la guardó cuidadosamente en la cartera y volvió á colocar las demás en su sitio, murmurando:

—Necesito esta; el lord no se hará cargo de su desaparición, y aun cuando lo conociera me es absolutamente indispensable. Me alegro de haber podido cometer con comodidad este hurto.

Cerró el escondrijo con gran cuidado y se acercó al féretro, cuya tapa levantó.

No se había alterado el rostro encantador, iluminado aún por deliciosa sonrisa.

Sherlock Holmes exhaló hondo suspiro, se encorvó y puso con veneración los labios en la mano delicada, rígida sobre el traje blanco.

Luego separó con precaución los encajes que ocultaban á las miradas el blanco cuello.

Las huellas azuladas de la mano criminal resaltaban más.

Cogió la lupa y las examinó detenidamente. Ya no era más que un «detective», y descubrió una cosa que antes no había visto. Una de las huellas del pulgar era más estrecha que la otra, aunque ésta lo fuera demasiado para ser la de un hombre adulto.

Grabó en su memoria la forma y amplitud de las señales siniestras, luego volvió á colocar los encajes, cerró el ataúd y dijo en alta voz:

—Sólo un atleta ha podido estrangular de esta manera á la desdichada víctima. Ha sido un hombre bajo, de miembros delgados, pero de fuerzas hercúleas. Se ha de buscar en las cervecerías frecuentadas por gimnastas.

Al volver al vestíbulo encontró á Betsy que le aguardaba y se puso un dedo en los labios, diciendo:

—Milord acaba de levantarse y puede llegar de un momento á otro.

—Es usted una muchacha inteligente, Betsy; haría usted muy buen papel en la policía.

Y sin aguardar la vuelta del lord, se dirigió á la calle.

VI

VENGANZA DE MUJER

Harry había dormido muchas horas con profundo sueño. De pronto se levantó sobresaltado. Le había parecido oír sonar el teléfono de una manera especial convenida entre su jefe y él.

—Soy yo—dijo medio dormido—. ¿Quién llama?

—¿Está Sherlock Holmes en casa?—preguntó una voz desconocida.

—No—refunfuñó Harry, furioso porque un desconocido le hubiese despertado.

—¿Cuándo podré verle? Tengo que hablarle de cosas importantes.

—¿Y quién es usted?

—Mi nombre importa poco. Baste saber que se trata de cosas gravísimas.

—El señor Holmes está muy ocupado ahora en asuntos de importancia. Me parece que no querrá meterse en otro.

—Sí; ya sé. El asesinato de lady Malcolm. Podría ahorrarse ese trabajo, pues todo el mundo está convencido de que el criado Pedro es el asesino.

—Bueno; se acabó—gritó Harry con rabia.

Y colgando los receptores, se empezó á arreglar apresuradamente, á pesar de que el teléfono sonaba desesperado. Comprendió entonces, recordando la voz, que había comunicado con el caballero del bigote rubio, de la víspera.

Si esos individuos saben que nos ocupamos de ellos, van á estar más en guardia que nunca. Vamos pronto al Hotel antes de que vuele el pájaro.

Media hora después el criado flaco reanudaba su servicio en el Hotel del Globo.

Supo que Lovell había pedido la cuenta para aquel día, pero aún no se había ido.

—¿Cree usted que es el asesino?—preguntó el director.

Harry se encogió de hombros.

—No sé lo que pensará el señor Holmes.

—¿Y por qué no le prenden, si inspira alguna sospecha?

—Porque no es el único culpable. Si se le prende, los demás se escapan. Deje usted hacer al señor Holmes. No se le ve el juego y gana siempre la partida.

Sobre las nueve empezó Sherlock su servicio en el hotel. Llevaba consigo algunos agentes que presentó al director para que éste los dejara obrar en libertad.

Uno se colocó junto al ascensor, otro en el vestíbulo, otro delante de las habitaciones 27 y 28. Nadie podía sospechar su verdadera personalidad. Iban de paisano y parecían viajeros cualesquiera.

—Voy á asistir al almuerzo—dijo Sherlock Holmes á Harry—, y luego me marcharé. Tengo que trabajar hoy en tres sitios distintos, y gracias á eso pienso pillarles antes de esta tarde.

—Una palabra, señor Holmes. ¿Quién cree usted que es el culpable?

—Uno que aún no conocemos, hijo. Creo que le encontraremos en el Hotel entre los viajeros. Tengo de ello casi certeza. Probablemente será un atleta con dedos largos y delgados, y las dos manos desiguales. Tengo que empezar por conocer á ese supuesto conde que cenó anoche con nuestra gente.

—Creo que le verá usted hoy; Lovell, al despedirse del rubio, le dijo: «Hasta mañana».

—Mejor. Abre el ojo, Harry. Hoy hemos de dar el golpe.

—Ya lo sé, querido maestro. Siempre ocurre lo mismo cuando trabaja usted gratuitamente, por amor al arte ó por afecto á alguien. ¡Pero, calla! ¿Qué hará por aquí lord Malcolm?

En efecto, entró éste en el vestíbulo y se fué al mostrador, donde le siguió con cautela Harry.

Lord Malcolm preguntó si había alquilado un cuarto desde París miss Brewer y cuándo llegaría.

—¿Desde París?— contestó el empleado consultando un libro—. No; además no tiene que venir más que el señor barón de Ballières.

—Eso es. Es un pariente de esa señora. ¿Cuándo llegará?

—No podemos saberlo. Las habitaciones están tomadas hace tres días.

—Miss Brewer vendrá hoy mismo—prosiguió el lord—. Así me lo escriben. Cuando llegue, tenga usted la bondad de darle esta carta y de decirle que á mí me es imposible venir hoy personalmente.

Apenas se había marchado el lord, cuando entró el maestra sala.

—Deme usted la carta del lord.

—No puede ser, señor Holmes. No se puede violar el secreto de la correspondencia. Además, lord Malcolm está fuera del círculo de las pesquisas de usted.

—¿Y usted qué sabe, señor director?—preguntó el «detective» con mucha calma.

Y sus ojos claros lanzaron tal mirada, que el director sacó la misiva de un cajón y se la dió.

—Dentro de diez minutos la devuelvo. ¿Me permite usted entrar en su despacho?

—No faltaba más. Como usted quiera.

El «detective» se sentó, sacó del bolsillo una jeringuilla, introdujo el extremo en el sobre y lanzó un poco aire por ella.

La solapa engomada cedió sin la menor dificultad.

Sherlock Holmes abrió la carta y leyó:

«Como habrás sabido, querida mía, mi mujer acaba de morir de una manera horrible. Ha sido estrangulada, y por lo tanto no me es posible verte á tu paso por Londres. Figúrate mi emoción. Si puedes».

—Dios mío, ¿que va á pasar aquí?

Lo mismo cavilaba Sherlock Holmes en su escondrijo, donde ya no le quedaba nada que hacer. Salió del cuarto y llegó al pasillo cuando Elvira trataba en balde de abrir la puerta del 27.

Lovell se había metido en su habitación, encerrándose y echando también el cerrojo á la puerta de comunicación con Elvira.

Esta, vestida tan á la ligera, no podía seguir en el corredor. Tuvo que volverse á su cuarto, y Sherlock Holmes la oyó chillar y aporrear en vano la puerta de Lovell.

—Bueno va—murmuró el «detective». Esto es lo mejor que podía suceder. Ya están estos cómplices reñidos mortalmente. Si no me engaño, pronto pondrá el valiente Lovell pies en polvorosa. Harry le seguirá, y yo entre tanto, vigilaré á estas damas. Puede que así encuentre el rastro del famoso Tiny, único autor del asesinato. Y puede que encuentre también el de Pedro, desaparecido tan misteriosamente.

VII

1112. P. W.!!

En mal negocio se había metido Lovell. La furia de al lado seguía escandalizando de tal modo, que al cabo le gritó:

—Elvira, si sigues alborotando, Sherlock Holmes te cogerá y te pondrá un bozal.

Le contestó una oleada de insultos. Herida en su orgullo, Elvira había perdido todo el barniz de su educación superficial, y su ira le sugería expresiones innobles. El ruido ensordecedor de su voz chillona, atravesando el cuarto de Lovell, llegó hasta el de Elena, que tuvo el valor de salir y llamar á la puerta del 28.

No contestó nadie, y ella entró.

El camarero, que llegaba en aquel momento, vió que llevaba en la mano un objeto brillante, que era un revólver.

—Bueno—pensó—. Ahora hará callar á esa fiera.

La aparición de Elena con el revólver en la mano en la habitación de Elvira, hizo

callar á esta. Se quedó con la boca abierta, mientras Elena se le acercaba, apuntándola con el revólver.

—A ver si te callas ahora mismo—le dijo—: no vacilaré, y si sigues chillando, disparo.

Elvira se alejó temblando de la puerta de Lovell.

—¿No tenía yo razón hace un momento en decir que eres tonta? Lo quieres demostrar de nuevo. Por unas perlas falsas, te pones hecha una loca. ¿Por qué no lo previste? ¿Por qué no exigiste la parte del dinero de lady Malcolm? Habrías podido comprar cuantas perlas quisieras.

—Porque yo soy honrada—replicó Elvira—. Hemos repartido lealmente Lovell, Tiny y yo, y yo acepté las perlas. Verdad es que he sido muy tonta confiando en canallas como vosotros.

—Nada de insultos—contestó Elena amenazando con el revólver—. Piensa lo que quieras, pero no lo digas. Además, ya haré que te den lo que te corresponda. Si quieres perlas, toma las mías: son finas, pero no me importa.

—Gracias—dijo Elvira rencorosamente—, no quiero tus sobras. Estoy harta de todos vosotros, y sé lo que tengo que hacer.

—Oye—y la voz de Elena, aunque baja, se hizo amenazadora—: te advierto que si tienes la desgracia de hablar demás, de hacer traición á alguien, estás perdida.

Elvira no contestó, y la otra continuó friamente:

—Hoy mismo me enteraré bien de todo; tú límitate á hacer lo que yo te mande, y á obrar según mis instrucciones. Y no hagas gestos. Demasiado sabes que no tienes motivo para quejarte. A ver si he de recordarte lo que te ha dado la señora en cuestión desde que descubrí su pasado.

—No hay que recordarme nada. Ya sé tan bien como tú que todo tenía por objeto separar al lord de su familia para que se casara contigo. Pero él no quiere. Y le decía á su mujer que comprendía vuestros designios.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Mary misma me lo ha dado á entender. Iba á verla siempre que su marido



—Nada de insultos—contestó Ellen amenazando con el revólver.—(Cap. VII.)

estaba fuera, y cada vez me convencía de que estaba más enamorado de ella.

Y la voz de Elvira temblaba con reprimida malicia.

Pero Elena no hizo caso. Siguió con voz brusca é imperativa:

—¿Dónde está Tiny?

—Lovell te lo dirá—contestó Elvira con acento de reto.

Elena se encogió de hombros.

—Te dejo unas horas para recuperar tu tranquilidad. Echate en la cama, y pasa allí la ira. No saldrás hasta que á mí me parezca.

Se fué hacia la puerta, la abrió, salió, cerró por fuera, y se metió la llave en el bolsillo.

Al acercársele el camarero, le dijo:

—Miss Elvira no se siente bien. A veces tiene ataques y calambres. Necesita estar encerrada. Tengo su llave. Si la oye usted hacer ruido, no haga caso.

Y hablando así, dió una moneda de oro á Sherlock Holmes, que se inclinó profundamente, dando las gracias.

Al cuarto de hora, se marchaba Lovell del Hotel del Globo. Llevaba poco equipaje, y fué con su maleta en coche á la estación de Waterloo.

Detrás del coche iba otro con Sherlock Holmes que había hecho una seña á Harry.

El «detective» se había disfrazado de nuevo. Parecía uno de esos individuos de mala traza que se pasan la vida vagando por las calles y sitios sospechosos. Había supuesto que Lovell no se marcharía sin ver otra vez á sus cómplices. ¿A quién buscaría? ¿Al conde ó á Tiny?

Lovell dejó la maleta en la estación de Waterloo, y fué en el coche á la de Victoria.

Bajó y empezó á cruzar callejuelas, hasta llegar á un local de buena apariencia, que desde luego se adivinaba que era una cervecería.

Entró en ella, donde al parecer era muy conocido, y la camarera, al servirle, le dijo:

—Hola, señor, ¿dónde ha estado usted tanto tiempo?

Pero él contestó malhumorado:

—¿Ha visto usted ya al conde?

—¿Al bajito? No ha venido, pero ha dicho que hoy le vería á usted.

—¡Maldito charlatán!—murmuró Lovell.

Parecía haber desaparecido todo su buen humor desde su fuga desastrosa ante la cólera de Elvira. ¿Tendría algún otro disgusto?

Sherlock Holmes, que había entrado en la cervecería, le vió vacilar un momento y dirigirse luego á una percha que ocupaba todo un lienzo de pared. Colgó de ella su sombrero, invirtiendo bastante tiempo en operación tan sencilla, y luego pareció tomar otra decisión, y lo descolgó.

—Si viene el conde—dijo á la camarera,—que me aguarde en el puente. No tengo tiempo de esperarle aquí.

Y dejó la taberna, mientras Sherlock Holmes seguía sentado tranquilamente. Había visto á través de los cristales la silueta del joven Harry, que se paseaba disfrazado de mozo de cuerda.

—¡Buen muchacho!—murmuró—. Hace su oficio tan bien como yo. Carece todavía de ideas propias; pero ya las tendrá cuando lleve más años de práctica.

Se dirigió hacia la percha, y en el lugar donde había colgado Lovell el sombrero, su penetrante mirada descubrió trazados con lápiz en la pared los signos:

|| 12 P. W.!!

Era una inscripción misteriosa para ojos que no fueran los del «detective». Sabía que los puntos de admiración eran una señal equivalente á: «Nos siguen». «Cuidado», signo convenido por todos los granujas de Londres.

—¿Y qué querrá decir P. W.? ¿Será Pedro? Es posible, pero no me fiaré demasiado de mis presunciones. A veces se extravía uno en una pista falsa por haber empezado mal; aguardaré aquí al conde, que me parece un caballero de cuenta.

Sherlock Holmes había mirado distraídamente la taberna, sin conocer á ninguno de los pocos consumidores que allí había, y á ninguno de los cuales había visto antes.

No se enteró de que uno de aquellos hombres le conoció perfectamente, á pesar de su disfraz.

Detrás del bar había una pequeña trastienda, pieza angosta, oscura, desde la cual se podía salir al pasillo y en seguida á la calle.

Entre el mostrador y una anaquelera llena, de botellas multicolores, una vidriera ocultaba al conde, aguardado por el «detective».

Este le volvía la espalda. El conde hizo una seña á la camarera, que se le acercó.

—¿Sabes quién es ese hombre?—le preguntó.

—No lo sé. Entró detrás de Lovell, y desde entonces anda por ahí. ¿Le conoces?

Un hombre que estaba cerca de él se inclinó á su oído y le dijo en voz baja:

—Es Sherlock Holmes.

Ella se estremeció y le miró atentamente.

—¿Qué buscará? ¿Anda alguno de vosotros comprometido en el asunto Malcolm?

—Si fuera así, no te lo diríamos. Además, no pienso dormir aquí. ¿No ha dejado **na** la Lovell para mí?

—Le he visto escribir una cosa en la pared. Ese individuo oía cuanto decíamos.

—Es preciso que salga de aquí. Le dirás... pero no le digas nada. Le voy á mandar un chiquillo.

La camarera ocupó su sitio junto al mostrador. Sherlock Holmes parecía absorto en la lectura de un periódico.

Un chiquillo harapiento entró en la taberna, fué al mostrador, y dijo á la dueña con voz de falsete:

—El conde me encarga que le diga á usted que no podrá venir.

—¿Por qué? ¿Dónde está?

—Ha ido á casa en coche y me ha dado un penique. Parecía que tenía mucha prisa. Y el chico volvió á salir.

Un minuto después, Sherlock Holmes había desaparecido, y el conde aparecía en la puerta de la sala. Saludó ligeramente á la del mostrador, y se dirigió á la percha, junto á la cual estaba escrito el mensaje. Importante debió de parecerle, porque salió al momento. Había palidecido, y sus ojos tenían expresión hosca.

La letra W. indicaba que fuera directamente á la taberna de un tal Walter. La P. inicial de «Prisa», indicaba urgencia.

La taberna de Walter era frecuentada por toda clase de artistas.

Lovell estaba en ella aguardando al conde. Mostrábase alegre y decidior. Menos lo habría estado si se hubiese enterado de que Harry le seguía sin perderle de vista. Estaba sentado el conde en un rincón con clowns y atletas, á los cuales narraba sus triunfos en toda clase de ejercicios extraordinarios. La fanfarronería era su mayor defecto. Sus colegas lo sabían y se aprovechaban de ello para burlarse de él mientras los convidaba.

—Sí, hijos—peroraba—; hoy salgo para un viaje por Francia. Voy á ganar tanto dinero, que podré viajar como un lord, en primera, y en los mejores hoteles.

Un jovencito estrecho de hombros, que parecía no poderse tener de pie, preguntó á una criada de la taberna:

—¿Quién es ese caballero elegante que tanto vino bebe?

—Un artista en trapecios volantes que trabaja con el nombre de Rey de las águilas.

—¿Y el bajito que está á su lado?

—Es un jovencito que todavía vale poco. ¿No conoce usted á ninguno de estos?

Harry, con aspecto doliente, contestó:

—No conozco á ninguno, pero quisiera entrar en el gremio. Por eso he huído del hogar paterno. Me parece difícil que me tomen, ni como aprendiz.

—Aguarde usted otra media hora ó una hora—dijo la compasiva muchacha—. Van á venir más, y alguno quizás le contrate á usted. Si acaso, ya le recomendaré.

Harry dió las gracias, y se sentó junto á la mesa donde charlaba Lovell.

—Muchachos—dijo uno de los artistas—, acabo de ver á Tiny. ¡Qué mala cara tiene!

—Mala cara Tiny—dijeron los demás á coro—. ¿Cómo será eso? ¡Un hombre tan alegre! ¿Le habrá ocurrido algo?

Lovell se callaba, mirando á la puerta de cuando en cuando. Aguardaba la llegada del conde para irse y continuar huyendo de Elvira.

Al fin entró el conde. Pero había cambiado de aspecto en poco tiempo. El día antes llevaba hermoso bigote rubio, y ahora iba completamente afeitado.

Harry meneó la cabeza. Se le acababa de ocurrir una cosa: ¿cómo había pasado Sherlock Holmes la noche junto á aquel personaje sin notar que el bigote era postizo?

—Enorme carcajada acogió al conde.

—¡Hola, muchacho!

—¡Ya has recobrado tu cara de mujer!

—¿Ya no se usa el bigote?

—¡Tiny, Tiny, poco ganas con tus invenciones!

—¡Hurra, chico, á tu salud!

Cruzábanse las voces, interrumpiéndose mutuamente.

El corazón de Harry palpitaba violentamente.

—Tiny, en inglés, quiere decir chiquito, enfermizo. Es un mote corriente.

Pero no podía caber duda á Harry: el conde y Tiny eran la misma persona.

—Dios mío—pensaba—, si pudiera avisar al señor Holmes. Aquí están todos, y no puedo agarrar á uno siquiera como él no venga.

El conde, con las facciones descompuestas á pesar de los afeites, se acercó á Lovell y sacó el reloj:

—Son las doce. A las doce me has citado. ¿Qué hay?

Lovell le dirigió una mirada significativa. No podía contarle nada delante de aquella gente.

—Siéntate y bebe—contestó—. Tiempo tenemos. Dentro de un cuarto de hora te lo contaré todo.

—No, porque yo no puedo aguardar tanto. Ven pronto conmigo. Tengo un coche á la puerta.

—Como quieras. Señores, hasta que pronto nos veamos.

Y pasó con su amigo á la habitación próxima.

Harry salió á la calle y tomó un coche. A las doce en punto había quedado con Sherlock Holmes en verse frente á un estanco, punto acostumbrado de sus citas. El coche echó á andar.

—¿Ha venido el señor Holmes?—preguntó al estancero.

—Todavía no. Señor Taxon, ¿hay que darle algún recado?

—Ya lo creó, ¡y muy urgente! Pero, gracias á Dios, ya está aquí.

Sherlock Holmes entró en el estanco.

—Muy agitado estás, Harry—dijo pidiendo tranquilamente su acostumbrada provisión de tabaco—. ¿Por casualidad has dado con el bribón que perseguimos?

—Me parece que lo he cogido. Venga usted en seguida á la cervecería de Walter, que allí están Lovell y el conde.

—¿Sí? Pues supongo que allí seguirán.

Y hablando así, fumaba en su pipa predilecta y miraba tranquilamente á su discípulo.

—¿Pero en qué está usted pensando?—le dijo éste—. Ya se habrán largado cuando lleguemos.

—¡Bah! ¿No has visto tres marineros gordes que tomaban grog en casa de Walter?

—Sí. ¿Qué gente era esa?

—Polizontes enviados por mí. Hijo mío, yo, desde anteayer, en cuanto sospeché de Elvira y Lovell, mandé vigilar esa taberna, porque me figuraba que tarde ó temprano caerían en el garlito. ¿Han ido allí? Pues no saldrán sin escolta.

Y en seguida el gran «detective», saludando al estancero, cogió del brazo á Harry y salió con él.

—Oye, muchacho: el conde y Lovell serán presos en el momento oportuno. Nada adelantaremos obrando con ligereza. Hay que cogerlos convictos, encerrándolos en la red de las pruebas. A esa red le faltan algunas mallas, y en primer lugar, algunos renglones escritos.

Harry miraba asombrado á su jefe, y murmuró:

—No lo entiendo.

—Oye, Harry, me voy ahora mismo al Hotel del Globo, donde he de tener una conversación importante con una señora. Entretanto, ocúpate tú de Lovell y del conde.

—¡El conde!—interrumpió Harry—; pero lo más extraordinario es que ayer llevaba bigote postizo y usted no lo notó.

—¿Estás seguro? Puede que llevara su bigote verdadero, y se haya afeitado.

—¿Pero no decía usted que el hombre que fué á casa de lady Malcolm, el hombre

que llevaba paja en las botas era barbilampiño?

—Así dijo el cochero.

—Pues bien, todo el mundo llama Tiny al conde.

—Coincidencia y nada más.

Entonces el discípulo miró con aire de duda la cara de su jefe.

—Mira, Harry, esto te demuestra con cuánta facilidad se equivoca uno. También yo estaba muy convencido de que el conde y el asesino Tiny eran la misma persona. Pero una observación infalible me ha demostrado lo contrario.

—¡Ah! Las manos desiguales...

—Sí. Y además la delicadeza y finura de las manos. El supuesto conde tiene dedos anchos con uñas largas y cuadradas, lo he notado al servirle. Si él fuera el asesino, habría impreso las uñas en el cuello de la víctima, y no las tendría ahora tan largas y bien cuidadas. También noté que Elvira preguntó por Tiny al conde. Este tiene, al parecer, una profesión muy inocente. Es inventor de lociones para hacer crecer el pelo y de otros artificios para herosear. No es esto decir que sea completamente ajeno al asesinato de lady Mary. Esa pobre señora ha sido víctima de toda una gavilla grosera y ávida, y á todos les cogeré antes de esta noche.

—¡Creo que se forja usted ilusiones!

—No; tengo en la mano un instrumento que es el mejor de todos.

—¿Cuál es?

—Una mujer celosa, chiquillo. No sabes tú de qué es capaz una mujer en semejante caso, pero hoy lo sabrás.

Y hablando así, se separó de Harry y se fué derechamente al Hotel del Globo.

VIII

ENTRE RENGLONES

Nada importante había ocurrido en el Hotel desde la salida de Sherlock Holmes. Por su enérgica intervención, miss Elena había secuestrado á Elvira en su cuarto, y no bía recibido visita ni carta. En cambio en

había escrito una que entregó á la camarera con orden de echarla en seguida al buzón; pero la carta, con arreglo á las instrucciones de Sherlock Holmes, fué llevada á la dirección, donde la cogió el «detective».

Empleó el mismo procedimiento que con la de lord, y vió que no contenía más que vulgares fórmulas de pésame dirigidas á Malcolm. Sin embargo, en una postdata aseguraba Elena al lord que naturalmente permanecería en Londres todo el tiempo necesario para poderle hablar.

Algo asombrado, cerró Holmes la carta, y se fué al piso interior. Disfrazado nuevamente de camarero, aguardó el campanillazo de la hermosa Elena.

A las dos, pidió que le subieran á su cuarto un almuerzo caliente. Al salir el camarero, le preguntó:

—¿No se ha presentado el barón Baillières?

—Todavía no, señora. Pero la señora del número 28 ha llamado y exige que le abran la puerta.

—Iré á verla en cuanto almuerce. Que se aguarde entre tanto. Si le da otro ataque, llamaremos al médico.

Comió tranquilamente un delicado almuerzo, servido perfectamente por el camarero. Pero precisamente cuando salía éste, se encontró con un criado que traía una carta para miss Elena.

Holmes se metió apresuradamente en su cuarto y la abrió, quedándose absorto al leerla. No tenía más que tres renglones:

«No puedo venir. Imposible salir de aquí. Sherlock Holmes nos sigue la pista y he visto á Lovell en un bar. ¡Cuidado!»

La letra era la misma que la de las cartas dirigidas á Lady Mary.

Sherlock Holmes cerró el sobre y fué á buscar al criado.

—¿Quién ha traído esta carta?

—Un mozo de cordel.

—¿Qué aspecto tenía?

—Toda la barba muy roja y el número 4.000 y pico. No me acuerdo con exactitud.

—Algo es algo—murmuró el «detective».

Fué á la dirección y telefonó á varias personas.

—Bueno—dijo al terminar—. Dentro de una hora sabremos quién es el mozo núme-

ro 4.000 y pico. Gracias á Dios, la cosa marcha. Ya iba yo temiendo no pillar á estos bribones.

Miss Elena recibió la carta de los tres renglones, de manos de Holmes. Este notó que se vestía y se preparaba para salir.

Antes entró en el cuarto de Elvira, pero sin el revólver.

—¿Te has tranquilizado ya? Ya habrás visto que intentar algo contra Lovell es lo mismo que entregarte á la justicia.

Elvira estaba sentada delante de una mesa, con la cabeza apoyada en las manos, de modo que Elena no podía observar



La letra era la misma que la de las cartas á Lady Mary.

la expresión de su cara. No contestó nada. Elena continuó con voz sorda:

—Tengo que salir. Me parece que esos jóvenes están metidos en un mal negocio. Probablemente vendrá Lovell. Sé razonable y perdónale su avaricia. No tiene la culpa de ser tan tacaño. Ya haré yo por que alcances tu parte del botín. La has ganado y la tendrás.

Y miss Elena se marchó convencida de haber subyugado á su rival.

Apenas se había marchado Elvira se levantó y llamó.

El camarero entró. Elvira le dijo con imperio:

—Tráigame de comer en seguida. Después me iré de este hotel donde pelagra el pellejo. Me quejaré. Me...

—Tranquílcese usted—contestó el camarero—. Todos opinamos como usted. Es increíble que la señorita Brewer se haya atrevido á apoderarse de la llave de usted.

Por lo pronto le traeré un buen almuerzo.

—El que tiene hambre es incapaz de conversar razonablemente—pensaba el «detective» al subir una excelente comida—. Después hablaremos un poco con miss Elvira.

Esta comió opíparamente. La emoción no le había quitado el apetito. Bebió vino puro. La garganta parecía tan blindada como la de sus compañeros.

Cuando acabó, Holmes se acercó á ella, y con gran asombro le vió echar el cerrojo á la puerta.

—¿Qué hace usted?—preguntó con viveza.

—Me las arreglo para que nadie nos moleste. Tenemos que hablar formalmente, señora. Empezaré por decirle á usted que no soy, como parece, un camarero. Mire usted esta tarjeta.

Y enseñó una tarjeta de agente. Elvira palideció y dijo con terror:

—¿Qué es eso? Es usted de la policía. ¿Qué me quiere usted?

—Cálmese usted. No necesito más que algunas noticias. Para que usted se entere de que estoy al corriente, sepa que nos consta que ha recibido usted de Lovell una diadema de perlas finas por haber robado á Lady Malcolm y por haber facilitado á su asesino la comisión del crimen.

Elvira lanzó un grito salvaje.

—¡Me han hecho traición!—exclamó reforciéndose las manos.

Se precipitó á un rincón del cuarto y cogió un objeto que estaba en el bolsillo de una falda.

Inmediatamente el «detective» se le echó encima, le agarró la muñeca y se la retorció con su puño férreo. Elvira lanzó otro grito y una pistola cayó al suelo. Holmes la cogió con la mano izquierda.

—Gracias—le dijo—, precisamente se me había olvidado el revólver. Ahora ya tengo lo que me hace falta. Para proseguir más cómodamente nuestra conversación, haremos una operacioncita.

Le puso unas esposas en las muñecas y á pesar de sus chillidos, la obligó á sentarse en una butaca, delante de la cual se instaló.

—Déjeme usted—exclamó Elvira—. No es verdad que yo haya intervenido en ese asesinato. Y lo probaré.

—No deseo otra cosa. Dígame usted entonces quién es el asesino.

—¡Nunca! Muchas cosas le habría dicho á usted si me hubiera tratado mejor. Pero me pone usted esposas, me trata como á una criminal. No diré nada.

—Como usted quiera. Creí que usted desearía que castigaran á sus enemigos Lovell y miss Elena; pero si no dice usted nada, quedarán libres y usted pagará por todos.

Elvira tembló de pies á cabeza. Siendo muy joven la habían encarcelado por una falta leve: por una «distracción» se había apoderado de una cosa que no era suya. El recuerdo de la cárcel estaba grabado en su memoria como una cosa terrible.

A pesar de todo, cavilaba sin poder discernir lo que más le convenía. Se calló, llena de furia, con los labios apretados como para que no se le escapara una palabra.

El «detective» comprendió con quién tenía que habérselas y se resolvió á declarar su verdadera personalidad.

—Usted debe haber oído que Sherlock Holmes se había encargado del asunto Malcolm. Pues bien, tengo el honor de presentárselo á usted.

—¡Sherlock Homes!

Lívida de espanto, le miró. Se veía vengida anticipadamente por el poderío extraordinario de aquel nombre. En cuanto la interrogaran hablaría.

—¿Va usted á ser más razonable?—le preguntó—. Ya sé que es usted quien le ha sacado mucho dinero á Lady Malcolm. Naturalmente, ha sido Elena Brewer la instigadora de este negocio. Al amenazarla á usted hace un momento con la justicia, más que á los demás, demuestra ella no conocer la luz ó quererla á usted engañar. Le aseguro que sólo le corresponde á usted un castigo leve, y quizá ninguno si revela usted toda la verdad. Eso depende en absoluto de la queja que dé lord Malcolm, y afirmo en su nombre que si denuncia usted á los criminales, la dejará en paz.

Elvira temblaba toda y repitió:

—Soy inocente del crimen. No he hecho más que decir á Mary, á quien conocía tiempo ha, que nos diera dinero á nosotros que lo sabíamos todo, si quería con-

tinuar disfrutando su nombre y su título...

—¿Cómo? Nadie puede quitar el título á una lady. Era la mujer legítima de lord Malcolm...

—Precisamente no lo era—gritó Elvira triunfante—. Se había casado en secreto, cuando era una chiquilla de quince años. Su marido se había marchado á Australia. No tuvo noticias de él y le creía muerto. Pero volvió y por tanto lord Malcolm ya no era el verdadero esposo de la hermosa Mary.

—¡Gran Dios!—pensó Sherlock Holmes.—Ahí está la explicación de las cartas.

Luego prosiguió en alta voz.

—Muy bien está todo eso, pero nada tiene que ver con el crimen. ¿Las cartas que el primer marido le escribía fueron sin duda el medio de oprimir á la desgraciada?

—Al lord, Mary le había hecho creer que aquellas cartas eran de un antiguo adorador, pero nada había dicho de su primer marido, porque tenía miedo de perder al lord. Le amaba y además, prefería seguir siendo lady Malcolm á unirse de nuevo con un mísero atleta.

—¿Y ese marido está aquí?

—No sé, nunca le he visto. Las cartas que yo llevaba á Mary, me las daba Lovell, que nunca me ha contado nada más.

—¿Y quién ha cometido el crimen? ¿El marido?

Elvira apretó los labios y calló.

Holmes sacó el reloj y dijo con indiferencia:

—Tengo que salir. Me aguardará usted, naturalmente, en otro cuarto. En cuanto vuelva, si no se decide usted á decir la verdad, está perdida. Piénselo usted, que yo voy al palacio Malcolm.

Llevó á Elvira, que ya no podía defenderse, al cuarto número 29 y colocó un agente delante de la puerta, el cual para mayor seguridad cerró con cerrojo.

—Si Elena Brewer vuelve, le dice usted que miss Elvira ha salido. ¡Que bajo ningún pretexto reciba carta ni visita!

En vez de ir directamente al palacio Malcolm, Sherlock Holmes pasó por la cervecería Walter.

Estaba vacía. Lovell y sus acólitos se habían marchado. Holmes sabía que á las

cinco tendría en su casa informes de cuánto hubieran hecho.

Hizo otra parada para entrar en una comisaría de policía, á la cual había telefonado antes.

El mozo número 4.268 aguardaba con ansia lo que quisieran preguntarle.

—Bueno—le dijo Holmes—. En un momento despachamos. Dígame únicamente quién le ha dado una carta para miss Elena Brewer, que ha llevado usted al Hotel del Globo.

—Un hombre bajo y barbilampiño. Estaba en la cama y me ha dado la carta á la mano. Vive en Regent Street, en un gran caserón de dos puertas...

—Ya sé. En un cuarto amueblado, segundo piso, izquierda, ¿verdad?

—Sí—dijo el mozo estupefacto.

—Bueno; pues está usted despachado. Tome usted un buen habano para que se le quite el miedo.

El «detective» se restregó las manos, y dijo al comisario:

—Valiente imbécil está el barón de Ballières. ¡Haber ido á vivir en ese cuarto, donde ya se ha pillado á más de un tuno! No aguardará mucho el noble barón.

Algunos agentes provistos de los documentos necesarios, fueron al domicilio indicado.

—La cosa está hecha—pensaba Sherlock Holmes—. La pobre Mary ha sido víctima de una maquinación infernal.

Al cuarto de hora, subía el «detective» la escalera del palacio Malcolm.

Encontró á lord Enrique pálido y abatido en su despacho, por el cual se paseaba sin cesar.

Betsy le dijo á Holmes que desde la víspera el amo no dejaba de andar de aquel modo, que no había dormido un momento y que hablaba solo en voz baja, lo cual nunca había hecho hasta entonces.

—Temo—dijo la criada—que el señor se vuelva loco.

—No hay que temer nada. Le he de comunicar noticias que le sentarán bien. Anúncieme usted.

Lleno de impaciencia, el lord le miró con ojos hundidos.

—¿Le ha encontrado usted?—preguntó con voz sorda.

—Creo que lo cogemos hoy.

La cara del lord se iluminó por completo. Entre tanto, Sherlock Holmes procuraba librarse de las caricias de un perrito, acurrucado hasta entonces en una butaca. Era el «terrier» de lady Mary, al cual se había olvidado todo un día después de la noche terrible y que sus lastimeros quejidos habían hecho encontrar en el salón verde.

Al ver al perro, brillaron los ojos de Sherlock Holmes.

—¿Han dejado ustedes á Dick buscar por la casa? ¿No ha descubierto nada?

—No me he ocupado del perro—respondió el lord—. Ha querido estar aquí y le he dejado. Todo el día ha llorado por su ama.

—Permítame usted dar una vuelta por la casa con él. Tardaremos poco.

—Pero deme usted antes noticias, señor Holmes.

—No tengo más noticias que las siguientes: Hemos cogido á los que le sacaron el dinero á lady Mary, pero al asesino todavía no.

Sherlock Holmes salió, llevándose al perrito.

IX

LAS ÚLTIMAS MALLAS DE LA RED

—Busca, perrito, busca—le dijo al animal, que le miraba con ojos inteligentes—. ¿Dónde está Pedro? Busca á Pedro.

El perro empezó á aullar y á ladrar. Había entendido. Betsy bajaba la escalera en aquel momento.

—¿Quería el perro á Pedro?—preguntó el «detective».

—Sí—dijo la criada—. Pedro hacía más caso al perro que á la señora. ¿Creerá usted que el perro ha estado largas horas ladrando delante de la puerta de Pedro, hasta que el señor le ha llevado á su cuarto?

—¿Dónde estaba Dick el día del crimen?

—Le llevaban todas las noches al salón verde, que comunica con una terraza. El

pobre no ha visto nada. Además es probable que nadie pasara por allí.

Sherlock Holmes siguió excitando al perro

Este subió hasta el cuarto del criado. Sherlock Holmes abrió la puerta, Dick dió dos ó tres vueltas alrededor de la habitación y salió. Luego se paró obstinadamente delante de la puerta de los desvanes.

—Dick—dijo Holmes—, ya hemos registrado esto, y Pedro no está aquí. Yo mismo le busqué por temor de que se hubiera ahorcado.

Dick seguía ladrando y Holmes mandó traer la llave y abrió.

El perro saltó á una escalera de mano que iba á parar debajo del tejado. El «detective», sin vacilar, le cogió en brazos y subió. Cuando llegó al desván y levantó el tragaluz, vió un espectáculo espantoso. Pedro estaba echado allí, muerto y bañado en sangre.

Con voz estentórea llamó Holmes á los criados. Mientras acudían, se subió á la estrecha plataforma del tejado para buscar algún rastro. Al principio no encontró más que algunas de aquellas pajas de avena que tanto le habían servido cuando empezó sus pesquisas.

Los criados llegaban llenos de espanto. Holmes les ayudó á bajar por la escalera el cuerpo exánime.

El perro aullaba, y los criados acogieron con gritos de terror el fúnebre hallazgo.

Lord Malcolm llegó al vestíbulo y quedó estupefacto ante la segunda víctima.

—¿Está muerto?—preguntó.

—Probablemente. Por si acaso, llame usted al médico. Yo tengo que hacer otra cosa... poner á buen recaudo al asesino.

Se lanzó fuera y se metió en un coche que le llevó á la casa de Regent Street. Llevaba en la mano una cosa pequeña, que la había arrancado, sin que nadie lo notara, de los dedos rígidos de Pedro. No era más que un botón, pero un botón de color poco común, verde y amarillo, como los hay en ciertas blusas.

Todas las fibras de su cuerpo estaban en tensión, cuando entró en la casa con dos puertas donde había buscado asilo el barón Ballières.

Allí estaba preso ya. Había querido huir, pero los agentes se lo habían impedido.

Sin decir palabra, Holmes se le acercó, miró el traje que llevaba y luego mandó á un agente abrir un baúl colocado en una silla.

Lo registró y sacó una blusa de la cual faltaba un botón.

—¡Qué imprudente ha sido usted!—le dijo sarcásticamente—. Lo primero que debió usted hacer era recoger ese botón, aunque no le hubiera servido de nada, pues pronto habría yo conocido que estaba recosido. Pero me ha facilitado usted el trabajo.

—¿Qué quiere usted decir?—exclamó el hombre.

Estaba pálido y le temblaban las piernas. No llevaba ni peluca ni afeitados. Era un hombre imberbe y bajito.

Sherlock Holmes nada contestó. Había sacado un par de esposas y mientras se las ponía al individuo, comparaba sus dos manos de dedos puntiagudos.

—Eso es, ya lo esperaba—murmuró—. La derecha es más recia que la izquierda. ¿Cuál es tu profesión? ¿Eres artista?

—Sí—balbuceó Ballières—, hago ejercicios de fuerza con las manos...

—Y consideras tal vez un ejercicio de fuerza el asesinato de lady Mary y su criado—exclamó Sherlock Holmes con voz tonante—. Vaya, llevadle al coche.

Algunas horas después, en el vestíbulo del palacio Malcolm se celebró una reunión á la cual asistían lord Malcolm, Sherlock Holmes, Harry Taxon y el asesino.

Pedro no estaba muerto. Ya había recordado el conocimiento. Había perdido mucha sangre, había pasado tres días abandonado y desmayado entre las tejas; su vuelta á la vida era un verdadero milagro, pero sólo vivió poco tiempo, pues la larga permanencia en el tejado, sin asistencia alguna, era bastante para causarle la muerte.

De todos modos, Sherlock Holmes había podido cambiar algunas palabras con él, y aquellas palabras habían sido las últimas mallas de la red que estaba tejiendo desde el principio.

El supuesto barón de Ballières, pálido como un difunto, y que apenas se podía

tener, estaba sentado en una silla, cerca de Holmes.

—Milord—dijo éste dirigiendo al viudo su mirada—, he de recordar á usted brevemente los sucesos de aquella noche y los de la última época y demostrarle qué infernal maquinación ha causado la muerte de lady Malcolm.

—Luego me lo dirá usted cuando estemos solos—contestó el lord con voz ahogada—. ¿Tiene usted la prueba de que ese hombre es el asesino?

—Le contaré á usted el drama. El matador no mentirá. Empezaré por afirmar que se había constituido una especie de sociedad secreta para explotar á la anti-gua compañera Mary Tamani. La gavi-lla no pensaba en asesinarla, ni siquiera el miserable que está ahí.

Ballières bajó la cabeza. Su cara imberbe sudaba de miedo bajo su palidez lívida y cadavérica.

—Mary Tamani, convertida en lady Malcolm, era muy rica. Miss Elvira, una de sus ex compañeras, la hacía incesantes peticiones de dinero, casi siempre bien acogidas por la harto generosa lady. Elvira es muy charlatana y poco inteligente. Gracias á ella, otros participaban de las larguezas. Entre ellos figuraban un tal Lovell y el supuesto conde, que es un antiguo adorador de Elena Brewer.

Lord Enrique se estremeció al oír tal nombre. Sherlock Holmes pareció no notarlo y prosiguió:

—Elena Brewer perseguía por varias razones á lady Mary Malcolm con un odio feroz. Tenía en su poder ciertas cartas que la lady podía creer escritas por... un hombre que representó un papel importante en su existencia. Pero el autor de esas cartas es el hombre que tiene usted delante. El barón Ballières posee una especialidad que le ha llevado ya antes á presidio. Es el mejor falsificador de toda Inglaterra. Vea usted, lord Malcolm, estos tres renglones que ha escrito hoy á miss Elvira. ¿Conoce usted este autógrafo?

—¡Dios mío!—exclamó el lord—. ¿Cómo sabe usted? ¿qué significa?

—Ya lo sabrá usted más adelante. Pro-sigo. Como la cuadrilla esa necesitaba di-

nero, envió á Elvira para que sacara á lady Mary una respetable cantidad, con el pretexto de que el hombre de quien he hablado, y que ha muerto, necesitaba dinero. Anteanoche vino Elvira y se llevó el dinero. Pero la misma noche la siguió el hombre que está aquí, anunciándose también para hablarla de lo mismo. Lady Malcolm había despedido á los criados porque no quería que entraran en relaciones con los ex compañeros de la señora. Únicamente Pedro estaba en casa, y cuando se marchó Elvira, le dijo que vendría otra visita. A las once vino Ballières en coche, Pedro le abrió la puerta y lady Mary le recibió sin sospechar que era el autor de las cartas que tanto la habían perjudicado. Sirvió una cena á su huésped, que comió y bebió. Ella no tomó nada. Se levantó él y entonces cayó de la suela de su bota la paja de avena que le ha hecho traición. Ambos entraron en la habitación de lady Mary. Allí le dijo Ballières que no quería dinero. Le declaró que su hermosura, admirada desde lejos tantas veces, le había vuelto loco; que la deseaba... Lady Malcolm, llena de terror y angustia, le señaló la puerta; no quiso él marcharse. Ella me pidió auxilio entonces por teléfono. El insolente la agarró, y quizá habría llevado á cabo su deseo criminal, pero lady Mary se defendió desesperadamente y trató de librarse huyendo. Lady Mary pidió socorro, él la cogió por la garganta y la ahogó.

Profundo silencio reinó después del corto relato, cortado únicamente por un largo suspiro del lord.

Sherlock Holmes prosiguió firmemente:

—Pedro, aunque por desgracia demasiado tarde, oyó los gritos de socorro de su ama. Cuando penetró en el gabinete, el asesino huía á ciegas por la casa. Subió la escalera sin saber á dónde iba. Pedro le siguió, y en el tejado, entre la penumbra débilmente iluminada por la luz de la calle, cogió al asesino. Este, que tenía un puñal en la mano, le hirió y Pedro cayó sin dar un grito, pero arrancando un botón del traje de su agresor. Este le creyó muerto; bajó la escalera y salió á la calle por la puerta principal. Nadie le había visto.

—¡Dios mío, Dios mío!—gimió el lord—.

¿Y quién ha delatado á este maldito?

—Nadie más que las huellas de sus dedos y las pajas de avena que dejó en el suelo. Ahora, que se lleven á ese miserable, que no ensucie más con su presencia la casa donde reposa aún su inocente víctima.

Llevado por dos agentes, desapareció el asesino.

Sherlock Holmes se volvió hacia el desventurado marido.

—Algo más tengo que decirle relativo á usted y á la amada muerta. Yo sé (y no me pregunte usted cómo) que sospechaba usted de la fidelidad de la esposa más pura y más noble...

—Desgraciadamente—gimió lord Enrique—no eran sospechas. Tengo pruebas, y cuando la eché en cara su culpa, la negó.

—Hizo bien en negar—contestó Sherlock Holmes con la mayor gravedad.

—¿Cómo? ¿Y las cartas que me han enseñado?

—Esas cartas, como ya he dicho, eran falsas, menos dos. Y esas dos, escritas muchos años antes, eran del primer marido de lady Mary.

—Imposible. Mary me había anunciado su muerte y enseñado periódicos que decían que había naufragado el buque que le llevaba á Australia.

—Y obraba de buena fe. Surgió un día un plan infernal en el cerebro de Lovell y de sus infames acólitos. Le hicieron creer que su marido vivía, que había vuelto y que reclamaría á su mujer si ésta no soltaba todo el dinero que le pidieran. To-

das las cartas que parecían de su marido, muerto en realidad, las escribía Ballières.

—¡Y yo me creí engañado! He padecido males sin cuento, y me he echado en brazos de esa intrigante que participaba de su obra infernal.

—Hacía algo más que participar. Me parece que había formado un proyecto para cuyo buen éxito había prometido una gran recompensa. Mary tenía que desaparecer para que ocupara ella su lugar.

—¡Ah, qué infame! ¡Me las ha de pagar!

—Al contrario; nadie la molestará porque no hay pruebas contra ella. Ya he cumplido mi misión. El crimen se ha descubierto. La memoria de lady Mary permanecerá intacta. Nada me queda que hacer aquí. Que usted lo pase bien.

Lord Malcolm le cogió con fuerza la mano. Quiso hablar, pero no salía una palabra de su garganta y la angustia espantosa de su alma estalló en copioso llanto.

Se echó sobre el pecho de Holmes y empezó á sollozar como un niño.

—¿Cómo podré pagarle lo que ha hecho?—decía—. Me ha devuelto usted lo más precioso que he poseído: la fe inquebrantable en mi querida Mary, á quien tanto amor tenía.

Conmovido hondamente, Holmes le estrechó la mano, diciéndole:

—Mi recompensa es lo que acaba usted de decir. No quiero otra.

Dió media vuelta, se llevó á Harry y abandonó la casa.

Desde aquel día, Sherlock Holmes no tuvo mejor amigo que lord Malcolm, que vivía del recuerdo de su idolatrada esposa.

LA HIJA DEL USURERO

1

UN PROCESO RUIDOSO

—No llore usted, testigo. Tranquilícese y conteste á mi pregunta: ¿Es usted míster Arabella, esposa de míster Phineas Aberdeen?

—Soy su segunda mujer—respondió contentiendo trabajosamente sus lágrimas la linda y esbelta dama á quien el juez interrogaba—. Míster Phineas Aberdeen se casó conmigo el 7 de Octubre de 1890. La boda se celebró en Londres, en París-Church.

—Hace, pues, dos años que es usted esposa de míster Aberdeen—dijo el juez hojeando un legajo de papeles que tenía delante—. ¡Muy bien! ¿Es usted, por consiguiente, madrastra de miss Elisabeth, cuya desaparición nos ocupa?

—Sí, su madrastra—replicó la testigo—. Pero jamás ha existido una cordialidad de relaciones tan grande entre madrastra é hijastra, como la que había entre ella y yo.

—Lo sabemos, mistres Arabella, y eso es lo que resulta de las declaraciones de los criados. También hemos sabido que miss Elisabeth experimentó hacia usted profundo cariño y que usted reemplazó para con ella á la madre que había perdido. Ahora, tenga usted la bondad de comunicarnos todos los detalles que conozca de la jornada del 7 de Mayo, día en que por última vez ha sido vista miss Elisabeth en su casa, por su padre, y en Londres. Desde entonces no hay la menor noticia de ella, y la acusación supone que lord Rochester, que la perseguía en vano desde mucho tiempo antes, es el autor del rapto.

Al pronunciar el juez estas palabras, las miradas de los centenares de espectadores que había en la sala de audiencia se volvieron hacia un joven alto, esbello, vestido con exquisita elegancia. Pálido y nervioso, estaba sentado, muy abatido en el banquillo de los acusados. El público que presenciaba aquella vista no era el público habitual de las sesiones de audiencia criminal. Nunca había acudido allí auditorio tan distinguido.

Diseminados por la sala, varios Pares de Inglaterra y otros representantes de la nobleza acompañados de sus esposas, seguían atentamente los debates. Se veían también no pocos miembros de la burguesía acomodada que habían logrado entrada para la vista.

Dos razones principales excitaban á todo Londres á seguir este proceso con apasionado interés: la personalidad de lord Rochester, y la reputación del hombre víctima de tan extraordinario proceso. Míster Phineas Aberdeen era, en efecto, un archimillonario que, habiendo nacido en modestísima esfera, había llegado rápidamente al máximum de la fortuna. Ciertamente que su modo de proceder no escapaba á la censura. Tenía reputación de usurero, ó por lo menos de hombre acaudalado que prestaba á interés enormes cantidades de importancia á los jóvenes aristócratas. Había adquirido así una fortuna inmensa, pero también había atraído sobre su cabeza incontables maldiciones. Su camino estaba sembrado de víctimas, y la dureza que empleaba para reembolsarse los pagarés vencidos había impulsado al suicidio á no pocos de sus deudores.

El ser á quien más quería en el mundo

y por el cual experimentaba un cariño ciego, era su hija Elisabeth, fruto de su primera mujer, que murió á poco del nacimiento de la niña.

Phineas Aberdeen permaneció viudo durante quince años. Aquel hombre, frío é inaccesible á la piedad, sentía que su corazón se inundaba de amor y de ternura siempre que contemplaba á su hija. La consagraba todos sus ocios y huía del tumulto mundano, que le recordaba todas sus malas acciones, para refugiarse en el cuartito de la niña Elisabeth, como si quisiera sumergirse en él y despojarse de todo cuanto tenía su ser de bajo, de obscuro y de malvado.

Cuando miss Elisabeth cumplió los quince años y empezó á convertirse en una muchacha encantadora, Phineas Aberdeen se casó en segundas nupcias, con gran asombro de sus parientes y amigos.

Su médico le recomendó un viaje á Suiza para calmar sus excitados nervios, y al regreso volvió ya acompañado de su mujer. Ella era inglesa también y tenía treinta años menos que él, pues acababa de cumplir veinticinco, y mister Aberdeen pasaba de los cincuenta y cinco.

El matrimonio fué dichoso. Mistres Arabella aparentaba ignorar el lado desagradable del carácter de su marido. Admiraba en él al hombre de negocios que sin ayuda de nadie había sabido adquirir una millonada. La ternura que manifestaba á la hijastra la había granjeado las simpatías de cuantos visitaban la casa.

Habían pasado dos años desde el día de la boda, cuando el 7 de Mayo de 1892 miss Elisabeth salió un día de la casa paterna á las cuatro de la tarde para ir á ver al dentista. Había convenido con mistres Arabella, que tenía que hacer algunas compras, en que se reunirían en la sala de espera de casa del dentista. A las cinco en punto estaba ésta última en el lugar de la cita, y se enteraba de que Elisabeth no había aparecido aún por allí. Inquieta por la tardanza telefonó á su casa y supo con estupefacción que la muchacha no estaba en ella tampoco. Esperó una hora más, volvió á su domicilio y después de haber aguardado inútilmente hasta las ocho el regreso de Elisabeth,

envió emisarios en todas direcciones para saber si la muchacha había modificado su itinerario ó estaba en casa de alguna amiga. Las respuestas fueron uniformemente descorazonadoras. En ninguna parte habían visto á Elisabeth; nadie sabía nada de ella.

Míster Phineas Aberdeen se vió obligado á recurrir á la policía, y ésta, con la filiación exacta de la joven, telefonó á todas las comisarías auxiliares la desaparición y puso á todos sus agentes en movimiento. El desconsolado padre pasó una noche espantosa. Creyó que se volvía loco al ver que pasaban las horas y que su hija no parecía.

A la mañana siguiente se reanudaron las investigaciones, y Phineas Aberdeen presentó una denuncia contra lord Rochester, á quien acusaba de haber raptado á su hija.

¿Por qué razón atribuía al joven lord un crimen tan monstruoso?

Hubo que reconocer, después de oír á los testigos, que las sospechas no carecían de fundamento.

Lord William Rochester, joven seductor, pero disipado, había recurrido varias veces á míster Aberdeen para salvar apuros pasajeros y había recibido de éste las cantidades solicitadas contra pagarés en que aparecían éstas aumentadas por los enormes intereses. Lord Rochester había tenido ocasión de ir á casa de míster Aberdeen, había conocido á su hija Elisabeth y se confesaba á sí mismo que sentía hacia ella cierta inclinación.

Elisabeth se había quejado á su padre de las asiduidades del joven aristócrata, que no contento con asediarla en su casa, le había perseguido en la calle, proponiéndola sin escrúpulos que se fuera con él.

Al saberlo Phineas Aberdeen tuvo un arrebato de cólera y prohibió á William que volviera á su casa, rompiendo con él toda relación.

Varios testimonios demostraban que el lord había sido visto el día del rapto en los alrededores de la casa. Un panadero de la vecindad le vió en un coche cerrado que había estado detenido más de media hora en las inmediaciones de Canuon-Street y

de King-William-Street, y que había desaparecido repentinamente á las siete.

Pero todo esto era insignificante en comparación con el descubrimiento realizado en un registro que se practicó en su casa por la policía, registro que él no pudo impedir. Al realizarlo se encontró en el tubo de la chimenea del dormitorio un paquete formado por diversas prendas que llevaba puestas la hija de Aberdeen el día de su desaparición.

Media hora más tarde fué detenido lord Rochester. La acusación contra él era terminante; siguió el proceso su curso, y al comenzar este relato, el acusado, cuya culpabilidad no ofrece duda alguna para sus mismos amigos, espera su sentencia.

El presidente de la Sala se dirigió á mistres Arabella, cuyo testimonio, el último que quedaba por recoger, estaba descontado de antemano por el fiscal.

—Mistress Arabella Aberdeen, ¿ha visto usted varias veces al acusado en casa de su marido de usted?

—Sí, varias veces.

—¿Le ha visto usted cuando hablaba él con miss Elisabeth?

—Siempre que la hablaba estaba yo presente.

—¿En qué consiste que hayan podido tratarse ambos? El solo visitaba á su esposo de usted para sus negocios, y como se ve por el plano de la casa, las oficinas están en el primer piso y las habitaciones particulares en los otros dos.

—Es cierto, señor presidente; pero á los clientes distinguidos se les recibía en uno de los salones de la casa, y no vimos inconveniente en presentar al lord á nuestra hija. Esto no era más que una muestra de consideración.

—¿Y él no ha traspasado nunca los límites de una visita de cumplido?

—Las primeras veces, no. Luego Elisabeth se quejó á su padre y á mí misma de que, aprovechando las ocasiones propicias, lord Rochester se había conducido de un modo inconveniente.

—Aunque le resulte á usted penoso, ¿quiere usted decirnos qué entiende por «un modo inconveniente»? Miss Elisabeth ha debido decirselo á usted con toda claridad.

—Sí, me lo dijo. Me contó que él la había cogido de las manos y había tratado de darle un beso, pero ella lo había impedido defendiéndose enérgicamente.

—Acusado, ¿es cierto lo que acaba de manifestar mistress Aberdeen?

—Es cierto.

Esta contestación produjo grandes rumores en la sala. Era una prueba más que añadir á las muchas acumuladas ya contra el acusado.

Mistres Aberdeen continuó:

—Elisabeth me dijo también que el lord, durante un paseo por Hyde-Park, se había acercado á ella y le había acompañado hasta casa, suplicándola que correspondiera á su amor y proponiéndola que se escapara con él.

—Tampoco eso lo niega el acusado, según consta en el sumario. Es extraño que lord Rochester no proteste de ello, y sin embargo niegue terminantemente la certeza de la acusación. Ahora, testigo—dijo el presidente dirigiendo una mirada hacia unas ropas de mujer que había sobre una mesita próxima—, tenga usted la bondad de reconocer esas piezas de convicción.

Para nadie pasó inadvertida la profunda mirada de odio que en aquel momento dirigió mistres Arabella al acusado. Acercóse á las ropas, y prorrumpiendo en llanto exclamó:

—Dios es testigo de que todo cuanto veo aquí ha pertenecido á mi pobre hija desaparecida.

Luego, la afligida mujer se tambaleó, y el abogado representante de Phineas Aberdeen tuvo que acudir para sostenerla y recogerla en brazos cuando se desplomaba al suelo.

—¡Un vaso de agua!—gritó á un ujier.

La sentó suavemente en un sillón y la dió de beber él mismo.

—En nombre de míster Phineas Aberdeen, mi cliente—dijo el abogado, que era uno de los más ilustres de Londres—, quisiera dirigir algunas preguntas al acusado. Para ello solicito la venia del tribunal.

—El tribunal accede, míster Polter—respondió el presidente.

—Lord Rochester—interpeló el letrado, —en nombre de un padre afligido, anonada-

do desde hace cuatro semanas por la enfermedad y la pena que le causa la desaparición de su hija, conjuro á usted á que devuelva la libertad á esa señorita. Díganos usted el sitio en que la tiene secuestrada, y míster Aberdeen se compromete á retirar en lo posible la acusación presentada contra usted. El tribunal también será indulgente y menos severo que si el crimen permanece realizado. Se trata aquí, miñord, de la felicidad de toda una familia, destruída por usted: se trata de una existencia. Todo lo que ha pasado se puede reparar: rompa usted el enigmático silencio que opone á todas las pruebas que le acusan. No le pedimos ninguna confesión penosa, ninguna humillación. Comprendemos que, tal vez seducido por los encantos de miss Elisabeth, se haya usted dejado arrastrar á una acción que reprueban de consuno la ley y la moral: también nosotros tenemos sentimientos humanos y no somos ni hipócritas ni sectarios; pero devuelva usted su hija á un padre desconsolado y la paz á toda la familia.

Calurosos aplausos acogieron las vibrantes frases de míster Polter.

La respuesta que dió con voz tranquila y reposada el lord, fué una desilusión para el auditorio.

—Debo decir que no puedo confesar lo que no he cometido, y que me es imposible indicar el sitio en que se encuentra miss Aberdeen, puesto que lo ignoro. Si se ha cometido un crimen, no es la víctima la familia únicamente; también lo soy yo, que me veo en este banquillo infamante como si fuera el último de los criminales.

El presidente invitó al Jurado á que se retirara para deliberar. Habían terminado la prueba testifical y los informes de los abogados, y el acusado acababa de prestar su última declaración. Encendiéronse las luces de la Sala y salieron los jueces populares. Estos se pusieron de acuerdo rápidamente, y poco después los «doce ciudadanos honrados y leales» entraron de nuevo en la Sala.

El público se puso en pie. Es costumbre que el veredicto del Jurado se oiga de pie.

—¿Está de acuerdo el Jurado para dar veredicto?—preguntó en alta voz el presidente.

—Sí—contestó el que presidía el tribunal popular.

—Pregunto, pues. ¿Lord William Rochester es culpable de haber raptado con violencia á Elisabeth Aberdeen de la casa paterna? ¿Es culpable de tenerla oculta, muerta ó viva, en un sitio cualquiera?

El presidente del Jurado, en medio de un silencio solemne, contestó:

—Lord William Rochester es culpable.

—¡Detenéos!—gritó entonces una voz fuerte y sonora—. Ese hombre es inocente, respondo de ello.

Estas palabras produjeron en la Sala una tempestad como no se había visto nunca en la Audiencia de lo criminal de Londres. El público intentó asaltar el estrado. Los jueces, los abogados, los Jurados todos miraban estupefactos á aquel hombre alto, esbelto, vestido con sobria elegancia que acababa de aparecer al pie de la barra y que exclamaba de nuevo con voz estridente entre el general tumulto:

—¡Lord Rochester es inocente! ¡Lo demostraré en un plazo de tres días!

En medio del caos de gritos y clamores que llenaba la Sala, se oía un nombre, un solo nombre pronunciado por centenares de labios: unos con admiración y entusiasmo, otros con desaprobación. Este nombre era el de un hombre tan célebre en Inglaterra como el mismo rey: Sherlock Holmes.

Instalado tranquilamente en un ángulo de la Sala, había seguido la vista del proceso desde su primera fase con el mayor interés. Para que no le importunaran se había disfrazado poniéndose una barba postiza rubia. Su ropa, su sombrero algo usados, le daban aspecto de un hombre dedicado á una ocupación mal retribuída.

Se acercó al tribunal y dijo:

—Señor presidente: ruego á usted que me conceda una entrevista; cinco minutos nada más. Prometo que el proceso tomará otro giro.

—Comprenda usted, míster Sherlock Holmes, que el Jurado ha pronunciado ya su veredicto y, por tanto, se ha dictado sentencia. No podemos atropellar la ley.

—No es preciso, excelentísimo señor. La ley inglesa estipula que el juez ó cualquier otro tribunal puede estar conforme en la

inocencia ó la culpabilidad de un acusado, pero que el juicio permanece sin valor en tanto que no se dicta sentencia.

El presidente abrió un ejemplar del Código que tenía sobre la mesa y lo hojeó. Luego anunció con un ademán que iba á hablar. Se puso en pie, dió tres golpes con el martillo sobre la mesa y dijo:

—¡Se suspende la vista durante un cuarto de hora! Míster Sherlock Holmes, tenga



— Detenéos... Ese hombre es inocente: respondo de ello.

usted la bondad de pasar conmigo á mi despacho.

Mientras ambos se retiraban, el abogado de lord Rochester se acercó á su defendido y le preguntó:

—¿Por qué no me ha dicho usted que Sherlock Holmes se ocupaba de su asunto? Me hubiera puesto al habla con él y entre los dos...

—Aseguro á usted, míster Sullivan, que no me he dirigido á míster Sherlock Holmes ni he tratado de llamar su atención hacia mi proceso. Tenía la convicción de que quedaría demostrada mi inocencia.

—Entonces, Sherlock Holmes se ha interesado espontáneamente por usted. Algo muy extraño debe de haberle impulsado á ello, y le felicito á usted porque tal suceda y por tenerle como aliado.

El lord se encogió de hombros y dijo tranquilamente:

—Tengo por aliada á la inocencia, que es mucho mejor.

—No siempre, querido amigo; la inocencia se parece á menudo al sol, que algunas veces no consigue atravesar las nubes: pero Sherlock Holmes es como el rayo, que las desgarras.

Diez minutos después reapareció el presidente y detrás de él Sherlock Holmes, en cuyos labios vagaba una sonrisa. El presidente impuso silencio y dijo:

—En virtud de las atribuciones que la ley me confiere, aplazo por tres días la sentencia. Dentro de setenta y dos horas se reunirá de nuevo el tribunal en esta Sala para resolver en definitiva el proceso de lord Rochester. Hasta entonces queda en libertad el acusado bajo fianza de diez mil libras esterlinas, que se acaba de consignar, y bajo su palabra de honor de no salir de Londres. Milord, ¿promete usted solemnemente presentarse de nuevo á sus jueces dentro de setenta y dos horas? Salga usted del banquillo y acérquese.

El lord se levantó lentamente y cuando estuvo cerca del tribunal, dijo:

—Doy mi palabra de honor de que compareceré ante mis jueces en el plazo de setenta y dos horas para oír mi sentencia.

—La audiencia ha terminado—dijo el presidente—. Desalojad la Sala. Milord, puede usted retirarse.

No es posible describir el asombro del blico ante el giro que tomaba el proceso. Jamás había ocurrido nada semejante en la historia de los tribunales ingleses. ¿Qué podría haber dicho Sherlock Holmes al juez, y qué prueba de la inocencia de lord Rochester podía haber aportado?

La Sala se desocupó rápidamente entre los murmullos y los rumores de la multitud, que se prolongaron por las galerías y hasta por la calle. La sobreexcitación de Londres entero estalló más violentamente dos horas después, cuando los vendedores de periódicos recorrían las calles pregonando las ediciones del «Times», del «Daily Mails», de la «Pall Mall Gazette» y de otros periódicos, con la nueva hazaña de Sherlock Holmes y la suspensión del juicio de lord Rochester.

II

EL HOMBRE NEGRO

Un cuarto de hora más tarde, Sherlock Holmes y lord William Rochester montaban en un cab y se dirigían al domicilio de este último, situado en el West-End, el barrio más elegante de Londres.

El aristócrata estrechó efusivamente las manos del «detective» y exclamó con entusiasmo:

—A usted debo no haber sido juzgado á estas horas. Tengo un plazo de tres días para demostrar mi inocencia, pero desconfío de lograrlo. Por lo menos, esté usted seguro de que le quedaré eternamente reconocido.

El «detective» se contentó con responder con una inclinación de cabeza. Su mirada se posó en el rostro del lord.

—Ahora que estamos solos, lord Rochester, contésteme usted sí ó no. ¿Es usted inocente ó culpable? La confesión de usted caerá en mí como en una tumba.

—Soy inocente; lo juro. Yo no he raptado á miss Aberdeen.

—¿Ni sabe usted lo que ha sido de ella?

—Lo ignoro. Soy extraño en absoluto á todo eso.

Sherlock Holmes, á su vez, estrechó las manos del aristócrata y le dijo con voz afectuosa:

—Le creo á usted. Además, sabía anticipadamente que me iba usted á contestar como lo ha hecho. Usted es inocente.

—¿Tan persuadido está usted de que lo soy?

—¿Usted cree que si no lo estuviera me hubiese puesto de su parte arriesgando mi reputación y prometiendo demostrar la inculpabilidad de usted en tres días? Lo repito: usted no ha podido cometer ese crimen.

—Suplico á usted que me diga en qué funda su convicción. ¿Quién le ha facilitado á usted la prueba?

—El deshollinador—dijo Sherlock Holmes tranquilamente.

—¡Cómo! ¿El deshollinador? Perdóne usted, míster Sherlock Holmes; lo que me sucede me ha perturbado de tal modo, que temo perder la razón. No acierto á comprender lo que acaba usted de decirme. Afirma usted que el deshollinador le ha facilitado á usted la prueba de mi inocencia. ¿He oído bien?

—Perfectamente. El deshollinador que subió al tejado de su casa de usted el 7 de Mayo para limpiar las chimeneas.

—Me habla usted en enigma.

—Al contrario; creo que me explico claramente. Le he indicado á usted con exactitud el hombre que me ha hecho creer en su inocencia de usted, y estoy persuadido de que se ha tratado de dirigir hacia usted todas las sospechas con mala intención. Por desgracia, yo estaba fuera de Londres cuando se perpetró el crimen; estaba en América, adonde había ido para aclarar un asunto misteriosísimo. Regresé á Londres hace tres días y leí en los periódicos que iba usted á comparecer ante los tribunales acusado del rapto y desaparición de miss Elisabeth Aberdeen. Los detalles que publicaba la prensa me interesaron hasta el punto de impulsarme á intervenir en el asunto.

—¿Cómo así, si nadie se lo había encargado á usted?

—Es uno de esos asuntos predilectos para mí y en los cuales me ocupo por «dilettantismo». Voy á referir á usted lo que he hecho en él hasta ahora. Observé que, según los periódicos, la más elocuente de las pruebas presentadas contra usted era el descubrimiento de las ropas de la joven en la chimenea de su dormitorio de usted. Fui á su casa inmediatamente para informarme «de visu». La casa es muy elegante. Sólo viven en ella cuatro familias: en el entresuelo, miss Somersett, la popular actriz; en el primero, el agente de Bolsa Abel; un alemán inmigrado en el segundo, el comandante Humphry con su familia, y en el tercero, usted. Encontré al portero en la planta baja; me presente á él como policía y le dije que estaba encargado por el tribunal de inspeccionar la casa. El buen hombre me acompañó al tercer piso, abrió la puerta accediendo á mi deseo, y me dejó

solo en la habitación de usted durante una hora.

—¿Y qué descubrió usted allí?

—Voy á explicárselo á usted ahora en el propio sitio, porque estamos llegando.

Efectivamente, á poco se paró el carruaje, Sherlock Holmes abrió las dos puertas del cab, y seguido por el lord subió la escalera, con gran asombro del portero, un irlandesote de pelo rojizo, que creía á su inquilino encerrado en un calabozo, y no volvía de su asombro al verle en casa.

—¿Han despedido á sus criados de usted mientras ha estado preso?—preguntó el «detective».

—Sólo tenía un criado—dijo lord Rochester sonriéndose—. En estos últimos tiempos mi situación no era muy desahogada, y hasta que entre en posesión de mi herencia, que será dentro de un año, me veo obligado á economizar.

—Virtud que raramente se encuentra entre los jóvenes y que usted no practica hace mucho tiempo, porque de no ser así no habría usted caído en las redes de Phineas Aberdeen, que es, sea dicho entre nosotros, un usurero abominable.

—Sí; tuve que recurrir á él porque había respondido por unos amigos.

Los dos hombres estaban ya en la habitación de lord Rochester y Sherlock Holmes se dirigía al dormitorio. Todo estaba como lo había dejado el lord al ser detenido: en el centro del cuarto, una gran cama de madera tallada; en una de las paredes una chimenea alta, de mármol, y sobre ella un reloj y numerosos «bibelots».

—¡Caramba! No debíamos haber dejado marcharse al portero—dijo Sherlock Holmes—. Tengo que preguntarle algo.

—Le llamaré. Tengo aquí un timbre que va á dar á la portería.

William Rochester oprimió el botón eléctrico y poco después aparecía el portero. Era, como hemos dicho, irlandés, se llamaba Mac Duff y tenía el oficio de zapatero; estaba vestido como los de su profesión y llevaba un delantal verde y las mangas de la camisa remangadas hasta el codo.

—Mac Duff—dijo lord Rochester—, este señor desea hacerle á usted algunas preguntas. Cuéntele usted la verdad exacta.

—Si no me engaño, ya he visto á este caballero antes de ahora. ¿No es de la policía?

—Sí, algo—repuso el «detective»—; pero, dígame usted, Mac Duff, ¿cuándo vino por última vez el deshollinador?

—Me parece que ya he contestado á usted á esto cuando vino por primera vez: el 7 de Mayo.

—¿A qué hora empezó á trabajar?

—Serían las seis de la tarde.

—¿No le parece á usted raro, Mac Duff, que viniera el deshollinador á esa hora? Generalmente esos hombres trabajan por la mañana, antes de que se enciendan las cocinas.

—Sí me chocó y me disgustó que viniera entonces. Tanto, que envié recado á su maestro amenazándole con no volver á llamarle si se presentaba de nuevo á una hora tan intempestiva.

—¡Ah! ¿No era él el maestro? ¿Era un obrero?

—Sí, uno nuevo, que venía por primera vez á casa.

—¡Calle, calle! Uno nuevo... ¿Está usted seguro de que era uno nuevo?

—Segurísimo. Al que venía antes le conozco perfectamente. Siempre bebíamos juntos un «whisky», y luego le daba la llave de las guardillas y él sabía por dónde había de entrar para limpiar las chimeneas; pero á éste tuve que guiarle yo.

—¿Usted recuerda si llevaba algo en la mano?

—Sí, lo que llevan todos: la escala, la escoba, la pelota de trapos. Ya sabe usted que echan por las chimeneas una pelota de trapos para limpiarlas.

—¿Y no llevaba nada más? ¿Ningún bulto? ¿Ningún paquete?

Mac Duff movió la cabeza negativamente.

—Escala... escoba... pelota...—murmuró Sherlock Holmes meditando mientras se acariciaba la barbilla—. La pelota sobre todo, puede ser sospechosa... Sí, es muy posible. ¿Estuvo usted á su lado mientras trabajaba?

—No, no puedo abandonar tanto tiempo la portería. Tengo casa de balde en el sótano; los inquilinos me dan propinas de vez

en cuando, pero esto no me basta para vivir y me veo obligado á trabajar de zapatero.

—Evidentemente, hoy cuesta mucho trabajo ganar la vida cuando no se tiene un capital. ¿De modo que usted le dejó solo y se bajó á la portería?

—Sí, y le recomendé que no se olvidara de devolverme la llave al irse.

—¿Quiere usted, Mac Duff, acompañarme otra vez al tejado?

—¿Al tejado? ¡Qué minuciosos son estos señores de la policía! ¿Qué quiere usted ver en el tejado? ¿Se figura usted que está allí miss Elisabeth? Yo le aseguro á usted que no está.

Sherlock Holmes se rió y volviéndose á William, le dijo:

—Espéreme usted aquí fumando un cigarro.

Luego se fué con el portero, que volvió á poco.

—¿Dónde está ese señor?—le preguntó lord Rochester.

—Ha querido quedarse solo y me ha dicho que le espere aquí. ¡Qué hombre más extraño! Cuando le mira á uno con sus ojos grises y penetrantes, parece que va á adivinar hasta lo que ha comido uno la víspera. ¿Es amigo de usted? ¿Tiene buenas intenciones para con usted?

—Buenísimas.

—Pero, ¡qué es esto!—exclamó Mac Duff espantado, mirando á la chimenea—. Cualquiera diría que hay ratones ahí dentro. Ahí es donde encontraron el paquete de ropas de la joven desaparecida. Yo soy irlandés, y como irlandés, supersticioso. Si la pobre muchacha ha muerto asesinada, y su alma tal vez...

—No diga usted tonterías, Mac Duff. Yo no sé lo que habrá sido de miss Elisabeth, pero si realmente ha muerto, mejor será que su alma escoja otra chimenea para volver á presentarse en este mundo. ¡Ah! ¿Ya está usted aquí, míster Holmes? ¿Y cómo sin gabán? ¿Se lo ha dejado usted en el tejado? Me parece que lo tenía usted puesto antes...

—Mi gabán está en la chimenea—contestó el policía—. Mac Duff, tenga usted la bondad de sacar el envoltorio que he hecho

con él y que he metido en el cañón de la chimenea empujando con un palo que encontré en el tejado. Se ensuciará usted un poco las manos, pero eso no importa.

El portero movió la cabeza, se arrodilló, se arremangó aún más la manga de la camisa y metió el brazo por el cañón de la chimenea.

—¿No palpa usted nada? No hay que hacer más que tirar de ello.

—Sí, sí, hay un paquete. Así sacamos el otro día los vestidos, los zapatos y las medias de miss Aberdeen.

—Hasta á la vista de un sencillo zapatero salta la analogía de ambos casos—dijo Sherlock Holmes—. Esta es la prueba que tengo, por ahora, de su inocencia de usted, y que demuestra que no ha sido usted, sino otra persona, quien con intención criminal escondió ahí las ropas de la rapta.

—¿Y quién puede haber cometido semejante acción?—dijo William.

—¿Quién? ¡El deshollinador!

—¡Pero si yo no conozco ni he hecho daño nunca á deshollinador alguno! ¿Por qué habrían de tener interés en perjudicarme?

—Un interés muy lógico. Ese deshollinador no es tal deshollinador; es un cómplice del que ha hecho desaparecer á miss Aberdeen. Mi misión consiste ahora en buscarle, y como el plazo de setenta y dos horas que me han concedido es muy corto para buscar un deshollinador, y sobre todo á un deshollinador que no lo es, en este inmenso Londres, y tal vez en Inglaterra entera, y quién sabe si en toda Europa, siento mucho no poder disfrutar por más tiempo la agradable compañía de ustedes y me despido por ahora. Hasta muy pronto.

III

LA OREJA ENSANGRENTADA

—Siempre es muy delicado—decía aquella misma noche Sherlock Holmes á su segundo, que era también su discípulo—, ocuparse en un asunto que no se ha llevado desde el principio. Cada día cae sobre la

pista una nueva capa de nieve que borra las huellas, y hay que hacer trabajo de barrendero para volverlas á encontrar... Dame mi pipa, Harry; ya sabes que mis ideas son más claras cuando contemplo el humo que sale de ella es espirales azuladas. Gracias. Ya está. Y ahora, dime: ¿Qué piensas tú de ese asunto?

—Mr. Sherlock Holmes, me parece que tengo una pista.

—¡Ah! ¿Te parece? Bueno; pues voy á decirte lo que piensas. Tú estás convencido de que el autor del crimen es mistres Arabella Aberdeen; crees que es ella quien ha hecho desaparecer á su hijastra.

—¿Cómo puede usted adivinar hasta los pensamientos más íntimos?

—Porqué no los guardas tan en secreto como te figuras. Siempre te he dicho, y te lo repito ahora: tu boca es discreta, pero tus ojos hablan demasiado. Hay que contenerlos. Ahora, para convencerte, voy á descubrir tus pensamientos: tienes la convicción de que mistres Arabella está enamorada de lord Rochester, y que el asunto en que intervenimos es una consecuencia de la más vulgar y la más peligrosa de las pasiones humanas: los celos.

—Exactamente; eso es lo que pienso.

—Vas demasiado deprisa—continuó Holmes apretando su pipa entre los dientes—. Concedes excesiva importancia á una sola mirada. Yo también advertí cómo miraba mistres Aberdeen á lord Rochester cuando abandonó el banco de los testigos y pasó á su lado. Confieso que era una mirada llena de odio, pero esa mujer es inocente. Tú también la observaste, y yo vi en tus labios una sonrisa de triunfo, como si pensaras: «¡Ya tenemos la pista!»

—¿Y por qué no ha de estar mezclada ella en el asunto?

—Irámos muy lejos si quisiera explicarte que, á pesar de todo, mistres Aberdeen no puede haber cometido el crimen, y no tenemos tiempo que perder. Voy á encargarte de una gestión, y no muy agradable. Es preciso que veas esta misma noche á todos los dueños de traperías y tiendas de ropas usadas de la City, y que averigües si alguien vendió el 7 de Mayo un traje y utensilios de deshollinador. A las once debes

haber terminado; á las doce me esperarás junto á la estación de Shadwell, donde está la taberna del Beefsteack John. Sé puntual. Hasta luego.

Cuando se marchó Harry, Sherlock Holmes permaneció como un cuarto de hora en su sillón, fumando la pipa. Luego se incorporó: abrió algunos armarios y revisó su abundante guardarropa, que le permitía disfrazarse con todos los trajes imaginables. Escogió uno de marinero, pantalón de paño azul, camiseta de algodón amarillenta y blusa escotada. Se puso por encima un impermeable barnizado de alquitrán, se cubrió con su gorro marinero, con cintas en que se leía en letras doradas: «H. M. S.—Canadá», y se desfiguró el rostro con una barba postiza. Luego, ante el espejo, se pintó de colorete las mejillas, acentuó sus cejas con un trozo de lápiz y se dibujó en el pecho un ancla y las palabras «H. M. S.—Canadá», imitando maravillosamente un tatuaje.

Por último, tomó diversos objetos que en circunstancias análogas llevaba siempre consigo: un revólver de seis tiros, una manopla ó llave inglesa, un cronómetro, un cuadernito y un lápiz, y salió de su casa.

Quien hubiese encontrado á este marinero que paseaba poco después con las piernas un poco zambas y las manos en los bolsillos, mirando atentamente todo lo que podía excitar la curiosidad de un navegante, no hubiera podido reconocer en él á Sherlock Holmes.

Al pasar por una calle poco concurrida, subió á la imperial de un ómnibus que le paseó por las principales vías de Londres durante una hora. Luego, como si hubiera llegado á su destino, bajó del vehículo y se internó por una callejuela estrecha, cuyas casas daban impresión de vejez y de suciedad; la atravesó y llegó á la estación de Shadwell, más solitaria y más triste que nunca á aquella hora. Se oía á lo lejos ruido de conversaciones y chocar de vasos, platos y cuchillos. El ruido procedía de una casa de la Sutton-Street, sobre cuya puerta, alumbrada por un farol verde, había en una muestra dorada este letrero:

«AL BEEFSTEACK JONH»

Sherlock Holmes se dirigió á la sala de la planta baja, cuyas luces estaban veladas por densa humareda; pasó por entre la hilera de mesas en que se agrupaban hombres y mujeres, y por fin encontró un sitio que le convenía. Con un rápido vistazo examinó á los que le rodeaban. Era la parroquia corriente de la casa; gente de poco pelo, estudiantes, artistas tronados. Había también peligrosos criminales, bien vestidos,



Se dirigió á la sala de la planta baja ..

acompañados de sus amantes y auxiliares; marineros, algunos de ellos ebrios del todo, y rateros de los que pululan por la orilla del Támesis y son tan terribles.

Frente á Sherlock Holmes estaba un buen mozo de unos veinticinco años, en cuya fisonomía se adivinaban las huellas de una existencia tormentosa; iba vestido con bastante corrección, y tenía la cabeza afeitada, tal vez por obedecer algún capricho de su fantasía, como un chino. A su lado se sentaba una mujer, que era claramente una de esas que venden sus favores, ofreciéndolos al primer transeunte en medio del arroyo. La mala vida que llevaba no había borrado por completo la belleza á su rostro, al cual

servía de marco una cabellera rubia. Vestía con cierta gracia un corpiño de seda sujeto al talle por un cinturón, falda de paño azul marino y zapatos de color, y lucía en las orejas grandes pendientes en forma de anillos, á la moda oriental, que llamaban la atención.

Apenas se hubo sentado, Sherlock Holmes advirtió que aquella pareja disputaba violentamente en voz baja, y fingiendo que estaba completamente ocupado en la tarea de partir y masticar un bistek de una dureza inconcebible, escuchó atentamente la conversación.

—Te digo que me los des, Betsy—ordenaba el hombre á su compañera—. Te los he regalado yo, y ahora no quieres ayudarme á salir de apuros.

—Lo que se da no se quita—contestó ella—. Míralo bien, Bob: si te llevas á empeñar los pendientes, ha acabado todo entre nosotros.

—Bueno; ya veo que no te intereso gran cosa. Dilo francamente, y te deajo volver á Whitechapel, donde te he encontrado.

—Pues ya que te empeñas, te lo diré: es verdad, ya no te quiero.

—¡Naturalmente!—rugió Bob rechinando los dientes—; cuando se acaba el dinero, desaparece el amor. Es lo de siempre. Conforme, pero recojo lo que te he dado, para que te acuerdes de mí.

Y al decir esto, el hombre de la cabeza afeitada echó mano al pendiente que tenía más cerca, y de un tirón brutal se lo arrancó á la mujer, desgarrándola la oreja, que empezó á manar sangre. Betsy dió un grito estridente. Bob, puesto en pie, se preparaba á abalanzarse sobre ella, cuando el marinero que estaba frente á ambos le agarró de un brazo y le dijo enérgicamente:

—¡Quieto! ¡Cobarde!

De los labios de Bob se escapó un grito de rabia; se quitó el gabán, se remangó las mangas y dijo:

—¿Tú quieres que te rompa la cara, maldito marinero? ¿Quién te manda mezclarte en lo que no te importa? ¿Quieres boxear?

—«Very well»—respondió Sherlock Holmes poniéndose en guardia—. Un buen ma-

rinero no se niega nunca á dar unos cuantos puñetazos, sobre todo si el que ha de recibirlos es un miserable que pega á las mujeres.

En la sala se produjo un tumulto enorme. Todos se levantaron y formaron corro en torno á los combatientes.

— ¡Dale firme, Bob! — gritaron algunos que parecían amigos suyos.

Las mujeres, por el contrario, se ponían de parte de Holmes.

— ¡Duro con él, marinero! ¡Enséñale que no se debe pegar á una mujer!

Loco de rabia, cayó Bob sobre el «detective», que paró sus golpes con tranquilidad y sangre fría, y aprovechó el momento favorable para pegarle. Fingiendo que le iba á golpear en el vientre, le obligó á doblar el cuerpo para recibir el puñetazo, y entonces le descargó los puños con formidable violencia sobre la cara. Bob cayó pesadamente al suelo con un ojo ensangrentado y fuera de la órbita.

Sherlock Holmes, que conocía bien á aquel público, sabía que los amigos de Bob le atracarían, y apoderándose de una silla que blandió sobre su cabeza, dijo con voz estentórea:

— ¡El que quiera otro tanto, que se acerque! ¡A ver si hay algún canalla capaz de defender á un hombre que pega á las mujeres! Si lo hay, que se acerque, y le romperé la cabeza como rompería la cáscara de un huevo.

No hay nada más eficaz para imponerse al populacho que las frases enérgicas. Intimidados por la actitud del marinero, los amigos de Bob se limitaron á recoger á éste y llevárselo fuera del establecimiento.

Pero la vengadora Nemesis apareció bajo la forma del dueño del «Beefsteack John», un hombre regordete, que ordenó groseramente al marinero del «Canadá» se marcharse en el acto, si no quería que le echaran los camareros.

— ¡Bueno, me voy! — dijo Holmes haciéndose el ofendido —; pero volveré mañana con unos cuantos compañeros y lo destrozaremos todo. Ahí va, cóbrese usted el pedazo de suela que me ha servido, y ¡que el diablo le lleve!

IV.

LA MUJER DE WHITECHAPEL

Silbando una canción de marinero y con las manos en los bolsillos, se encaminó Sherlock Holmes hacia la puerta de salida. Cuando atravesaba el pasillo, notó que le cogían del brazo las manos de una mujer que con voz acariciadora le decía:

— Muchas gracias, valiente. Te has portado muy bien. ¿Quieres acompañarme?

Sherlock Holmes reconoció á Betsy, la mujer de los pendientes de oro. Sujetaba ella su pañuelo en la oreja ensangrentada, y mirando al «detective» le manifestaba claramente la buena impresión que la había producido su arrojo.

Sherlock Holmes opinaba que no debe despreciarse indicio alguno, por insignificante que parezca, y la dijo:

— Te acompañaré un rato, si quieres.

— ¿Un rato nada más? ¡A mí me gustaría tanto que no nos separásemos ya! ¿No te gusto? Tengo fama de ser una de las mujeres más bonitas de Whitechapel...

— Pues siendo así, me extraña que hayas estado unida á un tipo tan despreciable como Bob. ¿No podías haber escogido otro más digno de ti que ese canalla que va á tener hinchado más de quince días el ojo en que le he dado el puñetazo?

— ¡Oh! Bob era hermoso como un «dandy» cuando le vi por primera vez. Yo no me he tratado nunca con hombres feos... á menos que tuvieran mucho dinero. Bob tenía bastante cuando nos conocimos, y me prometió casarse conmigo.

— ¿En qué se ocupaba? De seguro que no era en nada honrado.

— Te equivocas. Era escribiente del abogado Thornhill.

Sherlock Holmes conocía perfectamente á Thornhill, uno de los letrados más célebres de Londres.

— ¡Ah! ¿Era dependiente de Thornhill? Pues los de su clase no suelen tener grandes sueldos; así es que si estaba rico cuando le conociste, tal vez habría «arañado» en la caja de su principal..

—No, no; acababa de hacer un buen negocio. Pero noto que hablas «argot» como un «vecino» de Whitechapel.

—¿Y quién dice que no he nacido allí? ¡Pues apenas si hay marineros de Whitechapel! Pero oye: me gustaría saber cómo había ganado Bob su dinero. Tal vez pudiese yo hacer otro tanto.

—Eso no lo sé. El caso es que de la noche á la mañana tenía cien libras esterlinas.

—¡Una bicoca! ¡No lo habréis pasado mal mientras duraba!

—¡Ya lo creo! Nos hemos dado la gran vida. Pero nos hubiéramos divertido mucho más si él no hubiese tenido la ocurrencia de desfigurarse tan grotescamente como lo hizo.

—¡Ah! ¿Hablas del pelo? Efectivamente; está muy feo eso de afeitarse la cabeza. ¿No estaba bien de pelo antes?

—Sí que lo estaba. Tenía una cabellera negra magnífica, pero de pronto se afeitó todo.

—Probablemente lo haría el mismo día que le viste tanto dinero. Querría pasar por un «dandy» del West End... ¿De modo que no sabes cómo ganó las cien libras?

—Mira, yo te lo diría, si lo supiera, porque tú te has peleado por mí; pero la verdad es que no he conseguido saberlo. Cada vez que se lo preguntaba, aun en los momentos de mejor intimidad, se ponía furioso y no paraba hasta que me hacía callar.

Oyóse en aquel momento un silbido que partía de la estación de Shadwell. Sherlock Holmes prestó oído atento y dijo á su acompañante:

—Espérame junto á aquel farol. Luego tenemos que hablar. Por ahora, bástete con saber que podrás ganar hoy tanto dinero como ha gastado Bob contigo.

—Hablas como si fueras millonario.

—Tal vez sea algo muy parecido. En seguida nos veremos. Espérame cinco minutos. ¿Quieres? Es la señal de Harry Taxon.

Estas últimas palabras las dijo Holmes en voz baja acercándose á la esquina de la calle. Allí estaba inclinado sobre una fuente, un hombre vestido de andrajos, á

quien se hubiera podido confundir con un vendedor de periódicos de los que invaden noche y día las calles de Londres.

—¡Eh, Harry! ¿Qué hay de nuevo? ¿Has hecho mi encargo?

—Está cumplido—contestó Taxon en voz baja—. Samuel Pings, de Circus-road, vendió un equipo completo de deshollinador el día 7.

—¿Quién era el comprador? ¿Cómo se llamaba?

—Los ropavejeros no preguntan nunca á



—Te lo diría si lo supiera, porque te has peleado por mí.

sus parroquianos cómo se llaman; ya lo sabe usted. Pero éste me ha podido dar señas exactas del individuo: era de estatura regular, color pálido, imberbe, y con abundante pelo negro.

—¡Eso no es verdad!—exclamó Sherlock Holmes—. El hombre ese no tenía pelo alguno en la cabeza. Cuando salió de Circus-road iba completamente afeitado.

—¡Es asombroso! ¡Usted ve al través de las paredes! Samuel Pings me ha contado, efectivamente, que después de comprarle la ropa, el sujeto ese entró en una peluquería inmediata y se afeitó la cabeza.

Holmes se frotó las manos visiblemente satisfecho.

—¡Perfectamente! ¡Ya tenemos el deshollinador! Ahora hay que buscar al que ha

pagado esa criminal faena. Ven conmigo, Harry.

Pero cuando Taxon se disponía á seguirle, le detuvo cogiéndole violentamente de la ropa y arrastrándole hacia atrás.

—¡Pronto! ¡A la fuente! ¡Ocultémonos!

La fuente de piedra ante la cual dialogaban ambos, estaba cegada hacía tiempo. En el sitio por donde desaguaba en otro tiempo, había ahora una empalizada de madera. Holmes y Taxon saltaron al otro lado y se escondieron; Harry no sabía ciertamente por qué. Apenas se habían escondido, pasó junto á la fuente una mujer envuelta en un amplio abrigo de seda, que se esforzaba en ocultar su rostro, tapándolo con su velo, que el aire levantaba.

—Mistres Arabella Aberdeen—dijo Holmes á Harry—. Va al Hotel Paulsen, que está precisamente frente al restaurant de «Beefsteack John». Llama. Abren. ¡Entra!

—¿No le dije á usted que esta mujer estaba complicada en el negocio?—exclamó Harry en tono triunfante.

—Silencio—replicó el «detective»—. Eso no significa que sea culpable. La presencia de esa mujer en esta calle, su visita á ese hotel de mala fama, prueban únicamente que la redada que vamos á coger es más considerable de lo que creí en los primeros momentos, y que será más trabajoso descifrar el enigma que perseguimos. Ya podemos salir de nuestro escondrijo.

Apenas fuera, Sherlock Holmes continuó:

—¿Ves aquella mujer que hay junto á aquel farol?

—Sí, la veo. Es muy bonita.

—Escóndete aquí, detrás de la fuente, y no la pierdas de vista. ¿Entiendes? Si abandona su puesto, la seguirás adonde quiera que vaya. Probablemente se encontrará con un hombre con la cabeza totalmente afeitada. No los pierdas de vista, y cuando hayas averiguado algo importante, ó si necesitas de mí esta misma noche, no vaciles en enviarme un vendedor de periódicos ó un barrendero al «Boston-Saloon», de Mile-End-road. Yo preguntaré allí si tengo algún recado. ¿Llevas el revólver? Te hará falta, probablemente, porque es posible que te encuentres entre gente muy peligrosa.

—¡La seguiré aunque vaya al infierno!

Holmes se separó nuevamente de Taxon, que se ocultó otra vez detrás de la fuente para seguir espionando á Betsy, y vió á su jefe llamar al Hotel Paulsen, y entrar en el establecimiento hablando con la lengua pastosa como si estuviera beodo.

—¡Pícaro Knickerbocker! ¡Ese líquido emborracha hasta á un marinero como yo!... ¡No puedo tenerme derecho! Tenga usted, pago adelantado. Deme usted una habitación para pasar la noche.

Harry esperó todavía veinte minutos. La mujer paseaba de arriba á abajo, mirando siempre hacia Sulton-Street. Luego comenzó á impacientarse, y por fin se cansó de esperar y emprendió el camino, pasando por junto á la fuente. Harry se ocultó cuanto pudo, y contuvo la respiración para no delatar su presencia.

—¡Buen plantón me ha dado!—decía ella.

—¡Tonta de mí, que creí haber encontrado un buen partido! Lo siento, pero no me queda más remedio que reunirme otra vez con Bob. Debí darle los pendientes, como él quería, y hubiera salido ganando, porque ¿quién me dice á mí que el día de mañana no va á tener otra vez dinero en abundancia? Vamos á buscarle.

Betsy apresuró el paso. Harry siguió tras ella á diez metros de distancia, procurando no ser visto. Una vez volvió Betsy la cara y advirtió que iba detrás un harapososo vendedor de periódicos, pero siguió su camino sin hacer caso.

V

UN BRAZO ABANDONADO

—¿Y se figura usted que voy á acostarme ahí? Un tripulante del «Canadá» no duerme en un camarote tan sucio. Quiero un cuarto mejor y más grande.

—Entonces tenemos que subir al otro piso; pero tenga usted entendido que si rompe algo tendrá que pagarlo.

—Pagaré lo que sea. Tengo con qué. He navegado tres años haciendo economías, y ahora es la ocasión de gastarlas.

Sacó el marinero dos chelines del bolsillo y se los dió al camarero del hotel. Este abrió la puerta de una habitación coquetamente amueblada, y encendió la luz.

—¿A qué hora quiere usted que se le despierte?

—¿Quién habla de despertar? Ya me despertaré yo solo cuando me dé el sol en la cara.

—Entonces, buenas noches. Que descanse usted bien.

Sherlock Holmes se quedó solo. Irguióse, puesto que ya no necesitaba fingir, se descalzó, echó el cerrojo á la puerta, apagó la luz y sacó del bolsillo una linterna eléctrica, valiéndose de la cual inspeccionó las paredes de la habitación, golpeándolas, además, suavemente con los dedos.

—¡De madera!—dijo muy satisfecho—. Si no recuerdo mal, en este hotel no hay más que tres habitaciones decentes: esta es una; otra está á mi izquierda, y la tercera á mi derecha. En una de estas dos últimas, seguramente, está mistres Aberdeen; es decir, aquí al lado. Vamos á ver.

Sacó un berbiquí y lo clavó en la pared de la izquierda. La herramienta, bien engrasada, funcionó sin hacer ruido, y en menos de dos minutos había abierto un agujero de dimensiones suficientes para ver al través de él lo que pasaba al otro lado. La habitación estaba desocupada. Repitió la operación en la pared opuesta, y cuando ya hecho el agujero, miró por él, dió un suspiro de satisfacción. Allí estaba mistres Arabella Aberdeen, sentada en un sofá detrás de la mesa, apoyada la cabeza en ambas manos. De cuando en cuando miraba hacia la puerta. Sherlock Holmes no necesitaba ser un fisionomista extraordinario para darse cuenta de lo que le pasaba á su vecina. Pronto comprendió que esperaba impacientemente á alguien, dominada por el miedo. En un momento dado sacó de entre el corpiño una carterita llena de billetes de Banco y comenzó á contarlos. Luego dió un suspiro, miró hacia la puerta y volvió á guardarse la cartera.

Sherlock Holmes dejó su observatorio, se puso las botas en silencio, salió al pasillo y llamó á la puerta de la habitación de mis-

tres Aberdeen. Se oyó un paso ligero y una voz temblorosa que preguntaba:

—¿Eres tú?

—¡Abre!—contestó el «detective», fingiendo la voz.

Mistres Arabella descorrió el cerrojo y entreabrió la puerta lo bastante para que Holmes pudiera pasar á la habitación.

—No se asuste usted, mistres Aberdeen; soy un amigo—la dijo al ver que se tambaleaba como si fuera á desmayarse.

Y al hablar así cerró por dentro, dando dos vueltas á la llave.

—¿Qué quiere usted, marinero?—dijo ella sacando un revólver y apuntándole—. Si dice usted una palabra más, le abraso los sesos. Yo sabré defender mi honra. ¡Oh! Dios mío! ¡Para qué habré vuelto á esta casa!

«¡Para qué habré vuelto!» Sherlock Holmes se fijó mucho en esta frase, indicada de que no era aquella la primera vez que iba allí mistres Aberdeen.

—Señora, no soy marinero, ni estoy aquí para causar á usted daño alguno, sino todo lo contrario, para protegerla.

—¿Protegerme? ¿De quién?

—Del hombre á quien usted espera.

—¡Ah! ¿Usted sabe...?

—Sé que está usted citada con un hombre para darle una cantidad de dinero; que ha venido usted aquí contra su gusto, con repugnancia, y obedeciendo á exigencias y amenazas.

—¡Le conoce usted! ¡Estoy perdida!

—Si es usted franca conmigo unos momentos, no lo estará usted.

—Pero ¿quién me dice que no hará usted mal uso del secreto de mi vida si se lo confío?

—Baste, para que usted se tranquilice, con que sepa que si yo hubiese querido, la hubiera hecho detener hace tiempo. Hable usted, señora, y no tendrá usted nada que temer de ese hombre que la obliga á engañar á su marido.

Mistres Aberdeen dió un suspiro profundo. Vacilaba, pero había tal expresión de autoridad en los ojos de aquel hombre desconocido, que como obedeciendo á una fuerza superior comenzó á hablar, casi sin darse cuenta de ello.

—Bien. Va usted á saberlo todo. Juro que le voy á decir la verdad. Conocí á míster Aberdeen en Ostende, en la sala de juego del Casino. Se enamoró de mí, y como, según mis informes, era archimillonario, le concedí mi mano á pesar de la diferencia de edades; volví á Londres con él, y nos casamos. No creo que Mr. Aberdeen se haya arrepentido nunca de haberme escogido por esposa. Le he sido fiel, le he cuidado, le he querido y he sido buena madre para su hija.

—Sé todo eso. Siga usted.

—Pero no le dije la verdad cuando nos desposamos. Yo no debí aceptar su proposición, porque no era libre.

—¡Ah! ¿Casada?

—Sí. Estaba casada con un agricultor escocés. Mi marido, después de perder cuanto tenía, se fué á Australia para rehacer su fortuna. Me dejó cien libras esterlinas y me aconsejó que procurara ganarme la vida en Londres dando lecciones de música, hasta que él pudiera volver, con capital. Yo era joven, bonita, me gustaba la buena vida, y no me resignaba á pasar mis días en un colegio. Fuí, pues, á Ostende con mis cien libras esterlinas, esperando centuplicarlas. Allí conocí á Aberdeen, y no pude resistir á la tentación de convertirme en esposa de un millonario.

—Y, seguramente, su primer marido de usted volvió á Londres inmediatamente después de la boda...

—Mistres Arabella miró á su interlocutor asombrada.

—Eso es, así ocurrió. Cuatro semanas después de la boda recibí un anónimo citándome en este hotel. Se me amenazaba, para el caso de que no contestase, con denunciarme por bígama y enviarme á la cárcel.

—¿Y usted acudió á aquella inoportuna cita?

—Sí; fué la primera vez que puse los pies en esta casa. Creí que me volvía loca de espanto al ver á Santiago delante de mí.

—Santiago es su primer marido de usted, el propietario escocés, ¿no es eso? ¿Cuál es su apellido?

—¿También quiere usted saberlo? Pues bien, se lo diré todo, confiándome en su

caballerosidad. Mi primer marido se llama Santiago Delauny.

—Y en seguida, como es natural, le exigió á usted dinero...

—Mil libras esterlinas. Le juré que no las tenía, y se conformó con cuatrocientas, que era todo el dinero de que podía disponer yo. En cambio, me prometió volverse á Australia.

—Y ha faltado á su promesa... Pero esto no le impidió volver á exigir dinero de usted, después de guardarse las cuatrocientas libras.

—No lo vi en tres meses. Luego tuve que darle mil libras esterlinas. Me dejó en paz seis meses, y volvió á buscarme periódicamente, hasta que esta mañana recibí una carta suya en que me ofrece marcharse para siempre de Inglaterra si le doy otras mil libras esterlinas. Gracias á la generosidad que ha tenido para conmigo hasta hoy Mr. Aberdeen, pude encontrar siempre el dinero que Santiago me exigía, pero ya no puedo más; sólo tengo cuatrocientas libras y para eso me he visto obligada á llevar al Monte de Piedad todas mis alhajas y á contraer deudas, sin contar con lo que he podido pedir á mi marido, con todo género de pretextos. Pero ahora...

—Sería perfectamente inútil que le diera usted las mil libras, porque no por eso dejaría de seguir pidiendo. Conteste usted pronto á una pregunta importante: ¿Le enteró á usted Santiago Delauny del modo que perdió su fortuna?

—Respecto de sus asuntos comerciales me ha dejado siempre en la mayor ignorancia. Yo vivía en Escocia, en su propiedad, y él pasaba la mayor parte del año en Londres. Una sola vez le oí decir con voz terrible: «En Inglaterra hay un hombre que me ha arruinado, pero me vengaré de un modo espantoso. Me ha privado de lo mejor que tenía; yo haré lo mismo con él.»

—¿Quiere usted librarse de ese malvado para siempre?

—¡Oh! ¡Si fuera posible! Sólo deseo vivir tranquila al lado del hombre que, desgraciadamente, está á punto de volverse loco. Que cada cual censure como quiera á Aberdeen; yo repetiré que para mí ha

sido bueno siempre, me ha querido, y me ha evitado preocupaciones y disgustos. El día que supiera que le he engañado, que pertenezco á otro, que no tiene derecho alguno sobre mí, se moriría de pena.

La pobre señora se tapó el rostro con las manos y rompió á llorar amargamente.

—No llore usted, señora—la dijo Sherlock Holmes—. Yo le salvaré á usted, pero para ello es necesario que procedamos con energía y sin perder un instante. ¿Me permite usted que me metamorfee ahí detrás de ese biombo?

—Yo no sé en qué consiste, pero una voz interior me aconseja que le obedezca á usted á ojos cerrados—dijo Arabella conmovida—. Tengo la impresión de que usted es un buen amigo mío; puede usted hacer los preparativos que crea necesarios.

—Se trata solo de quitarme este traje de marinero. Como debajo de él llevo otro, tanta ropa entorpece mis movimientos, y hay que prever lo que va á ocurrir aquí: voy á necesitar toda mi agilidad. De ella depende el éxito.

Al decir esto, se ocultó detrás del biombo, y pocos instantes después se presentaba ante mistres Aberdeen completamente transformado. Habían desaparecido de su cara la barba y las líneas de lápiz que le desfiguraban.

—Se oyen pasos—dijo él en voz baja—. Se acerca el desenlace. ¡Valor y sangre fría, señora! Siéntese usted á la mesa mientras yo me escondo para aparecer en momento oportuno.

Bajó la luz de gas, que iluminaba excesivamente el cuarto; descorrió el cerrojo y se ocultó tras los cortinajes de la ventana. Allí no podía ser visto, aunque hubiese habido mucha luz, y en cambio él veía por la juntura de los cortinajes todo lo que pasaba en la habitación. Por último, apercibió el revólver.

Llamaron á la puerta.

—¿Arabella? ¿Eres tú?—dijo desde fuera una voz ruda.

—Conteste usted, señora—la aconsejó Holmes.

—¡Entra!—exclamó ella poniéndose las manos sobre el corazón palpitante.

Abrióse la puerta, y en ella apareció un

hombre de alta estatura y complexión atlética, elegantemente vestido, cubierto con un sombrero de copa y un bastón con puño de plata en la mano.

—Estás sola ¿eh? ¡Bien! Acabaremos en seguida. ¿Has traído lo que te pedí?

Cerró la puerta, echó el cerrojo y se acercó apresuradamente á Arabella, cuyo semblante, cada vez más pálido, parecía el de una muerta. Ella rompió á llorar.

—No me des un espectáculo, ¿eh? Este es un negocio, y nada más. Ahora solo pido mil miserables libras esterlinas. No supondrás que yo, de quien tú eres esposa, y que tengo sobre ti todo género de derechos, voy á ser tan tonto que me muera de hambre en un rincón, mientras tú eres millonaria y vives rodeada de lujo y riqueza. Dame pronto el dinero, que tengo prisa.

Mistres Aberdeen, lentamente, se llevó la mano al pecho y sacó la carterita:

—Toma. Es cuanto poseo, y es la última vez que puedo darte dinero.

—Venga pronto, y veamos si están las mil libras—repuso él disponiéndose á examinar la cartera.

Este trabajo absorbió de tal modo su atención, que no advirtió que Sherlock Holmes se acercaba á él de puntillas. Mistres Aberdeen comprendió lo que pasaba. El ruido de sus sollozos contribuía á apagar el de los pasos de Holmes.

Santiago acababa de contar los billetes de Banco, enterándose de que no sumaban la cifra exigida. Lleno de rabia levantó el puño, amenazador... y en aquel momento Sherlock Holmes se lo cogió con su férrea mano, apuntándole el revólver con la otra.

—¡Quedas detenido, Santiago Delauny!—exclamó con voz sonora—. Lo que Sherlock Holmes agarra no se escapa.

Se oyeron un juramento espantoso y una diabólica carcajada. En el mismo instante, vio junto á la puerta al criminal, cuyo brazo tenía fuertemente sujeto.

—Dé usted más luz, mistres Aberdeen—gritó el «detective».

La mujer obedeció. De pronto estalló una detonación, silbó una bala en los oídos de Holmes, se cerró la puerta con estrépito y se oyeron pasos de fuga precipitada en la escalera.

—¡Que el diablo me lleve!—rugió Sherlock Holmes—. Aquí acaba de verificarse un milagro.

Mistress Aberdeen estaba de pie, lívida, temblorosa, y cayó extenuada sobre una silla.

—¡Ah! Me olvidé de enterar á usted de ese detalle—dijo sollozando.

—Que Santiago tenía un brazo articulado—interrumpió el «detective» bajando la cabeza y ocupado en examinar la maravilla de mecánica que tenía en la mano, y cuyos resortes maniobraba—. ¡Quién podía pensar en tal cosa en estos momentos!

—Santiago Delauny perdió el brazo á consecuencia de un accidente de caza, cuando era muy joven...—explicó Arabella sin dejar de llorar—. Pero se oyen pasos... Alguien viene... Me van á exigir una explicación los dueños del hotel...

—Yo se la daré de modo que les deje satisfechos—repuso el «detective» para tranquilizarla—. Esperad, señora, que allá voy yo. Soy Sherlock Holmes.

Salió al pasillo; habló unos instantes con el dueño del hotel, y todo quedó arreglado. Luego acompañó á Arabella hasta el coche que la esperaba cerca de la estación de Shadwell, para llevarla á su casa. Después de despedirse de ella, Sherlock Holmes se dirigió tranquilamente hacia Mile-End-road. Llevaba en la mano un objeto cuidadosamente envuelto: el famoso brazo mecánico. Cuando iba andando debió ocurrírsele una idea excelente, porque prorrumpió en una sonora carcajada.

Poco después, entraba en el café de Lee Boston, de donde era asiduo cliente. El dueño del establecimiento le conoció en seguida y le dijo:

—Han traído una carta para usted. La trajo un limpiabotas á quien se la había dado, según dijo, un vendedor de periódicos.

—Está bien. ¿Hace mucho tiempo?

—Media hora, poco más ó menos.

—Haga usted el favor de guardarme esto, que es un brazo mecánico, y de tener mucho cuidado de que nadie lo vea. Mañana por la mañana lo recogeré.

Sherlock Holmes se acercó á una lámpara, desdobló el pedazo de papel, y tuvo un

sobresalto. Su rostro se ensombreció, y de sus labios salieron estas palabras:

—¡Pobre muchacho! ¡Está perdido... á menos que llegue yo á tiempo!

El papel decía así:

«He caído en poder de los famosos «Sandbagmen» (1), en West India Docks, en una antigua cuadra, situada á setenta pasos de los almacenes de azúcar de Harriman. ¡Socórrame usted pronto!»

VI

LOS SANDBAGMEN

Harry Taxon siguió á Betsy durante una hora larga por un dédalo de callejuelas y pasajes de las orillas del Támesis, por donde rara vez transitan las personas honradas de Londres, á causa de la conocida inseguridad de aquellos lugares. Así llegó al lado del puente de Greenwich, cuyos alrededores están infestados de vagabundos y ladrones, de criminales de la peor especie, desecho de todas las partes del mundo. La mujer caminaba tranquila por esta combinación de calles recorriéndolas sin la más mínima vacilación, esquivando el encuentro con los transeúntes como persona que tiene prisa de llegar á donde va. Por fin, se encontró en las cercanías de West India Docks, donde están situados los almacenes y los muelles pertenecientes á la West India Company. Escaso número de faroles alumbraba con su luz mortecina las estrechas calles que conducían á los almacenes. Betsy procuraba caminar por la sombra, y, como medida de prudencia, se paraba de vez en cuando para mirar si la seguía alguien. Dió una gran vuelta para no pasar por los Docks de la Compañía, y Harry tuvo que echar mano de toda su habilidad para no ser visto. Por fortuna, los muelles estaban llenos de barricas y cajas, y entre ellas pudo ocultarse siempre que le fué preciso. A pesar de su desconfianza, Betsy no le vió.

(1) Banditos de Londres que usan sacos llenos de arena para matar á sus víctimas sin dejar traza de heridas.

Detúvose ella ante el almacén de azúcar. Era un inmenso cobertizo repleto de frutas y de cajas de azúcar llegadas de las Indias y pertenecientes á la casa Harri-man y Compañía. Taxon se tuvo que echar de bruces al suelo una de las veces que Betsy volvió la cabeza. Advirtió que ella permanecía un rato inmóvil y luego se dirigía á paso largo hacia una edificación ruínosa. Entonces se puso en pie de un salto, y siguiendo las instrucciones de Sherlock Holmes, avanzó contando los pasos que daba desde el almacén de azúcar hasta el misterioso edificio. Fueron exactamente setenta.

Betsy dió vuelta al edificio, que era una cuadra abandonada, situada en la orilla del Támesis, y en la cual se proponía penetrar, indudablemente. Llamó á la puerta; al cabo de algunos segundos se abrió un ventanillo, y una voz preguntó, en el «argot» típico de Whitachapel: «¿Quién es? ¡Dí la contraseña!». Taxon oyó perfectamente que Betsy contestaba: «Greenwich».

Se entreabrió la puerta, la mujer penetró en el edificio y la luz que había visto un momento por el ventanillo desapareció. El joven, de pie bajo la sombra del cobertizo, pensaba qué podría hacer para no perder de vista á Betsy, con arreglo á las instrucciones de Sherlock Holmes, que se le había recomendado. Para ejecutar la orden tenía que penetrar en la ruínosa edificación, pero pensó cuerdamente que sería muy peligroso entrar diciendo la contraseña. Lo que allí pasaba le parecía muy sospechoso y le hizo pensar en las bandas de criminales que son el terror de la capital inglesa. Esta cuadra, situada en el centro de los Docks de West India Company debía de ser lugar de reunión de una de aquellas terribles asociaciones de malhechores. Harry se subió á un árbol que crecía á orillas del río y desde allí inspeccionó los tejados de la cuadra. Como todo el edificio, amenazaban ruina hasta tal punto que por sus numerosas grietas se podía distinguir lo que pasaba en el interior.

—Tengo que subir á ese tejado—pensó Harry midiendo con la vista el espa-

cio que separaba la cuadra del árbol que le servía de observatorio.

Era demasiado para que pudiera pensar en salvarlo de un salto. Se dejó deslizar por el tronco del árbol, y cuando llegaba al suelo oyó un grito. Una forma humana pequeñita se echó rápidamente hacia atrás y una voz asustada murmuró:

—¡Vaya una manera de saltar sobre la cabeza de los demás! ¡Pero, calla! ¡No me engaño! ¡Es un amigo! ¿De dónde sales, Harry? ¿Qué es eso de pasearse por encima de los árboles de West India Docks?

También Harry reconoció al muchacho, de doce años escasos, que le interpelaba. Era un vendedor de periódicos de los muchos que él había conocido y con quienes había jugado cuando era más joven, y de los que le creían colega suyo.

—Oye, Willy—dijo Harry—. ¿Quieres hacerme un favor?

—¡Ya lo creo!

—Déjame subir en tus hombros para llegar á ese tejado.

—Sube cuando quieras; ya estoy preparado.

Harry, tomando por estribo los hombros de Willy, se encaramó al tejado, y avanzó arrastrándose poco á poco. Por debajo de él percibía ruido de voces ahogadas, y para darse cuenta de lo que allí ocurría tuvo que llegar hasta una de las grietas. Miró entonces y divisó un grupo de diez y ocho hombres, en el centro del cual estaba Betsy contando en voz alta la aventura de Bob y el marinero del «Canadá», de quien dijo que la había acompañado luego y que la inspiraba sospechas de estar afiliado á la policía.

—¿Pero dónde está Bob?—añadió—. ¿No ha venido aún?

—Estamos esperándole. Tenemos que hablar de cosas importantes; de un buen negocio que nos proponen—la contestaron.

En aquel preciso instante se oyó fuera un ruido que asemejaba el arrullo de un palomo, y Betsy exclamó:

—¡Es Bob! ¡Hurrah por Bob!

Harry se acurrucó en el tejado para ocupar el menor espacio posible y evitar que le viera el recién llegado, el cual parecía muy entretenido en una larga y efusiva con-

versación en que se reconciliaba con Betsy. Pasado un rato y sin separarse de ella, preguntó en alta voz:

—Me han dicho que hay un negocio en perspectiva. ¿Quién puede dar detalles de él?

Adelantóse un muchacho tan desmedrado que parecía tísico, y dijo:

—¿Conoces á un caballero que se llama el capitán Miller?

El hombre de la cabeza afeitada se estremeció.

—¿El capitán Miller? ¿Te ha hablado, Tito? ¿Ha preguntado por mí? ¿Cuándo?

—Te buscó en la Taberna China, y como no pudo encontrarte me preguntó á mí. Le dije que te vería hoy mismo y me dijo confidencialmente: «Ávisale que hay un buen negocio que hacer; valdrá doscientas libras esterlinas. Se trata de «hacer nadar un tablón». Que me espere Bob mañana á las diez de la noche con seis Sandbagmen, cerca del hospital de Greenwich. Allí le diré dónde hay que ir á buscar el «tablón».» Luego me preguntó cuánto tiempo podría estar en el agua un «tablón» cuando se le echa en la orilla, y le contesté que no flotaría ni tres yardas, si él quería. «Mejor—me dijo riéndose—. No olvides de decírselo á Bob: mañana por la noche en el hospital de Greenwich.»

—¿Lo habéis oído, muchachos? ¡Doscientas libras esterlinas! Por ese precio, podemos echar al río muchos «tablones».

—¡Canallas!—pensaba Harry Taxon—. Hablan de ahogar á alguien como si hablaran de beberse un «bock» de cerveza. Pero no lo lograréis, bandidos. Sherlock Holmes se encargará de...

Cuando decía estas palabras se produjo un accidente terrible: El tejado, de maderos podridos y defectuosos, sobre el cual se encontraba Taxon cedió bajo su peso, y el segundo de Sherlock Holmes cayó dando vueltas en el vacío.

—¿Qué es eso? ¿Quién se nos viene encima?—dijo Bob echándose hacia atrás semiaturdido, porque el pobre Harry había caído sobre él, aunque sin hacerle gran daño—. ¡Ah! Es un vendedor de periódicos, un espía. ¡Amarradle, que no se nos escape!

—Es el que me siguió antes—dijo Betsy—. Sujétadle las manos. Ahora recuerdo haberle visto en la esquina de la estación de Blackwall.

Antes de que Harry hubiera tenido tiempo de levantarse cayó sobre él una docena de Sandbagmen dándole puñetazos y patadas sin cesar y sin que él pudiera evitarse los golpes, por más que trataba de poner los brazos ante el rostro.

—¡Eh! ¿Quién eres?—le dijo Bob dándole un puntapie brutal.

—¿Quién era el marinero del «Canadá»?—añadieron simultáneamente Bob y Betsy asaltados á un tiempo por la misma sospecha.

—¿Qué hacías sobre el tejado de nuestra casa?—preguntó Tito.

—Te va á costar caro, muchacho. El que no es de los nuestros y entrá aquí, no sale vivo.

—Echadle á la cueva—continuó Bob—. Tenemos que hacer flotar un «tablón» mañana; pues bien, comenzaremos por éste. Que pase hambre hasta mañana. Bajadle.

Uno levantó una trampa disimulada en un marco de hierro. Taxon hizo un esfuerzo desesperado para acercarse á la puerta y huir, pero los Sandbagmen le cogieron con sus manos brutales, le arrastraron hasta la trampa y le empujaron violentamente por el agujero que se abría sobre una escalera de tablas podridas. Cayó aturdido al pie de la escalera, y cuando recobró el sentido examinó el lugar en que se encontraba. Era una cueva estrecha cuyos muros sudaban humedad, y en la cual había una peste insoportable. Vió también, pero con alegría, una abertura cerrada con un enrejado de hierro por donde penetraban en el subterráneo los rayos de la luna. Trató de arrancar los hierros de la reja, pero sus esfuerzos fueron inútiles; sólo consiguió ensangrentarse las uñas. Entonces lanzó un ligero silbido al cual respondió desde fuera otro análogo.

—¡Ah! ¡Ah, Willy está aún en su sitio!—pensó volviendo á la esperanza—. Aún puedo salvarme. ¡Willy! ¡amigo mío! Arrástrate de bruces y acércate aquí.

Willy obedeció. La reja iba á dar á la orilla del Támesis, y el muchacho tuvo

que apoyar sus pies en las raíces de un árbol y colgarse casi en el vacío para acercarse á la reja.

—Silencio, muchacho—le dijo Harry—. Hay que evitar, ante todo, que caigas tú también en poder de estos criminales.

—¿Te han cogido?

—Sí, me han apresado. Toma este papel y llévalo inmediatamente á Lee Boston. Si vas escapado aún podré salvarme.

Harry sacó un librito de memorias del bolsillo; arrancó una hoja y escribió en ellas las líneas que poco después habían de impresionar tan dolorosamente á Sherlock Holmes. Dobló el papel y se lo dió á través de los hierros á Willy.

—¡Corre todo lo que puedas! ¡Va mi vida en ello!

Desapareció Willy, y Harry se sentó en el suelo de la cueva recostándose contra la pared. Luego esperó confiado. Su libertad estaba en las manos más hábiles del mundo: en las de Sherlock Holmes.

VII

A ORILLAS DEL TÁMESIS

—Capitán Flobert, tenga usted la bondad de acompañarme con diez agentes. Pronto. Hay una vida en peligro.

Así decía Sherlock Holmes entrando en el puesto de policía de Sowa.

—¡Oh! Señor Sherlock Holmes. En seguida. Dentro de cinco minutos estaremos á sus órdenes. Tenga usted la bondad de sentarse un momento.

—Estoy en ascuas, capitán Flobert. Despache usted pronto.

El capitán pasó á la habitación inmediata, donde había dos docenas de «policemens», unos echados en los camastros, otros jugando á las cartas ó fumando para distraer las horas de servicio en la prevención.

—¿Qué ocurre, amigo mío?—dijo regresando junto á Sherlock Holmes momentos después—. Aún no sé de qué se trata, pero yo he dado las órdenes oportunas. Cuando pide usted diez hombres para acompañarle

y yo con ellos, la cosa debe de tener importancia.

—Una vida en peligro tiene importancia siempre. ¿Conoce usted á mi amigo Harry Taxon?

—Sí le conozco. Aún es barbilampiño y está en camino de ser otro Sherlock Holmes.

—Lo cual no le ha impedido caer en poder de los Sandbagmen. Tiene que haber cometido una imprudencia gorda para que así sea. Yo le envié á espiar á una mujerzuela.. ¡Ah, capitán Flobert, creo que tengo una buena pista!

—Una buena pista. ¿De qué?

—¿No ha sabido usted que he prometido ante el Jurado demostrar la inocencia de lord Rochester?

—Lo he leído en los periódicos, y creo que ha prometido usted mucho. Pero desde el momento que usted lo ha hecho, algún fundamento tendrá.

—Mis presentimientos eran acertados, capitán. Pronto caerá en mi poder..

—¿Quién?

—El bandido que ha hecho desaparecer á miss Aberdeen. Ya estoy sobre su pista. Pero ya están los hombres dispuestos. Salgamos.

—¿Dónde están los Sandbagmen?

—En una cuadra abandonada, á setenta pasos de los almacenes de azúcar Harri-man, en los Docks de la West India Company.

—¡Ya caigo! Siempre me figuré que allí había algo sospechoso, pero nunca he podido sorprenderlos. ¿Lo conseguiremos ahora?

—Eso depende de la rapidez con que procedamos—respondió Holmes, que como sus acompañantes más bien corría que andaba.

—Ya está ahí la guarida de las fieras—dijo luego parándose ante el mísero edificio—. Capitán, espere usted con sus hombres aquí, á la sombra del almacén de azúcar. Yo iré solo á explorar el terreno.

—Convenido. ¿Lleva usted el pito para dar la señal de que acudamos?

—Siempre lo llevo conmigo. Cuando oiga usted tres silbidos estridentes acérquese corriendo.

El capitán y su gente se ocultaron en la sombra del cobertizo. Sherlock Holmes avanzó hacia la cuadra, arrastrándose á cuatro pies como un piel-roja en el sendero de la guerra. Todo estaba oscuro y callado. Se hubiera podido oír el vuelo de una mosca.

—¿Se habrían ido los malhechores?—pensaba—. ¿Querrán atraerme á una emboscada? Vayamos con cuidado.

Llegó á la cuadra, se puso en pie, apoyó su oído en la pared y escuchó. No se oía más que un murmullo continuo y monótono que él supuso producido por las aguas del Támesis al pasar por los muelles.

—Parece que han hecho exprofeso esta casa para refugio de ladrones y asesinos. ¡Ni una sola ventana! Ahí parece que hay un ventanillo. Hay que abrirlo.

Y dicho esto, cogió una palanqueta pequeña que llevaba á prevención y forzó el ventanillo, por cuyo hueco miró hacia adentro sin ver á nadie. Luego se decidió á forzar la puerta y entrar, pero antes apercibió el revólver y examinó el sitio valiéndose de su linterna eléctrica. Abrió la puerta con una ganzúa, y entró. En la cuadra reinaba una tranquilidad solemne. No se veía nada alarmante.

—Estos canallas se han marchado. Pero ¿qué habrán hecho de Harry? ¿Se lo habrán llevado con ellos? ¡Harry!... ¡Harry! ¡No está! Creo que podemos volvernos por donde hemos venido. Los Sandbagmen nos han ganado la partida por esta vez.

Volvió hacia la puerta y ya en ella notó, con extrañeza, que continuaba el mismo murmullo que antes había llamado su atención. Se detuvo repentinamente y permaneció inmóvil, como si se hubiera convertido en una estatua. Le pareció oír algo como el vagido de un niño, ahogado por los chapoteos del agua.

—Me parece que piden socorro. ¿Pero quién? ¿dónde? Por aquí no se ve ninguna habitación; ni una sola puerta. Será el ruido del río... Volvamos junto á Flobert.

Echó á correr hacia la salida y de pronto tropezó en algo.

—¡Eh! ¿Qué es ésto? ¿Un anillo de hierro? ¡Por vida de!... ¡Es una trampa! ¡Hay un subterráneo!

Cogió el anillo resuelto á abrir y quedó sobresaltado de horror y de compasión. La sangre se le heló en las venas.

—¡Sherlock Holmes! ¡Sherlock Holmes! ¡Socorro!... Me... ahogo!...

—¡Harry! ¡Los asesinos le han encerrado en la cueva y han hecho entrar en ella agua del río!

Se abalanzó como un loco sobre la trampa, cogió el anillo de hierro y tiró de él con fuerza hercúlea. A su vista se ofreció un espectáculo aterrador: el agua subía poco á poco, llenando la cueva, que se convertía en un lago sombrío.

Sherlock Holmes sacó el silbato del bolsillo y silbó tres veces. Luego bajó todo lo de prisa que pudo los escalones de la cueva. Había dado muy pocos pasos y ya le llegaba el agua al pecho. Levantó la linterna sobre las aguas y dirigió su luz lo más lejos posible.

—¡Harry! ¡Hijo mío!—exclamó dolorosamente viendo un cuerpo inanimado entre las aguas.

El joven Taton, arrastrado por el remolino, era golpeado contra las paredes de la cueva. Sherlock Holmes avanzó, se echó á nadar y en pocos segundos estuvo junto á su discípulo y le cogió por la ropa. Luego trató de volver hacia la escalera.

—¡Sherlock Holmes! ¿Dónde está usted?—gritó el capitán—. ¿Qué pasa?

—¡Pronto! ¡Una correa! ¡Una cuerda! Tire usted de mí.

—¡Pero si esto es el Támesis!—dijo el capitán horrorizado—. ¡A ver! Todos aquí, formad cadena y llegad hasta Sherlock Holmes.

Rápidamente se pusieron en hilera los agentes, cogidos de las manos; el primero cogió la de Holmes y tiró de él, librándole así de una muerte espantosa.

—¡Salvado!—dijo éste dando un suspiro apenas pisó tierra firme—. Pero este pobre muchacho creo que ha pagado con su vida el crimen de esos bandidos.

Flobert se había arrodillado ante el cuerpo de Harry, que estaba pálido, inanimado y con los ojos cerrados, y vertió en sus labios una gota de un cordial muy enérgico. Dos «policemens» le desnudaron hábilmente y le dieron friegas vigorosas durante un

buen rato. El tratamiento produjo su efecto. Harry devolvió el agua que había tragado en cantidad enorme; comenzó á respirar de nuevo, y por fin, el capitán Flobert declaró que estaba fuera de peligro.

—Buscad un carruaje. Voy á llevármelo á mi casa. Flobert, haga usted el favor de cerrar la puerta; que no se entere esa canalla de que los hemos visitado, y así podremos cogerlos otra vez.

Flobert admiró la tranquilidad y la presencia de ánimo de Sherlock Holmes, que, no obstante el dolor que le afligía, no olvidaba detalle alguno para lograr su propósito. Diez minutos después llegó un coche cerrado. Harry, todavía sin conocimiento y delirando, fué colocado en el carruaje con infinitas precauciones; Holmes se sentó frente á él y dió al cochero las señas de su casa.

—¡Demonio! ¿Qué dice?—murmuraba Sherlock Holmes inclinándose sobre Harry.

—Un «tablón» flota... Un «tablón»... Hospital de Greenwich... Los Sandbagmen.

—¿Quieres ir al hospital de Greenwich?—exclamó el «detective».—No, no permitiré que vayas. En casa te cuidaremos mejor.

Y con una ternura que nadie hubiera sospechado en él, tan frío é insensible de ordinario, envolvió el cuerpo, todavía mojado, de Harry con una manta que le había dado el cochero.

VIII

MUERTE Y RESTITUCIÓN

El médico declaró que el estado de Harry era muy grave. Había sufrido el joven una conmoción nerviosa tan grande, que la enfermedad podía degenerar en fiebre tifoidea.

—Quiere absolutamente que le lleve al hospital de Greenwich—dijo Sherlock Holmes—; pero yo prefiero que se quede aquí.

—¡Muy bien, Mr. Holmes! Mañana á medio día, cuando vuelva á verle, le diré á usted lo que conviene más.

Sherlock Holmes, aunque estaba seguro de haber dado con la buena pista, había

perdido de pronto todo deseo de continuar ocupándose en el asunto de Elisabeth Aberdeen. El temor de que su fiel asociado y auxiliar pudiese fallecer de un momento á otro, impedía á aquel hombre, tan enérgico habitualmente, pensar en nada que no fuera su colaborador, á quien quería como á un hijo.

Pasó toda la noche á la cabecera de su cama, y al día siguiente le confió al cuidado de mistres Bonnet, su ama de llaves. Había reflexionado en que era necesario ante todo cumplir con su deber.

Se encaminó al puesto central de policía y allí tuvo una conferencia larga con uno de los más elevados funcionarios. Cuando volvió á su casa se vió desagradablemente sorprendido por un telegrama que decía así:

«Mr. Phineas Aberdeen, mi marido, su replica á usted encarecidamente que acuda á su lado. Desea ver á usted antes de morir.—Arabella Aberdeen.»

—No puedo negarme—dijo el «detective».—Señora Bonnet, prepare usted inmediatamente mi almuerzo; yo cuidaré entre tanto del enfermo.

De nuevo se inclinó cariñosamente sobre el enfermo, que seguía lívido entre las sábanas, y oyó ansiosamente las palabras sin sentido que salían de sus labios: «Sandbagmen... Un «tablón» flota... ¡Socorro! ¡Socorro!... ¡hospital de Greenwich...!»

—¡Qué raro es eso! Siempre habla al mismo tiempo en su delirio del hospital de Greenwich y del «tablón» que flota. Habrá que reflexionar en ello.

Sherlock Holmes almorzó rápidamente y se fué á casa de Phineas Aberdeen, hacia quien experimentaba dos sentimientos de diferente naturaleza: como padre le daba lástima por la desaparición de su hija; como hombre reprobaba las incorrecciones usuarias que había cometido en su vida.

Apenas llegado á la casa, salió á su encuentro mistres Aberdeen, que guardó silencio acerca de todo lo ocurrido la noche anterior y se limitó á estrecharle las manos efusivamente.

—Los médicos dicen que va á morir de un momento á otro y él ha querido verle á usted y hablarle á todo trance.

Su abogado, Mr. Potter, está con él. Creo que se trata de su testamento. Venga usted conmigo, pues ha dicho que entre usted en cuanto llegue.

El hombre que la gente llamaba «el usurero de Cannon-Street», estaba acostado y moribundo en un lecho suntuoso. Mr. Potter había tomado asiento ante una mesita sobre la cual había varios papeles.

—Aquí está Mr. Holmes—dijo Arabella en voz baja—. ¿Quieres verle?

—¡Sherlock Holmes!—murmuró Phineas con voz extenuada—. Sea usted bien venido á esta casa. Sepa usted que acabo de consignar en mi testamento una manda de cinco mil libras para que le sean entregadas á usted si encuentra á mi hija. Me han dicho que se ha comprometido usted á poner en claro este doloroso misterio en el plazo de tres días. ¡Pobre hija! Mucho temo que no logren encontrarla viva.

—No hay que temerlo por ahora, Mister Aberdeen. Por lo contrario, creo que puedo dar á usted esperanzas de que volverá á ver á su hija.

—¡Volver á verla!—dijo el moribundo con voz desgarradora—. No la veré, conozco que me quedan pocas horas de vida... Arabella, haz el favor de dejarnos solos. Ya está hecho mi testamento, y creo que en él quedan ampliamente reconocidos y recompensados la ternura y el amor de que me has dado pruebas durante estos últimos años. Tu porvenir queda asegurado.

Arabella se inclinó y besó la mano huesuda y yerta de su marido. Luego salió del dormitorio llevándose á los ojos el pañuelo.

—Mr. Sherlock Holmes—prosiguió Aberdeen con voz sorda apenas quedaron solos los tres—acabo de dictar mi testamento á Mr. Potter. He querido reparar en él todo el daño que he hecho durante mi vida. Me he acordado de muchas familias que han pasado por mi culpa horas crueles y las indemnizo en mi testamento. Sólo hay un caso que queda sobre mi conciencia: existe un hombre—á la hora de la muerte hay que hablar con sinceridad—á quien arruinaron por completo mis procedimientos usurarios. Le dejo cinco mil libras esterlinas, pero como ha desaparecido

y hay que buscarlo, confío á usted esta gestión.

—¿Cómo se llama?

—Es un propietario escocés, llamado Santiago Delauny. Quiero que no me maldiga; que no blasfeme de mi nombre cuando yo haya dejado de vivir...

—Mr. Aberdeen—exclamó Sherlock Holmes—, ordene usted inmediatamente á mister Potter que borre de su testamento cuanto se refiera á Santiago Delauny. Ese hombre se ha cobrado ya con creces. Se ha vengado de usted de un modo espantoso.

El moribundo levantó ligeramente la cabeza y sus ojos interrogaron ansiosamente al «detective».

—Afirmo que Santiago Delauny es el raptor de su hija de usted; de Elisabet Aberdeen, y que la ha raptado para satisfacer el odio que hacia usted sentía.

De los temblorosos labios de Phineas se escapó un grito:

—¡Esa es la clave del enigma! ¡Tiene usted razón! Santiago Delauny ha destruido mi felicidad; ha destruido mi vida; ha anonadado la paz de mi hogar. Recuerdo que un día me dijo: «Me has arrebatado lo mejor que yo tenía: mi casa; yo te quitaré lo que más quieras en el mundo.»

El abogado, sin decir palabra, tachó en el testamento lo referente á Santiago Delauny. Luego dió la pluma al moribundo; que aún pudo firmar al pie.

Media hora después, el usurero de Cannon-Street, había muerto.

IX

EL TRIUNFO DE SHERLOCK HOLMES

El famoso «detective» salió de la casa hondamente emocionado, pero una vez en la calle volvió su pensamiento hacia Harry. Se detuvo de pronto y se dió un golpe en la frente.

—¡Ahora comprendo lo que quiere decir en su delirio! «Dejar flotar un «tablón» significa en el «argot» de los apaches londinenses echar un hombre al Támesis. Harry ha debido sorprender este plan ú otro

semejante de los Sandbagmen, y el hospital de Greenwich, de que habla en su delirio, es seguramente el sitio donde se ha de realizar el crimen.

Inmediatamente entró en una oficina de telégrafos próxima y envió un telegrama al capitán Flobert, ordenándole que estuviera á las ocho de la noche, con varios de sus hombres, en las inmediaciones del hospital de Greenwich, y que fueran todos sin uniforme, de paisano.

De regreso en su casa encontró al doctor Robson á la cabecera del enfermo, y por él supo que dentro de pocas horas recobraría Taxon el conocimiento.

No es posible describir la impaciencia febril en que pasó Sherlock Holmes toda la tarde al lado de su discípulo. Ya no había que preocuparse de la vida de Harry, puesto que estaba fuera de peligro; lo que era necesario salvar ahora era otra vida amenazada en apariencia por los Sandbagmen.

A las siete advirtió el «detective» que las mejillas del enfermo se coloreaban; sus párpados se agitaron al mismo tiempo, la respiración se normalizó, y por último, Harry, sentándose en la cama, dijo:

—¿Dónde estoy?

—En mi casa, amigo mío—le contestó Sherlock Holmes cogiéndole las manos para calentárselas—. ¡Estás salvado!

—Ahora lo recuerdo todo... ¿Cuánto tiempo he estado sin conocimiento?

—Esta madrugada á las dos, te encontré en la cueva de la cuadra, metido en el agua. Ahora son las siete y veinte de la tarde.

—Del mismo día, ¿eh? ¡Gracias á Dios! ¡Aún es tiempo!

—Lo sé todo—dijo Sherlock Holmes—. Quieres ir al hospital de Greenwich, ¿verdad?

—¿Lo sabe usted?

—Tú me lo has dicho delirando. ¿De modo que los Sandbagmes se reúnen esta noche allí?

—Sí; les han pagado para echar á alguien al Támesis y ahogarlo.

—¿Quién les ha pagado?

—No lo sé. Hablaban de un hombre sin

decir cómo se llama; el mismo que dió á ganar una vez cien libras á Bob.

—¡Bravo!—exclamó alegremente Holmes—. Ahora estoy completamente seguro de mi negocio. Ese hombre es Santiago Delauny, que les esperará en el hospital de Greenwich. ¿Cuántos Sandbagmes deben ir con Bob?

—Seis.

—¿A qué hora están citados?

—Creo que á las diez, pero no estoy seguro.

—Bueno, pues ahora me marchó. Toma una taza de caldo que te dará la señora Bonnet, y luego procura dormir sin soñar con los Sandbagmen.

Sherlock Holmes cerró y se fué á la calle, recomendando antes á su ama de llaves que cuidara bien á Harry.

—No le deje usted solo. Yo no volveré en toda la noche probablemente.

Se puso un amplio abrigo y salió. En cada uno de los bolsillos llevaba un revólver de seis tiros y unas esposas cuyo mecanismo había inventado y que eran conocidas en toda Inglaterra con el nombre de «Juguetes de Sherlock Holmes».

A las nueve en punto se avistó en las inmediaciones del hospital de Greenwich con el capitán Flobert, que le esperaba impaciente.

—¿Buscamos hoy también á los Sandbagmen?—le preguntó

—¡Naturalmente!—repuso Sherlock Holmes—. Y haremos bien en escondernos, porque no tardarán en llegar.

El hospital de Greenwich, destinado casi exclusivamente á la marinería, está adosado al Parque de Greenwich, del que le separa una calle estrecha, llamada Greenwich-road. Sherlock Holmes puso en ella de centinela algunos de los agentes del capitán Flobert, que iban de paisano, y sin que por su aspecto pudiera sospecharse su condición. Cuatro de ellos se paseaban alrededor del hospital.

Cerca de las diez aparecieron algunas sombras sospechosas por Greenwich-road. Poco después llegó Bob, á quien reconocieron por su cabeza afeitada Sherlock Holmes y Flobert, que con seis policías estaban escondidos entre los árboles del parque.

—¿No sería mejor detenerlos ahora?— dijo Flobert á Sherlock Holmes.

Este movió la cabeza negativamente y se llevó un dedo á los labios, imponiendo silencio y señalando con los ojos un carruaje cerrado que avanzaba lentamente por Greenwich-road.

—¿Sabe usted quién va en ese coche?— preguntó el «detective» acercándose todo lo posible al oído de Flobert—. ...¡Elisabeth Aberdeen! Dentro de quince minutos verá usted á la joven cuya desaparición ha emocionado á todo Londres.

—¿Y lord Rochester?

—Es inocente, en absoluto. Inocente como el niño que acaba de nacer. Y ahora ¡atención! El coche se detiene... De él baja un hombre que cierra cuidadosamente la portezuela... ¡Calma! Veamos lo que pasa. Usted sabe, Flobert, que un buen policía no debe presentarse hasta el momento decisivo... Hay que dejar que madure el fruto del crimen.

El hombre que había bajado del coche iba envuelto en un amplio abrigo que le daba siniestra apariencia. Las alas del sombrero flexible con que cubría su cabeza, caían tapándole casi los ojos. No se acercó á los Sandbagmen, pero les hizo una seña desde en medio de la calle. Bob y sus compañeros se acercaron inmediatamente.

—Ya sabéis de lo que se trata—les dijo poniendo una mano sobre un hombro de Bob, en tanto que la manga derecha de su abrigo pendía, floja, á lo largo del cuerpo—. ¿Queréis ganar doscientas libras esterlinas?

—¡Ya lo creo! No se desprecian así como así doscientas libras. Tito me ha dicho que hay que hacer «flotar un tablón».

—Es una muchacha. Está ahí, en el coche, atada. Lléváros la al Támesis y cuidad de que no pueda volver nunca á la superficie.

—La ataremos al cuello un saco de piedras y verá usted como no nada. ¿Está amordazada, ó puede gritar?

—Está amordazada; completamente indefensa. ¡Andando!

Flobert quiso abalanzarse hacia el grupo, pero Sherlock Holmes le contuvo cogiéndole de un brazo.

—Sería la mayor torpeza que pudiera usted cometer. Espere usted un poco. Dejemos que esos miserables vayan hasta el fin.

Bob había abierto la portezuela del carruaje. Con un tirón brutal sacó á la presa indefensa y se la entregó á los Sandbagmen. Cuatro de estos bandidos se apoderaron de la muchacha, la envolvieron en una manta y se la llevaron apresuradamente. Bob y el hombre del abrigo amplio iban detrás.

Ya estaban sólo á diez pasos del río cuando estallaron simultáneamente varias detonaciones y los hombres que llevaban á la muchacha se desplomaron. No había muerto ninguno; sólo estaban heridos en las piernas por las balas disparadas con maravillosa precisión por Sherlock Holmes y sus auxiliares.

—¡Traición!—gritó Bob sacando un enorme cuchillo—. ¡Sálvese quien pueda!

Pero el capitán Flobert le sujetó por un hombro y lo derribó al suelo.

Sherlock Holmes se había lanzado sobre el hombre del abrigo grande, como un águila sobre su presa.

—Esta vez no es un brazo artificial lo que he cogido—exclamó con voz triunfadora y atando fuertemente á Santiago De-launy, que en vano luchaba por impedirlo—. ¡Ahora veremos si consigues escaparte otra vez, bandido! ¡Recoged á la joven y volvedla con precaución al coche! Y en cuanto á estos miserables, llevadlos á la cárcel.

Los agentes socorrieron á Elisabeth Aberdeen; soltaron sus ligaduras y la llevaron desvanecida hacia el carruaje.

Una hora más tarde, De-launy, Bob y los Sandbagmen estaban metidos en calabozos.

A la mañana siguiente una nube de vendedores de periódicos corría por las calles de Londres, gritando en todos los tonos:

«¡Gran triunfo de Sherlock Holmes!»

El célebre «detective» había cumplido su promesa. No había necesitado más que cuarenta y ocho horas para demostrar la inocencia de lord Rochester, encontrar á Elisabeth Aberdeen, volverla á su casa y encarcelar á los malhechores.

A las nueve de la mañana se presentó en el despacho de Sherlock Holmes, lord Rochester, que con lágrimas en los ojos le abrazó fraternalmente y quiso entregarle una cantidad de importancia como recompensa de cuanto había hecho por él. Pero Sherlock Holmes, con un gesto, rehusó dignamente los billetes de Banco que le ofrecía.

—Ya estoy bien pagado, mi lord. El hombre que le llevó á usted al banquillo me

ha recompensado, y es justo que sea él quien pague los gastos de la aventura... Pero voy á dar á usted un buen consejo: No viva usted nunca en el último piso de ninguna casa. Cuando se puede entrar por el tejado, el inquilino está en peligro. Ya lo ha visto usted; un deshollinador puede mezclarse inoportunamente á nuestra existencia, y usted sabe lo que se puede temer del contacto con el hombre negro!

INDICE

	<u>Páginas.</u>		<u>Páginas.</u>
El vendedor de cadáveres.		III	Un marido indiferente..... 42
I	El maestro y el discípulo..... 5	IV	El Maitre de hotel..... 45
II	El asesinato del banquero Stradella..... 8	V	Los cigarros se pagan aparte.... 48
III	Los puntos que calzaba el cadáver..... 10	VI	Venganza de mujer..... 52
IV	Allanamiento de morada..... 13	VII	¡¡12 P. W.!!..... 56
V	La policía avisada por un ladrón. 16	VIII	Entre renglones..... 60
VI	La confesión de la doncella..... 18	IX	Las últimas mallas de la red..... 63
VII	En la «Guarida de los tigres».... 23	La hija del usurero.	
VIII	En casa del vendedor de cadáveres..... 27	I	Un proceso ruidoso..... 67
IX	El paraguas del doctor Guliver... 29	II	El hombre negro..... 72
X	Los asesinos mágicos..... 32	III	La oreja ensangrentada..... 74
El asesinato de Lady Malcolm.		IV	La mujer de Whitechapel..... 77
I	¡Socorro, Sherlock Holmes!..... 36	V	Un brazo abandonado..... 79
II	Huellas confusas..... 39	VI	Los Sandbagmen..... 83
		VII	A orillas del Támesis..... 86
		VIII	Muerte y restitución..... 88
		IX	El triunfo de Sherlock Holmes... 89

Colección de Novelas
de La Editorial Española-Americana

Una peseta el volumen encuadernado en pasta.

Adolfo Belot

El Crimen de la calle de la Paz.

Alejandro Dumas

La Reina Topacio

Alfonso Daudot

Los reyes en el destierro.

Antonio Hope

El rey sustituto.

Antonio Santero

Don Juan de Austria.

A. Conan-Doyle

Un crimen extraño.
La marca de los cuatro.
El perro de Baskeville.
Policia Ana.
Triunfos de Sherlock Holmes.
El problema final.
Nuevos triunfos de Holmes.
El Campamento de Napoleón.
La guardia blanca.
El Capitán de La Estrella Polar

E. Bellamy

El año 2000.

E. Conscience

Los mártires del honor.

Enrique Mürger

El barrio latino

E. Chatrian

El amigo Fritz.

Eugenio Sué

Venganza africana.

G. Guitton

La conspiración de los millonarios.
A fuerza de millones.

El Regimiento de los hipnotizadores.

Hugo Conway

Confusión.

J. Ortega Munilla

La Cigarra.—Sor Lucila.

Jorge Sand

La esfinge de oro.

Luis Reybaud

Jerónimo Paturot.

M. W. Thackeray

La feria de las vanidades.

M. Fernández y González

Historia de un hombre contada por su esqueleto.

Max Nordau

La batalla de los zánganos.

Miss Braddon

La mujer de los dos maridos.
La Baronesa.

Mateo Arnould

El secreto de la sortija.

Octavio Feuillet

El Conde de Camors.

R. Stevenson

El tesoro del pirata.

V. Blasco Ibáñez

Flores de Mayo.
Sónica la Cortesana.
Arroz y tartana.

Wilkie Collins

La muerte viva

NOVÍSIMA GEOGRAFÍA UNIVERSAL

POR

Onésimo y Elíseo RECLUS

Traducción y prólogo de VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

Seis volúmenes en 4.º de compacta lectura, con más de 1.000 grabados de Gustavo Doré, Henry Regnault

Vierge, etcétera. Numerosos mapas en colores.

Hace tiempo que se notaba, tanto en España como en las repúblicas de América, la falta de una buena **Geografía Universal**, escrita en castellano y publicada en condiciones de baratura que permitiesen su adquisición á todas las clases sociales.

Conocer la tierra que habitamos es uno de los deseos más legítimos y naturales del hombre.

La **Novísima Geografía Universal** de los ilustres hermanos Reclus, es inédita en muchas de sus partes y distinta del original francés, pues sus autores han hecho numerosas modificaciones exigidas por los progresos de la geografía. En ella se dedica una extensión especial á España y á las naciones latinas de América, pueblos para los que se ha escrito la obra. No existe ninguna *Geografía*, ni aun las que anteriormente escribieron en francés los hermanos Reclus, que trate del país ibérico y de los pueblos latinos de América con la extensión que esta **Novísima Geografía Universal**. Además, es la obra geográfica más moderna, completa y *al día* que existe en el mundo. Las modificaciones modernas de América tras la guerra hispano-americana, las de Africa con la caída del Transvaal y Orange; las de Asia con la reciente guerra ruso-japonesa, y otras muchas de menos importancia, están consignadas en la **Novísima Geografía Universal**, última palabra del estudio de la Tierra. Toda la obra está escrita con gran amenidad. No es sólo un libro de consulta, sino un relato vivo y pintoresco, propio de la pluma de los Reclus, tan artistas como sabios.

La **Novísima Geografía Universal** se compone de seis hermosos volúmenes en 4.º de más de 500 páginas, en papel satinado, con unos **MIL** grabados de artistas franceses tan célebres como Gustavo Doré, Regnault, Vierge, etc., y numerosos mapas en colores.

El orden de los volúmenes es el siguiente: 1.º Europa.—2.º Asia.—3.º Africa.—4.º América del Norte.—5.º América del Centro y del Sur.—6.º América del Sur y Oceanía.

La **Novísima Geografía Universal**, á pesar del gran número de páginas de sus volúmenes, hermosa ilustración, etc., se vende al precio de

CUATRO PESETAS EL TOMO

Siendo seis los tomos, resulta que el público podrá obtener por **veinticuatro pesetas toda la**

NOVISIMA GEOGRAFIA UNIVERSAL

Bien puede llamarse esta obra la **Geografía más barata del mundo**. Jamás se ha visto publicación de esta importancia con tan extraordinarias condiciones de economía. Los volúmenes pueden adquirirse, encuadernados lujosamente, con sólo añadir una peseta, ó sea al precio de **CINCO** pesetas tomo.

AL PÚBLICO

Deseosos de evitar el abuso que venían cometiendo algunos vendedores, los cuales prestaban nuestras novelas á muchos y después de usadas las vendían al público, hemos decidido, desde ahora, dar nuestros volúmenes sin cortar por la parte de arriba.

Creemos que así ya no será posible este abuso, que redundaba en perjuicio nuestro y del público, y, en adelante, el lector, al adquirir una novela, tendrá la seguridad de que sólo ha sido manejada por él.

La ciencia para todos.

MANUALES CIENTIFICOS, LITERARIOS Y ARTISTICOS

Historia de Europa, con 160 retratos, ocho mapas y vistas de monumentos.—El mundo de los microbios.—Agricultura científica.—El Polo Artico.—La vida íntima de los griegos y los romanos.

Una peseta volumen encuadrado en pasta y con numerosos grabados.

En todas las librerías y en la Editorial Española y Americana,

MESONERO ROMANOS, 42.

LIBRERIA GENERAL JULIO B. MELENDEZ

Ancos de Escalante, 10, SANTANDER

Pídanse á esta Casa catálogos de obras de todos los ramos del saber humano.

Libros de todas clases á plazos.

PRINCIA Nouveau Parfum. PARIS

JABON

KENOTT

Tarjetas postales, últimas novedades, las vende la Casa Torras. Magdalena, 32, Papelería.

ALCOHOL desnaturalizado. - Caloríferos de **ALCOHOL**

Hornillos para **ALCOHOL** • Lámparas de **ALCOHOL**

VENTA AL POR MAYOR Y MENOR

Preciados, 9, MADRID

Novísima Geografía Universal.

por ONÉSIMO Y ELISEO RECLUS

Traducción y prólogo de V. Blasco Ibáñez.

Seis volúmenes en 4.º, compacta lectura, más de 1 000 grabados de Doré, Regnault, Vièrge, etc. Numerosos mapas en colores.

CUATRO PESETAS EL TOMO

Elegantemente encuadrado en tela, cinco pesetas.

La obra más barata del mundo.

ROYAL WINDSOR

**CELEBRE REGENERADOR DEL CABELLO
EN TODAS LAS PERFUMERÍAS**

RELOJES EXTRA-PLANOS

10 pesetas. Relojitos de oro con estuche y cadena, 50; de plata, 13; acero, 9; brazaletes con reloj, 12 De pared reguladores, 17. Composturas con garantía de un año á los precios siguientes:

Limpieza.....	2	ptas.	Espiral.....	3	ptas
Cuerda.....	2	"	Muelle salto.....	1	"
Cilindro ó árbol.....	2	"	Idem: báscula ó triu- queta.....	2,50	"
Centro rubí.....	1,50	"	Empavonar cajas acero.....	4	"

NAL. 2 y 4, Relojería (entre calle Postas y Plaza Mayor)

